

20728

ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA

Publicación Trimestral

TOMO XI

ENERO - MARZO DE 1955

Nº 1

SUMARIO:

	<u>Págs.</u>
Agustín Cueva Tamariz: Apuntes de Medicina Legal del Trabajo	5
Francisco Álvarez González: Naturaleza de las Civilizaciones	19
José López-Rueda: San Eugenio de Toledo: Un Poeta del Siglo VII	33
César Hermida Piedra: Nuestros Líricos Colombianos	51
Rigoberto Cordero y León: Rafael Arévalo Martínez, Maestro de la Profundidad	75
CRÓNICA UNIVERSITARIA	113

Apuntes de Medicina Legal del Trabajo

1.—La Medicina y el Derecho son dos ramas del saber humano, distintas en sus métodos y en sus finalidades. Ha sucedido con ellas lo que, según la comprobación spenceriana, pasa en todas las ciencias y en todas las artes: a medida que se perfeccionan, se diferencian. Pero hay una ciencia que es un puente espiritual y técnico tendido entre la Medicina y el Derecho: la Medicina Legal.

La Medicina Legal ha servido, hasta ahora, como una traductora de los textos legales al lenguaje médico y de las cuestiones médicas a los conceptos legales. Pero, respecto a las verdaderas finalidades de la Medicina Legal, suelen los juristas incurrir en un error, y es creer que es una ciencia puramente aplicativa, cuando, en realidad, la Medicina Legal tiene tres formas de acción: una, que es puramente pericial, exclusivamente práctica, de aplicación de los conocimientos médicos en cada caso judicial; pero tiene otra, ésta doctrinaria, que es la interpretación de la ley hecha, de la ley escrita, la interpretación desde el punto de vista médico de los textos legales; es decir, doctrina pura y no mera aplicación práctica; y hay, finalmente, una tercera forma de acción de la Medicina Legal, que a menudo se olvida, y que es también doctrinaria y científica: la colaboración de esta ciencia en la elaboración de la ley, no para comentar la ley ya hecha, sino para contribuir a la génesis de la ley que está por hacerse. En todos estos aspectos, la Medicina Legal tiene una palabra que decir y que debe ser oída; pero, desgraciadamente, no siempre se la escucha.

Hay en la ciencia del Derecho una rama fundamental que es la

demostración cabal de cuánto tiene de eficacia la colaboración de médicos y de abogados: es el Derecho Penal. El Derecho Penal se ha transformado y nadie puede negar la profunda revolución que hay en el último medio siglo en esta materia. Si no es mérito exclusivo de los médicos, es, por lo menos, de la íntima colaboración de médicos y juristas. La transformación del Derecho Penal se inició con Lombroso y fue completada por Ferri. Lombroso no habría podido hacerla sin la colaboración de Ferri, y Ferri solo, tampoco habría podido completarla. De allí surge la evolución del Derecho Penal. En el Derecho Civil no ha pasado lo mismo; pero existen una infinidad de cuestiones que son de resorte o de vinculación o de base estrictamente médica. Lo mismo diríamos hoy del Derecho del Trabajo y de las Leyes sociales que significan la hoy denominada Seguridad Social, de la que el Seguro Social Obligatorio y la Legislación del Trabajo, son sus máximas expresiones.

Todos estos Derechos crean instituciones, proveen actos, obligaciones; pero estas instituciones cobran realidad en virtud de los hombres que las practican. Hay, en todas ellas, un aspecto puramente jurídico, pero que está objetivado y se hace vivo por el aspecto antropológico del hombre que va a vivir esas instituciones. El jurista verá el aspecto jurídico; los médicos veremos el aspecto antropológico. Pero ni el jurista solo, ni el médico solo, podrán resolver la dificultades para mejorar e interpretar la ley: es necesaria la colaboración de los dos.

II.—La Medicina Legal del Trabajo es algo más que un simple capítulo de la Medicina Legal: es una rama moderna de esta disciplina científica, en la que se han reunido los conocimientos higiénicos, médicos, quirúrgicos, terapéuticos y legales relacionados, todos ellos, con el trabajo; hasta podría integrarse —dentro de su amplitud actual— con los siguientes capítulos: la psicofisiología del trabajo, la orientación profesional, su metodización y orientación científicas, la higiene profesional, las enfermedades profesionales o tecnopatías, los accidentes del trabajo, la valorización médico-legal del daño, la inspección y la supervisión laborativa y su legislación, incluyendo las formas de protección social, tales como los Seguros Sociales Obligatorios, estableciéndose así esa conexión con la Asfatología médico-legal, ya que muchos problemas de los Seguros Sociales están relacionados con los del Trabajo, como sucede con las enfermedades profesionales, accidentes, jubilaciones, montepíos, etc.

Una razón poderosa, a nuestro juicio, explica la desmembración de la Medicina Legal del Trabajo del frondoso tronco de la Medicina Legal: es el convencimiento de que la Medicina Legal no ha escapado a la evolución típica de la Medicina moderna, en la que aun las especialidades no se libran de una fragmentación sucesiva y, por lo mismo, van apareciendo nuevas especialidades dentro de su vasto cuerpo, a medida que se ahonda el cauce de algunos de sus capítulos, agregándose paulatinamente otros nuevos que reclaman, a su vez, un estudio intensivo para su perfecto agotamiento y dominio y para poder actuar con eficacia en la práctica médico legal y jurídica. Un cúmulo de problemas ha ido nutriendo esta rama de la Medicina Legal, hasta destacarla, separarla y desprenderla de su centenario tronco, para convertirse en un robusto vástago, capaz de recibir y mantener la denominación de MEDICINA LEGAL DEL TRABAJO.

Entre nosotros, no se había hecho una enseñanza universitaria, especializada, de la Medicina Legal del Trabajo. En otros lugares y en otras universidades, esta enseñanza se la hace separadamente de los otros capítulos de la Medicina Legal —de la misma manera como nosotros hemos hecho en nuestra Cátedra, desde hace doce años—, con verdadera preocupación y eficacia, tanto en la parte científica, como en la legal y la didáctica. El insigne Profesor argentino Nerio Rojas en un informe presentado al Decano de la Facultad de Ciencias Médicas, a su regreso de Europa y de EE. UU., decía que en Francia —antes de la segunda guerra mundial— la enseñanza de estos problemas estaba directamente vinculada a la cátedra de Medicina Legal. En París, la cátedra cuyo titular era el Profesor Balthazard, impartía la enseñanza de los accidentes y de las enfermedades profesionales para los estudiantes y aspirantes al diploma de Médecin légiste, además de un curso de otros problemas de Medicina Legal del Trabajo, para un diploma especial, bajo la dirección del Dr. Duvoir, Profesor agregado de Medicina Legal, donde se estudiaban, especialmente, las enfermedades profesionales desde el punto de vista de la ley y de la patología —clínica y toxicología—; cursos que se dictaban en el Instituto de Medicina Legal. En la cátedra de Lyon, con el Profesor Martin, se había seguido también ese rumbo, sin dejar el tradicional que le fijó su antecesor, el gran Lacassagne. Incluía, así, los problemas legales del Trabajo en su cátedra y en su último libro de Medicina Legal. En Alemania, la Medicina Legal del Trabajo, junto con la de los Seguros, era dictada en Berlín, en la cátedra del Profesor Muller Hess, titular de

la Materia y Director del Instituto de Medicina Legal y Social. Se estudiaban allí los problemas médico-forenses, doctrinarios y prácticos, de accidentes de trabajo, enfermedades profesionales, Seguros Sociales y hasta algunos aspectos del Seguro privado. En Italia, había un Instituto especializado para estudiar los problemas del Trabajo. Y, en los años a los que se refería el Profesor Rojas, comenzaba a operarse un cambio más general y significativo: todas las cátedras de Medicina Legal funcionaban en sus Universidades bajo la denominación de Institutos de Medicina Legal de los Seguros y del Trabajo; tal denominación basta para significar la función de esas cátedras y la orientación de la enseñanza. En los EE. UU. es notoria la importancia que han adquirido y siguen adquiriendo los problemas del trabajo y, naturalmente, se estudian bajo el aspecto médico-legal en sus Institutos universitarios.

En los países de la América Hispánica, hay que mencionar Chile, en donde la evolución experimentada por su legislación social para llegar a consagrar sus normas, hace apreciar la paulatina transformación de los conceptos jurídicos hasta amoldarse a la necesidad social; y en sus cátedras de Derecho del Trabajo se analizan las diversas fases presentadas por esta evolución, estudiando la transformación de los principios en que se fundamentan la responsabilidad jurídica desde el dominio del sistema tradicionalista, subjetivo e individualista, hasta la adopción de la llamada responsabilidad objetiva, cuya producción en el campo industrial se traduce en la consideración de los infortunios del trabajo como hechos jurídicos, capaces de engendrar consecuencias de derecho, indemnizables legalmente, de acuerdo con la teoría del riesgo profesional. En la República del Plata, en la cátedra de Medicina Legal, dentro del Instituto del mismo nombre, se organizaban, en el tiempo de la dirección del Profesor Rojas, sendas conferencias de extensión universitaria para conocimiento de estos problemas que agitan, cada día más, la vida social, los centros de estudio y los estratos judiciales. Y es significativo que, desde el año 1933, se haya fundado en la Universidad de Buenos Aires la primera cátedra de Medicina del Trabajo, bajo la dirección del Profesor Donato Boccia, autor de la obra "Tratado de Medicina del Trabajo", cuyo subtítulo (Aspecto fisiológico, biológico, higiénico-social y patológico del trabajador) indica, por sí mismo, las directivas y finalidades que se propone su autor, que ha llenado una laguna en la bibliografía sudamericana, a la que le faltaba un tratado que encarara el estudio de la ciencia del Trabajo, des-

de diferentes ángulos y puntos de vista. En la República de Colombia, en el moderno Instituto de Medicina Legal de Bogotá y la cátedra de Medicina Legal, bajo la dirección tan acertada del Profesor Guillermo Uribe Cualla, se estudian a cabalidad los múltiples aspectos de la Medicina Legal del Trabajo; y en la reunión del Primer Congreso de Medicina Legal Nacional, que se llevó a cabo en Bogotá, en el mes de Agosto de 1948, se presentaron trabajos de sumo interés, tales como "Comentario a la tabla de valuaciones de accidentes de Trabajo", "Síntesis en la Medicina del Trabajo", "El Problema médico-legal de las neurosis traumáticas", "El Problema médico-legal de las Hernias en el Trabajo", etc., por distinguidos médico-legistas colombianos.

Y, entre nosotros, que nos preciámos de tener una amplia y avanzada legislación sobre los problemas del Trabajo y en donde, dentro de la cátedra de Derecho del Trabajo, se plantean las teorías del riesgo profesional, apartadas actualmente de sus concepciones originarias, como nuevas concepciones jurídico-sociales relacionadas con el fundamento de la reparación de los infortunios del trabajo, se hace imprescindible que haya —en la medida de nuestras posibilidades universitarias— una enseñanza de los problemas más trascendentes de la MEDICINA LEGAL DEL TRABAJO, en solución de continuidad —diríamos— con los otros aspectos de la Medicina Legal y del Derecho del Trabajo.

III.—La Medicina del Trabajo, así como la llamada Medicina Social, ha tenido, hasta hace poco tiempo, fronteras muy imprecisas. Ha pasado por una serie de denominaciones impropias, tales como Higiene del Trabajo que, al comienzo, estudiaba algunas enfermedades específicas, es decir, invadía el campo de la patología; también se le denominaba Patología del Trabajo, comprendiendo problemas de fisiología, higiene y, por extensión, de asistencia social. Sólo desde el año de 1929, con ocasión del Congreso Internacional de Lyon, se adoptó, por primera vez, la denominación de Medicina del Trabajo. Por cierto, no sólo en el sentido de la descripción de las enfermedades profesionales, de la traumatología del trabajo o de las normas de higiene, de terapéutica, etc., sino en el sentido, como decíamos antes, de que representa una designación única con respecto a todos los problemas que se refieren al trabajador, como motor biológico y psíquico, que actúa en un determinado ambiente. Por ello, Boccia ha dicho que puede definirse la Medicina del Trabajo como "la ciencia que estudia

la personalidad del trabajador en relación directa o indirecta con el trabajo".

Tiene, pues, la Medicina del Trabajo, derecho a una existencia autónoma, aun aprovechándose de la enseñanza de muchas otras disciplinas científicas, que le son afines, como la química, la toxicología, la física, la biología, la sociología, la medicina general, la psicotecnia, etcétera. Tampoco puede identificarse la Medicina del Trabajo con la Medicina General, porque en ésta el elemento patogenético profesional constituye un elemento secundario, que podría venir en ayuda del médico para su diagnóstico y pronóstico y, a veces, para su tratamiento; en cambio, en la Medicina del Trabajo, el elemento patogenético profesional lo es todo: es analizado, comparado con otros factores causales que, junto a él, pueden influenciar en las condiciones fisiopsíquicas del trabajador, sorprendidas, a veces, en estado de inmanencia morbosa en la fase inicial de la enfermedad. Además, en la Medicina del Trabajo, aparte del fin de restablecer la salud del trabajador, se trata de prohibirle las ocupaciones para las cuales no presenta el biotipo necesario y de aconsejar modificaciones de carácter tecnológico y profiláctico, capaces de tutelar la integridad del trabajador, no sólo como individuo, sino también como un elemento valioso de la colectividad.

La Medicina del Trabajo, de acuerdo con la definición dada anteriormente, debe comprender, sobre todo, el estudio del funcionamiento normal del motor humano, teniendo en cuenta el biotipo somático del individuo. Además, debe hacer el estudio de la mejor adecuación posible del biotipo a su obra, orientándolo, encaminándolo, seleccionándolo oportunamente. Contemplará, luego, las alteraciones transitorias o duraderas de las funciones orgánicas a raíz del trabajo; las previsiones en relación con la conservación de la energía productiva del trabajo; las acciones lesivas de los elementos del trabajo y los respectivos medios terapéuticos, las normas, en fin, y las prácticas asistenciales para la tutela sanitaria, social y económica del trabajador. Por consiguiente, la Medicina del Trabajo, abraza la fisiología, la fisiopatología, la biotipología, la protección y la patología del trabajo.

a) La fisiología, estudia las propiedades de los órganos encargados de producir un trabajo físico o mental y sus relaciones normales con los otros órganos;

- b) La fisiopatología trata de las alteraciones funcionales de los órganos de la economía, en relación con la actividad del motor humano;
- c) La biotipología —creación del italiano Pende— aplicada al estudio de la personalidad del trabajador, determina, por un lado, sus naturales aptitudes o incapacidades fisiológicas y, por otro lado, revela precozmente todas las disposiciones y debilidades morbosas constitucionales, que, a causa del trabajo, pueden ser agravadas y fácilmente transformadas en enfermedades y accidentes;
- d) La psicotecnia que, junto con otros aspectos de la misma biotipología, gobierna la orientación científica del trabajo en general;
- e) La protección al trabajo, considera todas las condiciones con respecto a los ambientes del mismo (higiene de las industrias), luego se refiere a la defensa física y mental del trabajador mismo (Higiene y seguridad del trabajo) y, en fin, considera las normas de previsión y asistencia del trabajador; y
- f) La patología del trabajo trata de las verdaderas enfermedades del trabajo, es decir, de las alteraciones orgánicas que, por efecto del trabajo, han rebasado las fronteras de la fisiopatología para adquirir carácter netamente patológico. Porque el trabajo, a pesar de las previsiones y normas protectoras, no deja de ser todavía un factor lesivo del organismo humano, que da origen a distintas manifestaciones patológicas.

IV.—Paralelamente a la manera de considerar el trabajo en las diferentes épocas de la civilización, se fue también desarrollando la Medicina del Trabajo, cuya historia, podría decirse, abarca desde la antigüedad y desde las postrimerias del Renacimiento. En las antiguas civilizaciones, no se encuentran leyes o disposiciones en defensa del trabajador; apenas en algunas, como en Roma, se conocían las leyes de protección de la infancia, las leyes matrimoniales y los edictos del Emperador Augusto. En la Edad Media aparece alguna atención protectora, como en Italia, el edicto de Rolari, para reparar los accidentes del trabajo de los obreros de construcción; lo mismo que en Francia, el de Luis IX para las mujeres grávidas. Entre fines del siglo XVII y comienzos del siguiente, se cumple una gran labor de

estudio y de defensa del trabajo, por obra de un médico italiano, profesor de la Universidad de Modena y Padua, Bernardino Ramazzini, considerado, con razón, como el verdadero creador de la Medicina del Trabajo, quien publicó su célebre tratado: "De Morbis artificum diatriba", que confiere a su gran figura la dignidad de un innovador en el apostolado humano y científico. En su Tratado, Ramazzini expresa el concepto de la Medicina del Trabajo no sólo limitándose al estudio de algunas categorías de trabajadores, sino que se ocupa del trabajo en general, de la labor en sí, como causa de perjuicio a la salud de aquellos que lo ejercen, produciendo alteraciones morfológicas y funcionales, que pueden considerarse como de naturaleza profesional.

Esquemáticamente, el método adoptado por Ramazzini puede descomponerse así: a) observación exacta de la supuesta causa del daño profesional; b) examen clínico del individuo para determinar la influencia del trabajo sobre la salud; c) normas higiénicas, medidas de prevención técnica, deducciones prácticas, pasando del individuo a la categoría profesional, a la colectividad, con el fin preciso de defenderla de los posteriores ataques de la causa morbigena. Siendo tan notable y tan admirablemente organizada la obra de Ramazzini, no nos ha de extrañar que trascendiera a su época, ejerciendo su influencia hasta los tiempos modernos, porque el creador de la Medicina del Trabajo, fue quien dió al problema de las enfermedades profesionales sus primeras bases científicas, proclamando que la legislación tiene que inspirarse no sólo en las reglas del Derecho, sino en las enseñanzas de la Medicina.

En el período moderno o Industrial, hay que recordar que con el advenimiento del maquinismo en la economía social, si por un lado se obtuvo un adelanto definitivo en lo económico, por otro, fue causa de serios trastornos en la salud de los obreros, los cuales no cesaban de reclamar leyes y disposiciones que les amparasen contra los riesgos inherentes al trabajo, como fueron la Ley aprobada en Inglaterra en 1802 sobre protección de las mujeres y niños en las fábricas y, más tarde, sobre la limitación de las horas de trabajo; disposiciones que tenían que ser adoptadas, más tarde, en todos los Estados. En la segunda mitad del siglo pasado y principios de éste, se dictaron ya en casi todos los países otras disposiciones en el campo de la asistencia, de la mutualidad y de los Seguros Sociales, haciendo labor conjunta —en este sentido de Seguridad Social— todos los hombres de

ciencia que se preocupaban de estudiar los medios de prevención y de terapéutica de las enfermedades y accidentes del trabajo.

De esta rápida reseña histórica resulta que la época moderna, debido a su incansante industrialismo, ha dado un empuje decisivo a la Medicina del Trabajo; disciplina que va adquiriendo un carácter social, porque dicta normas para la defensa de la colectividad y protege el mismo trabajo contra los daños y las enfermedades que este mismo da lugar. Es mérito, precisamente, de nuestra época el haber constituido aquel conjunto de doctrinas, que lleva el nombre de Medicina del Trabajo, pues hoy la tutela del trabajador es preocupación incansante no sólo de los médicos, sino de los sociólogos y de los hombres de Estado.

V.—El trabajo es un factor que influye constantemente sobre la vida del trabajador, modificando sus aptitudes físicas y mentales e imprimiendo un sello particular que permite reconocerlo e individualizarlo. Además, el trabajo por el esfuerzo diario que necesita y por su duración, altera los organismos más sanos, poniéndolos en condiciones de mayor receptividad hacia las enfermedades y acentuando, más o menos rápidamente, las taras hereditarias de los organismos débiles.

En el determinismo de las enfermedades ocasionadas por el trabajo, hay condiciones y predisposiciones que las favorecen. Son éstas: el clima, la situación geográfica del país, la raza, la herencia, la edad, el sexo, las enfermedades padecidas anteriormente, el ambiente de vida y alimentación, la constitución orgánica o biotipo del trabajador, etcétera. El clima y la situación geográfica de un país tiene importancia, sobre todo, con respecto de las enfermedades endémicas; la raza da razón de la mayor o menor disposición de la inmunidad frente a algunas enfermedades; la herencia patológica, o terreno moroso hereditario, coloca a los trabajadores en un mejor estado de resistencia frente a los agentes patógenos, sean éstos de orden tóxico, alérgico o infeccioso; el sexo y la edad deben también tomarse en cuenta: en las mujeres, por ejemplo, son más frecuentes las enfermedades de la esfera genital, la estenosis mitral, el reumatismo crónico deformante, la litiasis biliar y muchas otras enfermedades vinculadas a la esfera de su sexo. En cambio, en el hombre, más expuesto a las vicisitudes del trabajo, son más frecuentes las enfermedades debidas a los facto-

res físicos, las enfermedades por esfuerzo y las debidas a intoxicaciones; con respecto a la edad, niños y viejos son más susceptibles a cualquier agente morbigeno, tratándose de organismos en evolución e involución, respectivamente; las enfermedades padecidas anteriormente determinan, como es obvio, una menor resistencia del organismo y una susceptibilidad morbosa mayor; en cuanto al medio económico y al ambiente de vida, la existencia del trabajador es, por cierto, muy dura, debido a la imperiosa necesidad de trabajar y a la falta de viviendas higiénicas; la alimentación desempeña un papel importante en la génesis de las enfermedades del trabajo: si es insuficiente cuantitativamente no proporciona las calorías necesarias para el desarrollo de las actividades laborales, y si es inadecuada cualitativamente, da origen a las enfermedades por carencia, tan ampliamente estudiadas ahora; la constitución orgánica o biotipo del trabajador, con sus debilidades constitucionales, es uno de los factores más importantes en el determinismo de las enfermedades ocasionadas por el trabajo.

Por eso, el método que se emplea en Medicina del Trabajo es el mismo de la Medicina General: antecedentes personales, enfermedad actual, análisis de laboratorio, exámenes radiográficos, electrocardiográficos, etc. A estos elementos de análisis hay que agregar la encuesta sobre la profesión, su naturaleza, materias primas empleadas, maquinarias, instrumentos de trabajo, esfuerzo necesario durante el trabajo, esfuerzos ocasionales, ocupaciones complementarias, profesiones anteriores, trabajo u destajo, por jornal, por mes, consideraciones higiénicas del local de trabajo, respecto a iluminación, ventilación, temperatura, etc. Igual que en Clínica general, hay que proceder metódicamente al examen de todos los órganos y sistemas.

VI.—Con respecto al trabajo, las enfermedades pueden considerarse **directamente profesionales**, o **enfermedades profesionales verdaderas**, y **enfermedades indirectamente profesionales**, o **enfermedades del trabajo**. Las primeras son las que están estrictamente ligadas a la profesión u oficio del trabajador o al material elaborado por él, es decir, están en relación con el elemento esencial del trabajo (distintas intoxicaciones: plomo, fósforo, arsénico, neumoconiosis, etc.). Las enfermedades profesionales para que sean consideradas como tales, tienen que llenar los siguientes requisitos o condiciones patogénicas: a) presentar síntomas cuya agrupación constituya un síndrome clínico bien caracterizado y observado en los demás obreros, empleados en

los mismos trabajos o manipulaciones. Por ejemplo, la parálisis de los extensores de la mano, los cólicos intestinales, las modificaciones sanguíneas en la intoxicación saturnina; la tos quintosa, la disnea, la expectoración característica en las neuroconiosis; b) demostrar claramente la causa productora del síndrome clínico, por ejemplo, la toxicidad del material del trabajo, la actitud o esfuerzo necesario para el ejercicio de una determinada labor, o un determinado ambiente industrial.

Las enfermedades indirectamente profesionales, llamadas impropriamente enfermedades del trabajo —y decimos impropriamente, porque tanto las directamente profesionales como las indirectamente profesionales son enfermedades del trabajo—, son las que pueden ser producidas tanto en ocasión del trabajo como en otras circunstancias, pero que en el ejercicio de los distintos oficios y de las distintas profesiones, encuentran condiciones de más fácil desarrollo y evolución; por ejemplo, la tuberculosis tiene en el ambiente industrial un factor que le favorece enormemente. En muchos casos no es posible hacer una distinción neta entre enfermedades directamente profesionales y enfermedades indirectamente profesionales, pues algunas —como las enfermedades infecciosas y parasitarias— a pesar de pertenecer a la segunda categoría, en determinados casos, tienen que ser consideradas como pertenecientes a la primera, por encontrar en el ejercicio de una labor dada su factor determinante; por ejemplo: la anquilostomiasis de los mineros, la sífilis de los vidrieros, el carbunco de los trabajadores de cueros y lanas, la fiebre ondulante de los ordenadores, queseros, obreros en mataderos y frigoríficos, etc. Por otra parte, no se puede dejar de reconocer una analogía entre las enfermedades indirectamente profesionales y las tecnopatías: la única diferencia consiste en el hecho de que, en estas últimas, los venenos están preformados en el ambiente externo, mientras que en las primeras están elaborados en el ambiente interno del organismo, por la acción de los agentes morbígenos. Dicha diferencia tiene valor también para los fines de la Medicina Legal, porque muchas enfermedades infecciosas y parasitarias pueden ser consideradas, desde este punto de vista, como accidentes de trabajo o enfermedades-accidente, como las llaman los tratadistas de Derecho del Trabajo. Pero no deben considerarse como enfermedades profesionales, ni directa ni indirectamente, las que no estén determinadas por una necesidad del trabajo, sino por otras causas ajenas al mismo, como el alcoholismo preexistente en el trabaja-

dor que da lugar a serios trastornos, que no guardan ninguna relación de causalidad.

La traumatología del trabajo, en términos generales, estudia las lesiones anatómicas o funcionales, generales o locales, que se producen en un organismo por causa imprevista, violenta y rápida. El primer significado de la palabra trauma —herida— se ha extendido notablemente, porque con dicho término se entiende ahora también lesiones debidas a sacudidas violentas, como las conmociones, en que no siempre puede evidenciarse alguna modificación en la textura del órgano afectado, así como también se consideran las lesiones por esfuerzo físico, en donde la causa traumática es interna y no produce heridas externas; además también designaríamos por este nombre las lesiones funcionales por causas psíquicas violentas. Además, se toman en cuenta otros elementos para dar una significación más amplia al concepto de trauma; así no se considera indispensable una causa violenta muy intensa como productora del trauma, siendo suficiente una causa mínima para determinar lesiones graves y, acaso, mortales; así también, el efecto traumático, a veces, no se constituye inmediatamente luego de haber obrado el agente causal, sino lenta y progresivamente. En fin, la inicidad y la instantaneidad de la causa lesiva, como agentes del trauma, son también relativas.

La patología del trabajo forma, pues, dos grandes grupos:

- a) Las enfermedades profesionales; y
- b) La traumatología del trabajo.

Las enfermedades profesionales —directa o indirectamente— de las cuales ya antes habíamos aclarado el concepto, se dividen, a su vez en: a) enfermedades por exceso de esfuerzo (esfuerzo crónico u ordinario) del trabajo físico o mental; b) enfermedades por posición, compresión, repetición uniforme de los movimientos del trabajo; c) enfermedades por ambiente del trabajo: factores físicos (luz, aire, temperatura, humedad, presión atmosférica, electricidad, ruidos, sacudidas, olores, etc.) y factores químicos; d) enfermedades por material del trabajo.

Este último punto merece algunas consideraciones: el material de trabajo puede engendrar enfermedades actuando por vía mecánica,

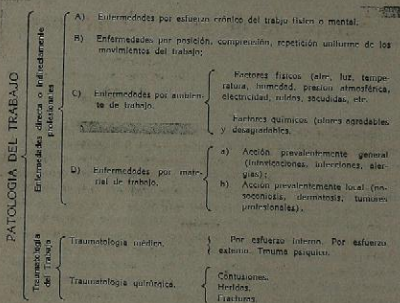
química, biológica o alérgica. Las enfermedades por acción mecánica son las producidas por algunos polvos industriales (amianto, lijerro, etcétera). Las enfermedades por acción química constituyen las intoxicaciones profesionales (plomo, arsénico, mercurio) y algunas neumoconiosis (silicosis, etc.). Las enfermedades por acción biológica son las producidas por agentes patógenos de origen microbiano (bacterias, espiroquetas, parásitos). En fin, las enfermedades por vía alérgica son las producidas por sustancias proteicas o no, que son alérgenos capaces de provocar en el organismo un estado de reacción particular frente a las mismas.

Esta clasificación de la patología del trabajo no es inobjetable, puesto que no pueden haber límites definitivos entre una categoría y otra. Así, por ejemplo, algunas sustancias que, por su acción química producen enfermedades pertenecientes a la categoría de las intoxicaciones profesionales, actúan también por acción alérgica: es el caso de muchas dermatosis profesionales y también del paludismo, por ejemplo, que por un lado pertenece a las enfermedades por material de trabajo, debido a su acción biológica y, por otro, puede referirse a las enfermedades por ambiente de trabajo, ya que el agente transmisor —el anopheles— se encuentra en el ambiente donde trabaja el individuo. La misma observación sería aplicable a la tuberculosis. Por estas razones y teniendo también en cuenta el concepto de *tecnopatía*, o enfermedad verdadera y estrictamente profesional, no se puede limitar solamente a las intoxicaciones, sino que debe extenderse también a algunos síndromes relacionados con un particular ambiente industrial o con una determinada actitud de trabajo, de acuerdo con el mecanismo de acción del agente productor: prevalentemente general (intoxicaciones, infecciones, alergosis) o prevalentemente local (nosocniosis, dermatosis y tumores profesionales).

La traumatología del trabajo, a su vez, se divide en traumatología médica y traumatología quirúrgica. La primera se refiere a las lesiones o enfermedades de carácter clínico, producidas por una rápida acción mecánica externa o por una acción violenta interna. Estas enfermedades o lesiones interesan, pues, a la clínica y a la medicina internas. En cambio, la traumatología quirúrgica interesa a la patología externa. Esta clasificación no sólo tiene un carácter médico-quirúrgico, sino también médico-legal. En efecto, la traumatología del trabajo, no sólo quirúrgica, sino también médica —enfermedades acci-

dentos— debe considerarse como perteneciente a la categoría de los accidentes del trabajo, porque interviene siempre una causa violenta, imprevista y repentina, en la producción de la lesión orgánica o funcional, realizándose, pues, las condiciones de la configuración médico-legal del accidente de trabajo, es decir, causa violenta, imprevista y rápida.

CLASIFICACION DE LA PATOLOGIA DEL TRABAJO



Naturaleza de las Civilizaciones

El presente artículo es un capítulo de un libro del autor, próximo a aparecer, sobre Filosofía de la Historia

Equipados ahora con estas reflexiones podemos volver al problema que nos ocupaba: el de los límites espacio-temporales de las civilizaciones. Ahora bien: una simple cuestión de sentido común o de lógica nos hace ver que, para limitar alguna cosa, necesitamos estar alertas sobre la naturaleza y realidad de la cosa que se trata de limitar. De sobra es conocido que muchas confusiones y disputas en vano sobre los límites y relaciones de unas ciencias con otras debieronse a la falta de precisión sobre la esencia y objeto de dichas ciencias. ¿Cómo vamos a decidir acerca de las fronteras naturales en el espacio o en el tiempo de las civilizaciones, si no sabemos lo que es una civilización y qué es lo que la distingue de las demás especies de su género? Una civilización, según Toynbee, es una especie del género sociedad. ¿Qué diferencias específicas encontramos entre civilización y sociedades primitivas, la otra especie en que se divide el género sociedad?

Una de las máximas pruebas del estado precientífico de la historia o, si quieren Uds., de la irresponsabilidad intelectual de los historiadores al uso, es que éstos manejan de continuo expresiones como "pueblo primitivo", "hordas salvajes", etc., sin que les pase por la mente definir qué es un pueblo civilizado y qué un pueblo primitivo. Claro es que si no lo hacen es porque no ven ahí una cuestión difícil. ¿A qué plantearse estas cuestiones si todo el mundo advierte la dife-

rencia entre un negro centroafricano, que pesca semidesnudo en los bordes de los lagos o de los grandes ríos y cualquier individuo de esos que pasean su angustia y preocupación por las calles de Nueva York o de París? Pero también distinguimos el oro de la plata y aun el oro quizá de cualquier otro metal amarillento, sin que eso justifique el que nos desinterese de buscar notas o propiedades, más íntimas y ocultas que el color, que nos sirvan para separar, con mayor precisión científica, uno del otro metal. Justamente, la calidad de todo intelectual, y lo que le confiere este rango entre los hombres, depende de la intensidad con que disfruta cuando trata de hallar solución a unos problemas que no lo son para la mayoría de los mortales.

¿Pero no sería conveniente que antes de ver las diferencias entre las civilizaciones y las sociedades primitivas echáramos un vistazo previo a lo que tienen de común, como pertenecientes ambas al género sociedad? Problema debatido en abundancia éste de la naturaleza y esencia de la sociedad, no podemos desarrollarlo como quisiéramos. Nos interesa sólo decir que a la perspicacia de un historiador como Toynbee no se le escapa su importancia. En el tomo segundo de su "Estudio de la Historia", al hablar del análisis del crecimiento de las civilizaciones y, en especial, de la relación entre las civilizaciones en crecimiento y los individuos, critica las dos concepciones extremas que se han dado, históricamente, de la sociedad; aquella para la cual la sociedad es un mero agregado de individuos y la opuesta que ve en la sociedad como tal lo real y en los individuos meras partes u órganos de aquélla. Esta última tesis fue defendida y desarrollada por los sociólogos del pasado siglo, de manera especial por Spencer. Según Toynbee, ambas concepciones son falsas. La verdad es que una sociedad es una relación entre individuos que no pueden vivir aislados, como individuos humanos, "sin hallarse en esa recíproca relación social" (1). "Una sociedad es una relación entre individuos; esta su relación consiste en la coincidencia de los campos de acción de sus individuos; esta coincidencia combina en un terreno común los campos individuales; y este terreno común es lo que llamamos una sociedad" (2). Toynbee echa mano de un ejemplo: podemos imaginar una multitud de reflectores que lanzan paralelos sus conos de luz en el espacio; pero podemos también suponer que dichos conos de luz se

(1) Toynbee, Estudio de la Historia, tomo II, pág. 242.

(2) Toynbee, *ibid.*, pág. 249.

entrecruzan entre sí y que varios o muchos coinciden en una superficie o campo determinado. Ese campo común donde inciden los diversos haces de luz sería algo así como lo social. "La fuente de acción es *ex hypothesi*, diferente del campo de acción. Y, aplicando esta perogrullada al caso de que se trata, la fuente de la acción social no puede ser la sociedad; sólo puede serlo cada uno, o algunos, o uno de los individuos cuyo campo de acción constituye, en el terreno donde coinciden, una sociedad" (1). "La sociedad no es, ni puede ser más que un medio de comunicación a través del cual los individuos humanos actúan los unos sobre los otros. Son los individuos humanos y no las sociedades humanas quienes hacen la historia humana" (2).

Ahora bien: esos campos de interferencia no son precisados por Toynbee. Si el individuo es lo real, ¿cuáles entre los actos de los individuos son sociales y cuáles no? Así es como nosotros plantearíamos el problema con toda claridad. Veríamos entonces que el hombre actúa de diferentes maneras. No basta que un hombre se encuentre ante otro hombre y obre en vista de él puro que, sin más, surge lo social. La contraposición hombre aislado y hombre en compañía es falsa. Por lo menos no es suficiente para que palpemos la esencia de lo social. Más bien deberíamos hablar de relaciones interindividuales y de relaciones sociales. Hablar del hombre en soledad es algo gratuito; y gratuito también creer que basta que dos o más hombres coincidan en el espacio, se reúnan, para que ya esté constituida la sociedad como tal. Mi relación con el prójimo puede ser social en unos casos y en otros no. No lo es, si ante él actúo como individuo. "El amor, la amistad, etc., son hechos interindividuales, convivencia de individuos personales en cuanto personas; en lo interindividual, no se sale de la vida individual, de la vida *sensu stricto*. La otra forma, en cambio, es la propiamente social; es impersonal, no es espontánea ni responsable. El saludar, la detención impuesta por el guardia de la circulación, la relación del cartero con el destinatario de una carta, no son actos originales y voluntarios de un individuo como tal, que éste quiera y entienda. El hombre es mero ejecutor de la acción social, de un modo mecánico." "Se llama uso a lo que pensamos, decimos o hacemos porque se piensa, dice o hace. Los hechos sociales son primordialmente los usos. Estos usos, que no emergen originariamente del individuo,

(1) Toynbee, *obr. cit.*, pág. 249.

(2) Toynbee, *obr. cit.*, pag. 250.

son impuestos por la sociedad, por la gente" (1). Si nos conformamos con esta visión de lo social, que es la defendida por Ortega y Gasset, estamos mejor equipados para comprender ahora la diferencia específica entre esas dos especies de sociedades que son las sociedades primitivas y las civilizaciones.

En primer lugar, dice Toynbee, no difieren por la presencia o no de instituciones. "Hallamos, en efecto, que éstas, que son los vehículos de las relaciones impersonales en que todas las sociedades tienen su existencia, son atributos del género entero y por lo tanto propiedad común de las dos especies. Las sociedades primitivas tienen sus propias instituciones características —el *ἐναυτός* *δαίμων* y su ciclo, el totemismo y la exogamia; tabús, iniciaciones y clases de edad; segregación de los sexos, en ciertas etapas de la vida, en establecimientos comunales separados— y algunas de estas instituciones son claramente tan complejas y tal vez tan sutiles como las que son características de las civilizaciones" (2).

La división del trabajo tampoco es ningún criterio diferencial; existe en las sociedades primitivas tanto como en las civilizaciones, si bien en aquellas carece de la importancia y desarrollo que en éstas. Ya la separación de sexos y la edad originan una clara distribución del trabajo en las sociedades primitivas: las mujeres (los primeros agricultores) dedicadas a las faenas agrícolas y el hombre a las más arriesgadas y penosas de la caza o el combate con las sociedades vecinas enemigas.

Una completa división del trabajo supondría que cada individuo se dedicaba a una tarea distinta; mas esto requeriría, a su vez, que todos los miembros de la sociedad fueran hombres originales, de gran poder de invención. Sabemos, por el contrario, que la imitación juega un gran papel en la vida social, hasta el punto de que un gran pensador francés, Gabriel Tarde, pudo hacer de las leyes de la imitación la clave y el objeto principal de la sociología. La imitación es una forma de repetición y la repetición la primitiva forma como el hombre se atrevió a pensar el movimiento, cuando todavía hallábase preso de la creencia de que el reposo es lo perfecto y el cambio un estado acci-

(1) J. Marías, *Historia de la Filosofía*, pág. 408-9, Rev. de Occ., Madrid, 1952.

(2) Toynbee, *ubi. cit.*, tomo I, pág. 215.

dental. Los griegos, por ejemplo, jamás se atrevieron a pensar el movimiento en todas sus consecuencias, quizá con la única excepción de Heráclito, el filósofo de Efeso. Pero aun éste, habla de que "el camino hacia arriba y hacia abajo es uno y el mismo", que todas las cosas salen del fuego y al cabo de un complicado ciclo vuelven al fuego por aquello de que "los vicios se pagan los unos a los otros la pena y la reparación de su injusticia, siguiendo el orden del tiempo", como había dicho Anaximandro. Es decir, que el devenir de las cosas es un falso devenir, y al final del "gran año" o de la gran jornada nos encontramos de nuevo como al principio, en el punto de partida.

La repetición, fenómeno universal, se presenta como imitación en lo social, como herencia en lo biológico y como vibratoria en lo físico. "Toda repetición, ya sea social, ya orgánica o física, es decir, *imitatoria, hereditaria o vibratoria* (para referirnos únicamente a las formas más potentes y típicas de la repetición universal), procede de una innovación, como toda luz procede de un foco; de aquí que lo normal, en todo orden de conocimientos, parezca derivarse de lo accidental" (1). Ahora bien: el valor e importancia de la imitación son distintos en las sociedades primitivas y en las civilizaciones; en las primeras, la imitación es dueña y señora de las relaciones sociales; las jóvenes generaciones imitan los usos y costumbres de las anteriores, las convenciones, ritos y fórmulas, sin atreverse a separarse en lo más mínimo de ellos. Lo siempre igual, con todo el prestigio de los años, garantiza el éxito de la vida; probado un miles de ocasiones, ha demostrado una y otra vez su eficacia. Cambiar los viejos usos de los antepasados sería una enorme y desastrosa osadía, inconcebible para la mentalidad del hombre primitivo. De ahí, que la característica más saliente de los hombres primitivos es una carencia de historia. Cada nueva generación de seres humanos nace, se desarrolla y muere repitiendo monótonamente las mismas acciones y faenas que sus más remotos antepasados. Quien visita y observa las costumbres de un pueblo primitivo conoce su pasado. Como en el curso de la evolución de una especie animal muy pocas son las cosas que es preciso historiar. Y es que, a diferencia de los demás científicos, "los historiadores y los sociólogos, por el contrario, echan un velo sobre el aspecto monótono y regulado de los hechos sociales, sobre estos hechos un cuanto se asemejan y

(1) G. Tarde, *Las leyes de la imitación*, pág. 78. Madrid, 1907.

repetida, presentando a nuestra vista únicamente su aspecto accidentado e interesante, renovado y diversificado hasta el infinito" (1). Tendríamos entonces que la principal característica de las sociedades primitivas, aquello que las diferencia específicamente de las civilizaciones es su carácter estático. "En las sociedades primitivas, tal como las conocemos, la mimesis se dirige hacia la generación más vieja de los vivos y hacia los antepasados muertos que, sin que se los vea pero no sin que se los sienta actúan allí, como respaldo de los más ancianos de entre los vivos, reforzando su poder y realzando su prestigio. Cuando la mimesis está dirigida así hacia atrás en dirección al pasado, rige el uso, y la sociedad permanece estática. Por otro lado, en las sociedades en proceso de civilización, la mimesis está dirigida hacia personalidades creadoras que arrastran a otros tras sí porque son precursores en el camino hacia la meta común de los esfuerzos humanos. Cuando la mimesis está así dirigida hacia adelante en dirección al futuro, se quiebra la corteza del uso y la sociedad está en acción dinámica por un camino de cambio y crecimiento" (2). Ha aquí que, por otro camino, hemos llegado a la misma tesis que sosteníamos en el capítulo precedente: la importancia de las minorías o personalidades creadoras, como dice Toynbee, para el crecimiento y desarrollo de la cultura. La indiscutible autoridad de un pensador de la talla de Bergson justifica mi próxima y extensa cita, en la que se ve como el gran filósofo francés sostiene la misma opinión que aquí venimos defendiendo; dice así: "todo progreso efectivo, lo mismo en el dominio del conocimiento que en el de la acción, ha exigido el esfuerzo perseverante de uno o varios hombres superiores. Ello constituyó en cada caso una creación, y esta creación la hizo posible la naturaleza al otorgarnos una inteligencia cuya forma sobrepasa la materia y que, por decirlo así, va más allá de lo que la naturaleza quería. En efecto, la organización del hombre parecía predestinarle a una vida más modesta. La prueba es su resistencia instintiva a la innovación. La inercia de la humanidad no ha cedido nunca más que al empuje del genio. En una palabra, la ciencia exige un doble esfuerzo, el de algunos hombres para encontrar lo nuevo y el de todos los demás para adaptarse a lo nuevo y adoptarlo. Se puede llamar civilizada a una sociedad desde el momento que se encuentra en ella esas iniciativas y esa do-

(1) Tardé, *obr. cit.*, pág. 29.

(2) Toynbee, *obr. cit.*, tomo I, pág. 218.

alidad. La segunda condición es, desde luego, más difícil de cumplir que la primera. Lo que ha faltado a los no civilizados no es probablemente el hombre superior (pues no se ve por qué no hubiera podido tener la naturaleza siempre y en todas partes estas felices distracciones), sino más bien el proporcionar a ese hombre la ocasión de mostrar su superioridad, la disposición de los otros a seguirle. Cuando una sociedad ha entrado ya en la vía de la civilización, la perspectiva de un simple aumento del bienestar puede sin duda bastar para vencer su rutina. Pero para que entre en ese camino, para que dé el primer paso, hace falta mucho más; tal vez una amenaza de exterminio, como la que origina la aparición de un arma nueva en una tribu vecina. Las sociedades que se han mantenido más o menos primitivas son probablemente las que no han tenido vecinos, o dicho de un modo más general, las que han tenido una vida demasiado fácil, circunstancia que las ha dispensado del esfuerzo inicial. Después fue demasiado tarde; la sociedad no podía avanzar, aunque lo hubiera querido porque estaba intoxicada por el resultado de su pereza" (1).

Quiétude y movimiento, reposo y cambio; he ahí un criterio para distinguir las sociedades primitivas de las civilizaciones. Verdad que las primeras no siempre han de haberse mantenido en su actual condición estática. El hombre, o por lo menos lo que podemos considerar como su antepasado más remoto, deambula sobre la tierra desde hace la friolera de 300,000 años. Perdidos sus orígenes, como decían los historiadores de antaño, en la noche oscura de los tiempos, ni imaginar siquiera podemos cómo era aquel viejísimo antecesor y pariente; pero desde luego nos lo representamos mucho más primitivo que cualquiera de los primitivos actuales. De aquel subhombre al buen salvaje actual hay un largo recorrido de aciertos y conquistas. No ha de haber sido, pues, tan estática como nos la representamos la historia del hombre con anterioridad a las civilizaciones. Por eso, Toynbee dice que debemos comparar las sociedades primitivas con esos alpinistas que, fatigados por el penoso ascenso, se detienen a descansar jadeantes en cualquier rullano de la empinada cuesta; justamente, su actual quietud es el resultado de su esfuerzo anterior. "Al fin y al cabo, las figuras yacentes no tienen por qué ser en realidad paráliti-

(1) H. Henson, *Las dos fuentes de la moral y de la religión*, págs. 231 - 2. Edit. Sudamericana, Buenos Aires, 1946.

cas; ya que no es posible que hayan nacido en la saliente, y ningún músculo humano salvo los suyos propios puede haberles elevado, a lo alto de la pared del precipicio que se abre debajo de ellos, hasta este lugar de respiro. Lejos de ser paráliticos deben ser atletas a menudo que han escalado con éxito la pendiente que está debajo de ellos y que se hallan todavía disfrutando de un bien ganado descanso después de sus recientes esfuerzos" (1).

Hemos encontrado, pues, el criterio diferencial que buscábamos. Mas no debemos echar las campanas al vuelo. Por dos razones: primera, porque la movilidad de toda civilización no es suficiente garantía de que haya de existir siempre; en el terreno de lo social como en lo físico el *perpetuum mobile* parece imposible; un segundo lugar, porque este criterio de la movilidad nos puede, en el mejor de los casos, servir para separar las sociedades primitivas de las civilizaciones, pero no para distinguir éstas las unas de las otras; y, precisamente, esto es lo que andamos buscando, pues, en caso contrario, ¿cómo establecer una división en el espacio y en el tiempo entre las varias civilizaciones? ¿Cómo saber donde una termina y la otra empieza? Pero digamos dos palabras más sobre los factores que determinan la quietud o la movilidad de las sociedades humanas.

En las sociedades primitivas rigen soberanos los usos; hemos visto que los usos son la característica de lo social; por tanto, esto, lo social, se da más puro entre los pueblos primitivos. Entre éstos las grandes individualidades no existen y, de existir, no se les ocurre jamás pecar contra los usos. Un complicado repertorio de ritos y de fórmulas regula la vida de los miembros de la sociedad primitiva desde su nacimiento hasta su muerte. La voluntad del primitivo se identifica con la de la colectividad. Realizar algo nuevo, rebelarse contra los usos de los antepasados, unos usos que demostraron su eficacia para la supervivencia del grupo miles de veces, en el lento transcurrir de las generaciones, es algo sacrilego, inconcebible para la mente del salvaje. Este confía en su tribu, en su patria, en su gens. Cuando un miembro del grupo comete alguna acción en contra de los usos normales, no se le sigue; antes bien, se huye de él o se le expulsa. El ostracismo es el arma terrible con que se pena entre los pueblos

(1) Toynbee, *obr. cit.*, tomo I, pág. 220.

primitivos el pecado de la originalidad. Los individuos de una tribu son intercambiables entre sí; son distintos por su materia, pero idénticos por su forma y actividades, diríamos en términos aristotélicos. Quien contempla el trajinar de cualquiera de ellos sabe ya como viven todos los demás; cada uno es como los otros y todos juntos como fueron sus antepasados. Nada, a menos que sobrevenga cualquier incidente exterior, viene a turbar la idílica tranquilidad y paz de la sociedad primitiva. De ahí, la sugestión y el encanto que ejercen estas sociedades en las almas ahitas de sorpresas y cansancio de los hombres civilizados. El complemento geográfico de la sociedad primitiva es la isla. El ancho mar protege el pequeño territorio de vecindades molestas. Nada acontece entonces ni adentro ni afuera. El uso garantiza la continuidad pacífica de las generaciones, y el océano la ausencia de inquietudes y disturbios. Un día, y otro día, y otro, todo es igual; el hombre primitivo se adormece feliz bajo el techo protector de la choza. Al día siguiente, cuando el sol se levanta sobre la recta línea del horizonte, sabe ya cuáles son los quehaceres y faenas que le esperan. Ni el pasado ni el futuro existen para él. Todo es lo mismo; la vida siempre ha sido igual; el primitivo no siente la nostalgia de lo imprevisto; puede permanecer inmóvil durante largas horas, con los ojos clavados en el azul del cielo, escuchando el dulce susurro de las hojas movidas por la brisa, sin sentir la pesada carga del hastio o del aburrimiento. No hay apenas en el pasado ninguna aventura extraña que recordar y sólo hay que dejar que pase el tiempo para que se actualice y venga un futuro familiar y conocido. Todo está bien dispuesto en su mundo para hacer imposible la sorpresa. Todo es monótono a su alrededor; los hombres y las cosas. Sus facultades intelectuales encuéntranse aletargadas. Es posible que, desde un punto de vista psíquico, su equipo de facultades sea igual o parecido al de un hombre civilizado, pero carece de oportunidades para ejercer dichas facultades. Nada extraordinario, en efecto, hay en el pasado en que recrear la memoria; carece de proyectos vitales para el futuro que le inquieten con su esencial problematismo. No vale la pena preocuparse por un porvenir que será inexorablemente igual al presente y al pasado. El primitivo vive, pues, en la somnolencia y aletargamiento del automatismo. Su pereza es una pereza social; como al animal, sólo le despierta y pone en actividad el fiero aguijónazo de la necesidad biológica. Nos atrevemos a discrepar parcialmente de Bergson; cree éste que las personalidades sobresalientes de las sociedades primitivas encuentran poco dispuestos a sus congéneres a imitarles y seguirles; más

bien creemos nosotros que dichos casos no se dan o son muy raros y peregrinos; no porque la naturaleza sea madrastra con los individuos primitivos, sino porque el medio, físico y social, estrangula y asfixia cualquier sobresaliente cualidad en potencia. La originalidad presupone, aunque no sea nada más que el atisbo borroso de un hacer diferente; donde todo es igual y la vida fácil y sin complicaciones no ha lugar ni siquiera al propósito de un pensamiento o de un hacer originales. Ello explica también la apatía y falta de pasiones del hombre primitivo; en una palabra, su vida negligente y parsimoniosa, sencilla y fácil, sin grandes altibajos, se desarrolla un poco como la vida vegetativa de la planta.

Cuando se quiebra la corteza del uso, como dice Toynbee, comienza la vida civilizada; las grandes personalidades, que hasta entonces no encontraron un ambiente apropiado para su aparición, despiertan de su ancestral letargo. Y el pueblo milenario, que había subsistido sin cambios, inicia con fresco ánimo el empinado ascenso de la vida civilizada. ¿Qué mejor prueba de que ya antes existieron personalidades vigorosas, que permanecieron ignoradas de sí mismas y de los demás? Aquí, en las sociedades civilizadas, se diría que todo cambia. La vida ya no es algo fijado de antemano, sin sustos, sin sorpresas, un ciclo que sólo tenemos que dejar pasar el tiempo para cumplir. Ahora el porvenir es un misterio, y la mente del hombre se esfuerza en vano por saber qué inesperadas peripecias le depara el futuro; pero en este afanoso atisbar el tiempo en una de sus esenciales dimensiones, se ejercita y robustece la mente del hombre. Se practica en un principio la adivinación, lo que provoca un fortalecimiento de la fantasía. Al mismo tiempo el hombre se pregunta si no habrá una manera de averiguar los acontecimientos del futuro poniéndolos en relación con algunos del presente. Observa las conexiones de los fenómenos y establece así los fundamentos de las ciencias. Comienza a encontrar una especial fruición en estas actividades de la mente y a respetar a los hombres que se consagran a ella.

Por otra parte, los grandes hechos inesperados que en esta sociedad en movimiento no dejan de producirse acaparan la atención de las gentes aun mucho después de su existencia y se guardan con celo en la memoria. Una imaginación juvenil gigantesca los hechos del pasado y se dan las condiciones precisas para relatos heroicos que se transmiten al principio por vía oral, de generación en generación. La

ambición ahora no es conformar fielmente la propia vida a los usos del grupo, sino imitar las portentosas hazañas de los grandes personajes de antaño; la sociedad entera sale de su letargo y se pone en marcha en pos de las minorías e individuos excepcionales.

Caracteriza, pues, al hombre civilizado el deseo de llevar una vida auténtica e independiente. La meta ideal de toda civilización sería la de hacer de cada individuo un ente absolutamente original, despreocupado de los usos y enemigo de toda imitación. Lo malo es que, llegados a esta meta, la sociedad como tal habría desaparecido y no habría más relaciones que las interindividuales en el sentido más arriba indicado. Si las civilizaciones han de continuar, pues, perteneciendo al género sociedad es necesario que originalidad e imitación se den conjuntamente; que una minoría de hombres excelentes se ocupen de la tarea de innovar y el resto siga la ruta abierta por aquellos descubridores. He aquí por qué otro camino hemos llegado a descubrir el papel predominante de las minorías en la sociedad. Sirve, pues, este capítulo de complemento al precedente. Allí demostrábamos que, de hecho, siempre ha sido así, que las sociedades han estado gobernadas por minorías de hombres selectos; ahora hallamos la prueba de derecho, diríamos. Quitad de en medio a esas egregias personalidades responsables de la marcha de la sociedad, dejad que todos sean usos e imitación, y habréis retrocedido a la barbarie; conservad las grandes personalidades, pero oponeros a que la masa cumpla su función de imitar y habréis llegado al mismo resultado o, quizás, a algo peor, a una pugna de las personalidades con la masa. Si la masa se niega a obedecer, se producirá lo que Ortega denomina una rebelión de las masas. Como no todos pueden pretender el ser grandes, la crisis se resolverá o bien volviendo los más a su papel de seguidores de los hombres más sobresalientes, o bien hundiendo éstos ante la presión formidable de la masa. Hoy por hoy, si el diagnóstico de Ortega lo estimamos exacto, las mayorías se han puesto de acuerdo para no reconocer el papel, biológico diríamos, de las minorías en la vida normal de las sociedades civilizadas. El hecho es tan evidente después de todo lo dicho que cualquiera que medite sin mala fe medio minuto en ello se apresurará a darnos la razón. Una cita más: Toynbee dice: "en todos los actos de creación social, los creadores son individuos o, a lo más, minorías creadoras; y en cada uno de los sucesivos progresos que cumplen esos pioneros de las civilizaciones crecientes, la gran mayoría de los miembros queda rezagada". Y un poco más adelante,

refiriéndose a Grecia: "La minoría creadora de la Atenas de Pericles consta exclusivamente de personas libres y exclusivamente de varones; y aun así en esa minoría sólo tuvo parte o participación una pequeña fracción de la población masculina libre del Atica" (1). Y aun una última cita preciosa, del gran novelista e historiador inglés H. G. Wells; para liquidar esta cuestión: "mi esperanza en una nueva fase de la actividad humana descansa en la creencia de que en la masa indeferenciada de nuestra especie hay una minoría profundamente seria. No puedo entender la existencia de ninguna de las grandes religiones, no puedo explicar ningún sutil y grave proceso constructivo de la historia, a menos que en medio de tanta confusión se dé una seria minoría de ese tipo. Esos hombres capaces de consagrarse a algo y de vivir sus vidas para grandes y remotos fines son la sal de la Tierra" (2). Pero es, justamente, una característica del hombre-masa su negativa a aceptar cualquier idea, aunque reluzca más que el sol, si sospecha que se opone a sus planes de demagogia y rebelión. Hay siempre por ahí, en la vida moderna, algún "ismo" que lanzar a la cabeza del adversario, como una pedrada, a falta de talento y de buenas razones.

Finalmente, la "rebelión contra la civilización", como ha calificado también un escritor norteamericano, Lothrop Stoddard, esta negativa de las masas a imitar a las minorías selectas, se manifiesta no tan sólo de individuo a individuo, sino de colectividad a colectividad, de nación a nación. Minorías selectas las hay en todas partes, pero Europa, quizá por haberse incubado en ese territorio lo que hoy denominamos civilización occidental, ha ejercido una tarea predominante en la evolución y marcha de la misma. Pues bien, de Europa, de Spengler y otros escritores, surgió la idea de su decadencia, de la vejez y muerte presumible de la civilización que a lo largo de dos mil años de historia logró producir. Pronto la idea se convirtió en un tópico, puesto en circulación como la consignu o frasecilla de cualquier anuncio comercial. Todo ello favorecido secretamente por la mala disposición del hombre-masa a reconocer el papel dirigente de nadie. "Se ha hablado tanto de la decadencia europea que muchos han llegado a darla por un hecho. No que crean en serio y con evidencia en él, sino que se han habituado a darlo por cierto, aunque no recuerdan sinceramente

(1) Toynbee, *ob. cit.*, tomo III, pág. 259.

(2) Wells, *Democracy under revision*, pág. 42; citado por Toynbee.

haberse convencido resueltamente de ello en ninguna fecha determinada" (1). "Es deplorable el frívolo espectáculo que los pueblos menores ofrecen. En vista de que, según se dice, Europa ducue y, por tanto, deja de mandar, cada nación y nacionalita brinca, gesticula, se pone cabeza abajo o se engalla y está dándose aires de persona mayor que rige sus propios destinos". "Es verdaderamente cómico contemplar como ésta o la otra republiquita desde un perdido rincón se pone sobre la punta de sus pies e increpa a Europa y declara su cesantía en la Historia Universal.

¿Qué resulta? Europa había creado un sistema de normas cuya eficacia y fertilidad han demostrado los siglos. Esas normas no son, ni mucho menos, las mejores posibles. Pero son, sin duda, definitivas mientras no existan o se columbren otras. Para superarlas es inexcusable partir otras. Ahora, los pueblos-masa han resuelto dar por caducado aquel sistema de normas que es la civilización europea. Pero como son incapaces de crear otro no saben qué hacer, y para llenar el tiempo se entregan a la cubriola" (2).

Nos parece muy bien que cada cual quiera vivir, individuo o nación, su vida independiente. Aceptamos de perlas los nacionalismos en lo que tienen de afán de vivir independientes de cualquier tutelaje económico. El mandato impuesto de un pueblo a otro bujo la presión del mayor poderío económico es una forma en grado de moderna esclavitud. Y es una de esas ideas matrices, esenciales, de nuestra civilización occidental la del superior valor e impertinencia de la libertad. Poner trabas a la cada vez mayor libertad de hombres y pueblos es tracionar a nuestra cultura. Lo que sí da pena es ver de qué manera pueblos que aspiran a su autonomía y libertad reaccionan a veces enérgicamente contra las grandes ideas universales, a fuer de extranjerizantes, como si hubiera patrias y límites para las ideas y, en cambio, son permeables a la infiltración económica extraña, con sus inevitables consecuencias de mediatización política. Y al mismo tiempo que se rechuzan las ideas, lo único que no debería rechazarse jamás, se adoptan usos, maneras y costumbres exóticas, dando a un lado los propios, que deberían conservarse celosamente, con todo cuidado. Da pena ver, repetimos, que se clame por una "cultura científica" propia

(1) Ortega, *La rebelión de las masas*, Obras Completas, tomo II, pág. 1233.

(2) Ortega, *obr. cit.*, pág. 1234. a

y que, en cambio, ese enfervorizado nacionalismo no se indigne al ver que gentes que jamás han cabalgado enarcadas las piernas sobre el lomo de un potro, posean por las calles con el sombrero de alas anchas, el calzón ajustado y las botas altas de un vaquero texano. El mundo moderno tiende a la uniformidad. Es probable que al cabo de unos siglos sea muy difícil distinguir a un hijo del Celeste Imperio de un súbdito sulzo a no ser por la estatura y el color de la piel. Nos es muy difícil, como individuos, luchar contra estas grandes tendencias universales. Pero conservemos, mientras haya oportunidad, el pintoresquismo de las costumbres, de los modos de vida, de los cantos, de las danzas, de las ceremonias, de las maneras de vestir, etc. No pongamos el valladar de nuestra indignación frente a las cosas bellas, verdaderas y buenas, es decir, frente al arte, frente a la ciencia, frente a la moral, cosas todas ellas universales o que llevan por lo menos en sí una noble tendencia a la universalidad. ¿Qué gran verdad, qué acción justa, qué obra de arte se han realizado sin la intención de estar ejecutando algo universalmente valedero? Cuando, en cambio, lanzamos al aire el estribillo de una canción de nuestra tierra, no nos importa que suene a cosa fría en oídos extraños.

Hemos aclarado, pues, en qué consiste la esencia de las civilizaciones y en qué se diferencian de la otra especie del género sociedad, es decir, de las comunidades primitivas. Pero aún no sabemos dos cosas: en qué estriba la diferencia entre dos civilizaciones y qué factores son los que determinan la aparición, crecimiento y extinción de las civilizaciones. Dedicaremos el próximo capítulo a tratar del primero de esos problemas.

San Eugenio de Toledo

UN POETA DEL SIGLO VII

Escenario histórico del Poeta

El ocho de mayo del año 589 es una fecha decisiva para la historia de la España visigoda. Una vez más la raza sojuzgada impone a sus dominadores el contenido de su espíritu. El rey godo Recaredo, mitad por propio convencimiento, mitad por móviles políticos, lleva a cabo en el III Concilio de Toledo una espectacular conversión al catolicismo, abjurando la religión de sus antepasados. Las más ilustres personalidades del reino acatan, junto con el monarca, los cánones de la nueva fe y el pueblo mismo acoge con agrado la nueva creencia. A partir de este momento, un nuevo capítulo se abre en la historia de las relaciones entre la Iglesia y el estado. La unidad religiosa está lograda y constituye un paso más hacia la fusión definitiva de ambas razas, de ambas culturas. Al fin va a hacerse posible la armonía entre los dos elementos étnico-culturales —hispanorromanos y germanos— que integran la Península durante los primeros siglos de la Alta Edad Media, y la resultante de esta unión será, nada menos, que el espléndido florecimiento de las ciencias y las letras durante nuestro inquieto siglo VII.

Un vasto movimiento espiritual, que tiene su base de partida en la figura genial de San Isidoro de Sevilla, tiene lugar en España durante los años comprendidos entre 600 y 680. Nada parecido se encuentra por entonces en los restantes pueblos germánicos, que, adueñados cada uno de ellos de una parcela de Europa, batallaban incesantemente por lograr un predominio efectivo sobre el territorio que el azar les

había depurado. Pero los visigodos eran, sin duda, los más cultos de los bárbaros nórdicos; a lo largo de sus prolongadas relaciones con griegos y romanos, se habían ido infiltrando en sus rudos espíritus no pocos elementos de las grandes civilizaciones clásicas, lo cual hizo mucho menos violento el contraste, cuando en España se toparon, de manos a boca, con una provincia en que la romanización era perfecta.

Fue la cultura visigótica de índole casi totalmente eclesiástica, pues, los reyes y los nobles, aunque vieron con simpatía su cultivo, e incluso monarcas como Sisebuto y Chindasvinto fueron partes activas en ella, ocupados en la guerra y la política, carecían del tiempo y la tranquilidad necesarios para dedicarse a la reflexión y al estudio. Catedrales y monasterios tuvieron, pues, el exclusivo monopolio de las actividades intelectuales. Los obispos fueron a la vez maestros a quienes competía el deber de trasmitir a las generaciones inmediatas el acervo tradicional de sabiduría que ellos mismos habían recibido en las escuelas y bibliotecas eclesiásticas. Se cultivó la historia, la filosofía, la jurisprudencia e, incluso, se dieron algunos poetas como San Martín del Duino, San Eugenio, Tajón y el mismo San Isidoro. Pero, a pesar de estas manifestaciones poéticas que hemos señalado, fue una época totalmente consagrada a la erudición, más bien que una etapa creadora.

Culmina la cultura visigótica en San Isidoro de Sevilla, figura central del siglo VII, que dió un enorme impulso a las actividades científico-literarias de sus contemporáneos. El fue quien hizo posible el surgir de hombres tan prestigiosos como San Braulio, Tajón, San Eugenio, San Ildefonso, etc. La obra del autor de las Etimologías no cayó en tierra estéril y su influencia llena ochenta años de historia española, durante los cuales se crea por los más diversos rincones de la Península una vasta escuela isidoriana, cuyos núcleos fundamentales son las ciudades episcopales Sevilla, Braga, Zaragoza y, sobre todo, Toledo. "Estos ochenta años que dura el movimiento isidoriano son particularmente notables, porque representan la primera producción sobre el suelo peninsular de un grupo de escritores coherente y denso, entre los cuales se revelaban ya ciertos caracteres hispánicos", dice Menéndez Pidal.

A este grupo de escritores isidorianos pertenece San Eugenio, tercer Arzobispo de Toledo y notable poeta cuyo episcopado transcu-

re durante los reinados de Chindasvinto y Recesvinto. La labor de estos monarcas fue realmente eficaz para la monarquía visigoda. Sube al trono Chindasvinto a la edad de 79 años, tras una sublevación que tuvo como consecuencia la deposición de Tulga, y se dispone a luchar contra el desmesurado poderío de la nobleza y el clero.

Las proscripciones alcanzan a individuos pertenecientes a ambos estados y la intolerable situación de dependencia en que hasta ahora se había hallado el monarca, deja de existir. Los nobles se reportan y los concilios pierden la soberana autoridad que habían poseído en los reinados anteriores. Pero esto dura sólo algunos años. Cuando en 653 su hijo Recesvinto se hace cargo de la monarquía, se ve obligado a sofocar la rebelión del conde Frova que trata de oponerse a una posible instauración del trono hereditario. Reprimida la insurrección, Recesvinto convoca el Concilio VIII de Toledo, al que ya asistió San Eugenio como metropolitano de la Ciudad, y perdona a los que habían tratado de derribarle. Su reinado transcurre después en plena tranquilidad, pero su mano blanda permite que los Concilios vuelvan por sus antiguas prerrogativas y, así, del año 653 al 656 se celebran tres, con una frecuencia desusada hasta entonces. Es indispensable hacer notar que durante los reinados de Chindasvinto y Recesvinto se lleva a cabo la unidad jurídica de hispano-romanos y visigodos con la promulgación del Fuero Juzgo.

Este es en breves palabras el escenario histórico en que se desenvuelve el poeta San Eugenio, de cuya vida y obra vamos a tratar a continuación.

ESQUEMA BIOBIBLIOGRAFICO

En Toledo, ciudad principal del reino, había dos escuelas. Una se hallaba establecida en un monasterio situado en las márgenes del Tajo —el monasterio de Agall— y otra junto a la iglesia mayor. En esta última se educó San Eugenio que desde sus más tiernos años se había decidido por la profesión eclesiástica. Por sus venas corría sangre de nobles visigodos, habiendo sido su abuelo, Nicolás, capitán y cortesano, y su padre, Evancio, un sagaz consejero, a quien él mismo llama en un epitafio que le dedicó "ingens consiliis", es decir, fecundo en consejos. Al llegar a la adolescencia, movido por un deseo de soledad y perfección, se retiró en secreto a Zaragoza para dedicarse

ampliamente al culto de los mártires y a la vida monástica. Braulio, discípulo de San Isidoro, era obispo de esta ciudad y junto a él creció en sabiduría y virtudes el joven Eugenio. Es ésta una época de lírico entusiasmo para el que después había de ser gran metropolitano en Toledo. Lleno de fervor apostólico, brotan de su pluma, tal vez en estos años, los energicos poemas dedicados a cuatro basilicas españolas, donde el Santo ensalza la vigorosa fuerza de los mártires. El ánimo intachable del poeta pronto ganó el afecto del obispo zaragozano, San Braulio, que le nombró archidíacono deseando mantenerle a su lado durante el breve espacio de tiempo que aún le quedaba por vivir. Crecía su amor de día en día por aquel joven de cuerpo exiguo y alma grande que soportaba el trabajo de una manera increíble, y cuando ya la vejez puso un límite a la incansable actividad del santo obispo zaragozano, descargó en las espaldas de Eugenio el peso de la diócesis. Pero la felicidad no dura siempre un tiempo indefinido y la hora de la separación iba llegando a rápidas zancadas. Eugenio II de Toledo había muerto y era preciso buscar un nuevo prelado capaz de sucederle. La fama del archidíacono Eugenio se había extendido por toda España y los feligreses de Toledo junto con el rey Chindasvinto le designaron para ocupar el vacante arzobispado. Como consecuencia de ello, Chindasvinto escribió a San Braulio para que éste permitiera a Eugenio venir a hacerse cargo de la diócesis toledana. Mucho dolía al viejo obispo césaraugustano tener que desprenderse de su caro archidíacono, que había llegado a ser realmente una mitad de su alma, y, no resignándose a perderlo para siempre, presentó al rey diversas excusas que éste no escuchó. El anciano Chindasvinto, con aquella energía suya que tanto dió que hacer durante su reinado a clérigos y nobles, permaneció inflexible ante las súplicas de Braulio, quien se vió obligado a acceder a los deseos del monarca y el pueblo toledano. Llega, pues, Eugenio a Toledo cuando estaba a punto de celebrarse el Concilio VII y es consagrado obispo de la ciudad por sus colegas comprovinciales, que allí se hallaban reunidos, en 1646. Por el elogio que su sucesor San Ildefonso le dedica en su libro "de Viris Illustribus", cap. 14, sabemos que San Eugenio gobernó con singular esmero su diócesis. Corrigió las depravadas costumbres de sus feligreses y, así mismo, se esforzó en mantener a los clérigos dentro de su jurisdicción. De su constante interés por la buena marcha de los asuntos en su episcopado, da fe la carta que Eugenio escribió a Braulio consultándole el caso de un presbítero que ya había sido "molestissimus" a su antecesor.

Pero no sólo se redujeron a ésto sus actividades eclesiásticas, sino que fue un hombre muy experto en el conocimiento de las disciplinas pertenecientes al culto. Dice San Ildefonso que trabajó celosamente en la restauración de las entonaciones eclesiásticas, que ya se iban alterando, y, de la misma manera, restableció los ordenes de los oficios: ("cantus pessimis usibus vitiatos melodiae cogitione correxit, officiorum omissos ordines curamque discrevit"). Parece ser que la labor de San Eugenio, según demuestra ampliamente el P. Flórez (*España Sagrada*, t. III, pag. 252-53), "no alteró ni influyó en cosa del rito de la misa, sino precisamente en cuanto a la entonación de algunas partes", pues habiendo transcurrido tan sólo 14 años desde el Concilio IV de Toledo a su episcopado, no es verosímil que ya se fuera omitiendo el orden de los oficios divinos, que en el citado concilio se había establecido. Cree Flórez que "el cuidado y ordenes de oficios que el Santo señaló, no fue en linea de oficios divinos, sino de oficios eclesiásticos, diversos del orden de los ritos y propios de los ministros de la Iglesia".

Aparte de estas actividades suyas en el campo de la música eclesiástica, escribió también algunas obras en prosa y un buen número de poesías latinas. Entre las primeras, que no han llegado a nosotros, destacaba un tratado acerca de la Santísima Trinidad. Pero hoy día sólo conservamos sus obras poéticas, que ya fueron publicadas por el P. Sirmondo. Fundamental para el conocimiento de San Eugenio como poeta, es el códice gótico que perteneció a Don Miguel Ruiz de Azagra y que se conserva en la iglesia de Toledo. Fueron también publicadas sus obras en la edición de Lorenzana, "Collectio S. S. P. P. Tolitanorum, 1782"; en la *Patrologia Latina* de Migne; en la edición de Volner, etc. Un aspecto interesante de la labor literaria del Santo es la corrección del extenso poema de Draconcio sobre la creación del mundo, titulado *Hexameron*. Llevó a cabo la depuración del poema e, incluso, lo completó con versos propios acerca del séptimo día, de que Draconcio no trató, por orden del rey Chindasvinto, como se deduce de una breve carta de Eugenio al monarca, en que acepta el encargo "plus volendo quam valendo", es decir, con más buena voluntad que sabiduría.

Asistió San Eugenio a los Concilios de Toledo VII, VIII, IX y X, convocados el VII por Chindasvinto y los restantes por su hijo Reces-

vinto, y presidiendo el Santo obispo los dos últimos, que tuvieron lugar en 655 y 656 respectivamente.

Murió en 657, lleno de los achaques y flaquezas corporales de que se lamenta en sus poemas, y dejó escritos cuatro epítafios para después de su muerte, en los que aparece su confianza en Dios como supremo consuelo.

El "pobrecillo Eugenio", como él mismo gusta de llamarse frecuentemente en sus versos, fue canonizado en el siglo XVII y su nombre figura en el Martirologio romano a 13 de Noviembre, fecha en que la Iglesia le celebra. Fue sepultado su cuerpo en la Iglesia de Santa Leocadia.

LA EXALTACION DE LOS MARTIRES

Los cuatro poemas dedicados a las basílicas constituyen sin duda una obra juvenil de San Eugenio. Dos de ellos tratan de dos Iglesias zaragozanas, la de los diez y ocho mártires y la de San Vicente, mientras que los dos restantes están dirigidos a la basílica de San Emiliano y a la de San Félix que se halla en el Tutanesio. La composición de estos poemas corresponde, sin duda, a la época en que el poeta vivía en Zaragoza dedicado a sus menestres de archidiacono, cuando en su alma joven bulia el entusiasmo por los que se habían dejado arrancar la vida entre horribles padecimientos sin renegar de su fe. Es el tiempo de su fervorosa admiración por los mártires, en cuyas iglesias solía pasar Eugenio largas horas meditando en su inimitable energía y, acaso, creyendo escuchar, como una música remota, el dulce son de sus voces en coro. La fe de Eugenio es entonces apasionada y llena de juventud, y siente, como después Teresa de Jesús, un ardiente deseo de tiranos que ejerciten en su pequeño cuerpo la crueldad de sus negros corazones, para mayor gloria de Cristo.

En el espíritu del Santo resuenan los nombres de los diez y ocho mártires y la estremecedora historia del tormento que los esbirros de Daciano aplicaron a la virgen Engracia. Día tras día trata de reconstruir la escena de sus muertes heroicas, admira la urna que contiene sus restos o se queda abstraído contemplando la túnica enrojecida por la sangre de Santa Engracia; y al fin brota el poema, un poema entusiasta, rotundo, majestuosamente retórico en que los nombra a

todos en varios versos porque sus nombres — nos dice— “no caben todos juntos en un solo metro”:

“Quintilianus adest, Eventius, atque Cassianus,
Felix, Lupercus, Januariusque,
Iulius, Urbanus, Apodemius, inde Primitivus,
Optatus, Publius, Caecilianus.
Hic Successus inest, hic Matutinus habetur,
Ecce Faustus, ecce Fronto, postque Martialis”,

es decir, toda una bandada de atletas del espíritu.

Cuatro versos del epigrama están dedicados a la virgen sacrificada, cuyo recuerdo viene a la pluma del Santo como un rumor de palomas rojas de sangre. Se trata de Engracia, de la Joven Engracia, que aun no conocía varón y a la que los brutales soldados de Daciano seccionaron el pecho, después de haber desgarrado con la uña de hierro el cuerpo intacto de la doncella. Dice Carrillo que, harto el gobernador de presenciar el tormento de la Santa sin que ésta muriese, ordenó que la clavarán un enorme clavo en el cráneo para acabar de una vez. Pero, según Prudencio, ni aun así pudieron arrancarle la vida y Daciano determinó dejar que siguiera viviendo en medio de los atroces dolores que debían causarle sus heridas. De toda esta cruel historia hay como un eco emocionado en el epigrama de San Eugenio:

Palla cruore rubens, secta papilla fibris,

es decir,

La veste se quedó roja de sangre,
y el seno fue cortado por los fillos.

verso que recuerda un poco el magnífico romance de García Lorca, en que el poeta granadino canta el martirio de Santa Olalla, a quien también seccionaron los pechos sus verdugos.

Sigue a este epigrama el dedicado a la basilica cesaraugustana de San Vicente, que es de la misma factura que el anterior. Su objeto es ensalzar la figura del mártir en cuya iglesia lo colocó San Eugenio. Desde el punto de vista estilístico es notable en este poema el contraste entre las palabras “purpureus” y “niveus”:

"Purpureus niveum meruisti sanguine caelum,
Et sequeris agnum purpureus niveum."

Purpúreo de sangre mereciste
cielos de blanco nieve
y purpúreo sigues al nevado
Cordero eternamente.

Esta contraposición entre el color de la sangre y el color de la nieve revela un bello sentido plástico en nuestro poeta que se complace en contrastar la figura purpúrea del Santo mártir con un cielo y un cordero blanquísimo. Unos versos más abajo hace referencia el epigrama a los primeros episodios del martirio de San Vicente, que tuvieron lugar en Zaragoza para después continuar en Valencia, donde acabaron con su vida. Pondra el poeta aquella sagrada sangre, que, fluyendo de la nariz del mártir, tiñó la túnica y el resto de sus vestidos, los cuales en tiempos de San Eugenio ya se veneraban en calidad de milagrosas reliquias. Los últimos versos terminan deseando que se cumplan todas las peticiones y se perdonen todos los pecados a las personas que oren en esta iglesia.

Por último quedan otros dos epigramas compuestos en honor de las basílicas de San Emiliano y San Félix del Tutanesio, respectivamente. Estos poemas se diferencian de los anteriores en que más bien ensalzan las cualidades y virtudes propias del recinto sagrado que a los santos mártires a quienes están dedicadas las basílicas, mientras que en los epigramas anteriores sucede más bien lo contrario.

Canta Eugenio la taumatúrgica capacidad de curación de la basílica de San Emiliano, donde a los ciegos se les da la luz, a los cojos la facultad de andar, la vida a los difuntos y una piel limpia a los leprosos. La Iglesia de San Félix, en cambio, se caracteriza por llevar el gozo a los corazones afligidos, la serena quietud a las almas inquietas. Un elemento nuevo, que no aparece en los otros epigramas, es la mención de las personas, a expensas de las cuales se llevó a cabo la construcción de la basílica. En este último poema cita San Eugenio a un tal Aetherius que con su "amada esposa" Teudésvinta, patrocinó la edificación, y al mismo tiempo solicita de los fieles que en esta iglesia hagan sus peticiones, un piadoso recuerdo para los generosos donantes.

EL TONO ELEGÍACO DE LA MADUREZ

San Eugenio bordea los cincuenta años. El cuerpo frágil y exiguo del poeta se ve quebrantado por las enfermedades y la vejez va apoderándose de sus miembros. Las huecas órbitas de la muerte lo acechan, sombrías, cada vez desde más cerca. Ya no hay remedio para el que antaño cantó entusiasmado la muerte joven de los mártires. El "pobre Eugenio" se va adelantando en ese periodo de la vida humana en que no hay ilusiones, en que no hay entusiasmos ingenuos. Ya sabe demasiado y la experiencia ha sido dolorosamente prolongada. Eugenio, como todos los hombres de su edad, ha tenido tiempo de calar hondamente en ese fruto agri dulce que es la vida y, sin duda, le ha producido una inmensa decepción. Entonces sus meditaciones, sus palabras, sus gestos, se hacen amargos como lo es siempre la sabiduría, y una tarde cualquiera, a la dudosa luz del crepúsculo, se queda solo en casa, pasea lentamente por su habitación, se para un momento a mirar el sobrio paisaje del Tajo y luego escribe durante largas horas, escribe su más largo poema, el poema que más interés ofrece dentro de la poesía elegíaca de San Eugenio, el titulado "Lamentum de adventu propriae senectutis", Lamentación por la llegada de la vejez.

Desde el punto de vista técnico, se caracteriza esta composición por el uso de la polimetría. Cuatro veces cambia de metro a lo largo del poema. Empieza con distícos, prosigue con trímetros trocaicos y yámbicos, vuelve luego a los distícos y termina con estrofas sáficas. En suma, hay que notar en ella, como dice Menéndez Pelayo, "una libertad enteramente romántica" que, realmente, resulta extraña en aquellos tiempos. Pero no sólo resulta romántica en el aspecto artístico, sino que también el tema y la estructura lo son. El estilo es de un realismo brutal, que anda muy cerca del tremendismo que se desprende de algunas obras actuales.

Comienza el poema con una descripción completa y terrible de todos los pormenores que caracterizan a la vejez. Es "la cruel edad", la "improba senectud" de "negras fauces voraces", que transforma el cuerpo del hombre en un auténtico pudridero. Aquí ya apenas se advierte la huella de lo clásico. El descarnado realismo del poema sitúa a San Eugenio en pleno medievo. Las frases ásperamente desgarradas, el menosprecio del mundo y el temor de Dios, Supremo

Juez, hacen de esta composición un auténtico precedente del mundo atormentado de los capiteles románicos.

El ritmo libre de los versos se amolda perfectamente al movimiento del espíritu, y el uso de la polimetría constituye un magnífico acierto de flexibilidad. Cuando, tras haber descrito los males de la vejez, utilizando para ello metros de once y doce sílabas, se dirige a la muerte en versos más largos, nos da la sensación de que hemos llegado al núcleo del poema. Todo lo anterior —la descripción de la senectud— no era más que un río que por fuerza tenía que abocar a esa especie de océano angustioso que son los versos centrales. Comienza entonces la áspera y violenta pintura del suceso de la muerte "omnivorax", como él la llama, y acaba su descripción con dos versos en que el realismo llega al punto máximo:

**"Tabe fluunt carnes, corrodunt omnia vermes,
Sic species hominis fit putrefacta cinis."**

Destilan pus las carnes,
van devorando todo los gusanos
y la humana apariencia de este modo
en pútrida ceniza se transforma.

Luego comienza a pensar en el Dios todopoderoso que ha de juzgar sus actos tras la muerte, en el juez implacable que produce en el alma una sensación de miedo y amor mezclados, más miedo, tal vez, que amor. Le estremece el terror a las llamas eternas del infierno, que han de abrasar incansablemente las almas muertas en pecado, y toda su vida anterior pasa ante los ojos del recuerdo como una rápida cinta cinematográfica:

**"Oppressi, rapui, nudavi, crimina finxi,
Pauperis ad vocem mens mea surda fuit.
Corrupti proplum lascivo vulnere corpus,
Hinc miser, hinc pavidus, hinc tremulentus eo."**

He oprimido, robado, desnudado,
he planeado crímenes,
a la voz de los pobres mi mente sorda fue.
Con laselvas heridas mi cuerpo he corrompido
y el último viaje emprendo ahora
miseró, temeroso, estremecido.

Pero aún le queda aliento para rogar al Omnipotente que limpie su espíritu de toda mancha, que haga leve el castigo, de él, "miser Eugenius". Finalmente, acaba el poema con una serie de cinco estrofas sáficas que constituyen algo así como esa calma triste que sobreviene al mar después de un fuerte temporal, cuando sobre las aguas ya tranquilas flotan los restos del naufragio.

Otra composición que se halla dentro de la tonalidad elegíaca que estamos estudiando, es la titulada "Eiusdem metro trachalico de brevitae hulus vitae". Sobre la brevedad de la vida. El tema de la fugacidad de la vida es, naturalmente, de origen clásico y ya fue ampliamente tratado por los poetas latinos. San Eugenio vuelve a plantearse el problema de la corta duración de nuestra "residencia en la tierra" y entra en el poema con la desalentada gravedad de un Ovidio. A veces, nos parece escuchar un eco sumo de Horacio, tan preocupado siempre con la huida velocísima del tiempo, con el callado paso de la muerte. Pero en el desenlace del poema vuelve San Eugenio a mostrárenos como un hombre de su tiempo. El problema de la fugacidad es viejo como el mundo, pero las soluciones varían con las creencias de los hombres.

El Horacio, por ejemplo, el tema de la brevedad de la vida es motivo central en gran parte de sus poesías. Pero Horacio no es todavía un cristiano, y, por consiguiente, no puede consolarse con la esperanza de una vida mejor después de la muerte. Los paraísos ultramundanos le están absolutamente vedados. Solo el dulce vino de la campiña napolitana o los rubios cabellos de la esclava Leuconou pueden resarcirlo, en cierto modo, de la pálida muerte. Por eso el "carpe diem", corta la flor del día, es para él todo un programa de vida. En cambio, San Eugenio carece de fe en lo de aquí abajo y el gozo de vivir no logra consolarle. El sabe bien que todo cuanto ha amado dulcemente durante su vida ha de abandonarle en el momento del tránsito:

"Pauper et exiguus ihis et nudus ad umbras".

Pobre, desahado, sin valor ninguno
llegará a las sombras.

Nadie, ni sus padres, ni sus parientes, ni sus mejores amigos podrán consolarle en el difícil momento del juicio divino. Por eso torna

sus ojos a Dios, "honum perenne", y le pide que ponga fin a sus lágrimas y no le envíe a las llamas inextinguibles. San Eugenio se halla, pues, a gran distancia de los clásicos por lo que respecta a su actitud ante el acuciante problema de la fugacidad. En este aspecto es absolutamente un hombre del medievo.

Aparte de estas dos composiciones que hemos analizado, se conservan algunas otras de menos importancia dentro de la tonalidad elegíaca; tales son las tituladas respectivamente "Commonitio mortalitatis humanae" y "Querimonia aegritudinis propriae". La primera es una grave amonestación al hombre recordándole su próximo fin, pero tiene mucho de monótono sermón de tipo moral que, en cierto modo, perjudica a la emoción poética. En cambio la segunda es una corta poesía en que Eugenio se queja de los múltiples dolores que le ocasiona la enfermiza fragilidad de su cuerpo. Presenta esta última una mayor afinidad con el "Lamentum de adventu propriae senectutis", Lamentación por la llegada de la vejez, que hemos estudiado en primer término, y es, sin duda, una auténtica muestra de la lírica apesadumbrada que San Eugenio escribe ya en plena madurez. Podemos colocar también en este apartado un poema dedicado a la muerte de la esposa de Chindasvinto, en que el poeta se lamenta de que ni el oro ni el llanto puedan librar a los reyes de la suerte común que destruye a todos los mortales.

La poesía elegíaca es, sin duda, el aspecto más logrado de la obra del Santo y en ella se advierte, de una manera evidentiísima, el doble juego de influencias que informa el pensamiento de todo hombre de letras visigótico. Por un lado, una profunda resonancia de lo clásico, cuya influencia reciente, estaba fresca todavía en la conciencia de los hispanos del siglo VII. Por otra parte, lo cristiano medieval, que había de predominar absolutamente cuando los acontecimientos históricos recluyeran el espíritu greco-latino en un rincón de las bibliotecas monasteriales. El paso de lo clásico a lo medieval constituye, realmente, un giro copernicano en la vida del espíritu. Los hombres de la Edad Media levantan sus ojos de la tierra —único paraíso para el hombre de la Antigüedad— y ponen su esperanza en una soñada felicidad, que ha de sobrevenir después del tránsito. Este cambio es el que se advierte en las poesías del Santo Obispo de Toledo, que es —no puede dejar de serlo— un hombre del siglo VII, que a veces goza envolviéndose en las galas estilísticas de los grandes poetas latinos. Pero

el mundo poético e ideológico de San Eugenio se encuentra ya extraordinariamente alejado de todo clasicismo. Solo la técnica poética y el lenguaje pueden considerarse aún como productos netamente latinos, aunque, claro está, ligeramente adulterados.

LA PAZ Y LA AMISTAD. EL SENTIMIENTO DE LA NATURALEZA

Como toda persona que vive en perpétua lucha interior, San Eugenio amaba la paz. Pocas veces debió invadir su espíritu inquieto ese dulce bálsamo que es la tranquilidad y, por éso, cuando se siente bajo su benéfico influjo, la celebra entusiasmado. Como hemos visto anteriormente, el carácter de Eugenio era vehemente, apasionado, tanto en sus alegrías como en sus depresiones. De allí la sensación de suave descanso que le produce el advenimiento de la paz. Hermosa es la enumeración de propiedades que el poeta atribuye a la paz. Es ésta la vida del alma, el orden de las cosas, el descanso para los fatigados. Ella reprime las odiosas reyertas, infiltra en el Animo de los hombres una gozosa sensación de vida, pone en fuga a los dolores, porque Dios lo ha ordenado, y nos libra del perverso demonio, "esa pestifera culebra, cuya presa no somos".

La paz en San Eugenio tiene un sentido de liberación, es una dulce huida del mundo que a veces se nos concede, un plácido retiro en que nada nos turba. En cambio, la vida es agitación, inquietud, angustiosa inseguridad, y Eugenio conoce bien estos habituales compañeros del alma. Pero no le han sido negados al Santo esos momentos inefables en que el hombre se encuentra más allá del dolor, más allá de toda lucha. La paz es, en suma, para él algo así como el sueño, algo así como debe ser la muerte. Es decir, una bella soledad, en que las turbulentas aguas de la vida se han parado para formar un silencioso remanso.

Otro de los temas poéticos de San Eugenio es la amistad, y sobre este asunto ha llegado a nosotros uno de sus más bellos poemas. Se trata de una especie de epístola en verso dedicada a un presbítero, amigo suyo, que se había quejado en una carta, del olvido en que el Santo le tenía. Responde San Eugenio haciendo protestas de amistad. Antes de transformarse en un ingrato, se le escapará la vida del pecho y en el cielo se extinguirá la luz, porque el dulce amor que tiene a Eusebio es, realmente, inextinguible. Pasarán los días inquietos, vol-

verán los años en sucesión interminable y siempre estará en sus labios el nombre del amigo ausente. No puede romperse, en modo alguno, una amistad que es grata a Cristo.

Nada más lejos del estruendoso compadrazgo que esta espiritualizada amistad del Santo obispo. Eugenio no se limita a estimar a sus amigos, sino que se siente unido a ellos por un amor indisoluble de hermano pequeño, por ese puro amor que contraria los impulsos egoístas de la bestia que todos llevamos dentro, por ese dulce amor de criatura a criatura, que es el fondo del primitivo y verdadero cristianismo.

Pero la amistad de San Eugenio no se limita sólo a sus semejantes. También se siente amigo de las verdes riberas del Tajo, de los sonoros árboles en que los pájaros ejercitan sus voces, del ancho río que ciñe la ciudad y al son de cuyas aguas es agradable sestear cuando llega el verano. Y, a veces, en plena primavera, cuando las golondrinas y los vencejos regresan de nuevo a Europa, Eugenio va a darse un paseo por entre los cigurrales y, una vez allí, cuando nadie puede verle, arroja de su rostro la máscara severa del prelado y se transforma en un hombre cualquiera, casi en un risueño trotamundos. Entonces, tendido sobre el césped, con la nuca entre las manos y las nubes en sus ojos, comienza a pensar en la composición de un poema que recogiera en sí todo ese manojo de bellezas olvidadas que es el mundo, mientras en sus oídos martillea el ritmo lento del hexámetro. Pero el Santo obispo no es todavía un poeta de paisajes; es más bien un poeta de sensaciones. Por eso cuando canta a la naturaleza, lo hace personificándola en un ave o en una estación del año. Su ave favorita es el ruiseñor, aliado de la noche y dulce amigo del canto, como él se complace en llamarle. También le agrada la golondrina, "huésped del verano", la tórtola, de ejemplo útil a los cónyuges, y el ave fénix, que muere tan pronto como inicia el vuelo. Ama las voces de las aves resonando por entre los frondosos olmos:

"En per frondisonas herbosi caespitis ulmos
Concentu parilas dulce queruntur aves."

Pero sobre todo, la cima de su delicia es escuchar la melodía nocturna del ruiseñor que le adormece suavemente y saber que, mientras él se entrega al sueño, el ilustre pájaro le arroja con sus cantos.

Conservamos en el códice de Azagra un poema de veinte versos, de cuya atribución a San Eugenio dudan algunos eruditos. Se trata, realmente, de una auténtica joya poética que merecería figurar en todas las antologías. A mi modo de ver, es uno de los más bellos poemas que se han escrito sobre el motivo del ruiseñor, y uno de los más raros ejemplos de poesía pura que se han dado en la antigüedad. Es un verdadero canto a la voz incomparable de la "philomela" que "recrea con blundos sonos el angustiado corazón de los hombres", y en él se dan algunos versos en que la inspiración del poeta primitivo no tiene nada que envidiar a la dulzura de un Garcilaso. Véase como ejemplo la limpieza diáfana de los versos siguientes:

"Dic ergo tremulos lingua vibrante susurros,
 et suavi liquidum gutture pange melos.
 Porrige dulces sonus, attentis auribus escas;
 Nollo tacere veils, nollo tacere veils."

Murmura pues con lengua vibradora
 temblorosos susurros
 y entona con suavísima garganta
 delgadas melodías.
 Cede al oír tu música celeste,
 menjar de mis oídos
 no quiero que te calles, no lo quiero
 mi dulce amigo.

Desde luego, si San Eugenio fue el autor de este poema, cosa que es en extremo posible, puede considerarse como uno de los más inspirados poetas de la decadencia de la latinidad.

Pero no todo es dulzura y delicadeza en el sentimiento de la naturaleza que manifiesta San Eugenio. Conservamos una malhumorada poesía del Santo dedicada al verano, en que describe los males y molestias que traen consigo los meses estivales. La sequía, las tormentas destructoras de la cosecha y los insectos, sobre todo los insectos, ponen en la boca del Santo un acento de ingenua indignación, que, en algunos momentos, hace pensar a Menéndez Pelayo en cierta intención humorística. (El poema está escrito en estrofas sáficas y he traducido las cuatro últimas en que aparece de un modo más evidente la graciosa desesperación del Santo Obispo, a quien los pegajosos insectos le impiden dormir tranquilo):

"Cae la lluvia enemiga de los campos
 despojando de flores a las vides
 y el granizo con niveles piedrecillas
 destruye la esperanza de los frutos.
 Es el tiempo en que el sapo quiere hincharse;
 la gélida serpiente
 y la víbora amiga de las selvas
 furiosamente hieren;
 pare la peste la salamandresa
 y el escorpión destruye
 con sus terribles picaduras.
 Se enfurece la mosca,
 la negra cucaracha,
 la maloliente chinche
 y, en la noche, la pulga vigilante
 mortifica los cuerpos.
 Dios aleje estos monstruos de sus fieles,
 la flojedad destruya,
 denos tranquilidad,
 para poder gozar las grutas noches
 a dulcísimos sueños entregados".

Versos que nos recuerdan aquel poema, también graciosamente desesperado, de Dámaso Alonso, que termina con una frase gráficamente expresiva del estado de ánimo del hombre antiguo y moderno ante esos bichos inútiles e intolerables:

"Ah, los insectos, los p... insectos".

LA POESIA DIDACTICA

Durante sus últimos años, San Eugenio compaginó el cultivo de la lírica con la poesía didáctico-moral. Le apremia el deseo de transmitir a sus discípulos y a cuantos quieran leer sus obras, todo el saber que ha ido acumulando en su espíritu a lo largo de su vida. Pone entonces en verso algunos de sus conocimientos y nos habla de las diversas aves, describiendo sus características fundamentales. Nos instruye acerca de las partes anatómicas del cuerpo o enumera las estaciones del año con breves notas acerca de sus peculiares productos. Otras veces escribe breves proverbios útiles para la predicción del clima y aprovecha las cualidades del limón para crear un refrán intencionado: "Pulchra cute, carne dulcis, et acerba medullis", es decir, Hermoso de piel, dulce de carne y amargo de corazón. En otra ocasión nos informa acerca de los inventores de los más conocidos alfa-

betos o escribe sobre las diez plagas de Egipto. Lo curioso de la poesía didáctica del Santo, es que en ella tenemos ocasión de apreciar hasta qué punto se hallaba difundida en aquel tiempo la enciclopédica ciencia isidoriana. Gran cantidad de los asuntos que Eugenio trata en sus versos didácticos no son sino traducciones más o menos libres de la prosa de San Isidoro. Amador de los Ríos, en su *Historia crítica de la Literatura española*, ha tenido ocasión de demostrarlo aduciendo textos de uno y otro. (Así, por ejemplo, hablando de los inventores de las letras, dice el autor de los *Etimologías*: "Hebraeorum litteras a lege cepisse per Moysen: Syrorum autem et Chaldeorum per Abraham... Ægyptiorum litteras Isis regina, Inachi filia, de Graecia ventens in Ægyptum, reperit et Ægyptiis tradidit... Graecorum litterarum usum primi Phoenices invenerunt... Cadmus, Agenoris filius, Graecas litteras a Phoenice in Graeciam... primus attulit", etc. (Libro I, cap. III). "Latinas litteras Carmentis nympha prima Italii tradidit... vocata Nicostrata" (id. cap. IV). En el *Cronicon* asienta: "Gulfilas Gothorum episcopus ad instar graecarum litterarum Gothicis... reperit litteras", de todo lo cual está sacado sin duda el epigrama de San Eugenio titulado "De inventoribus litterarum":

"Moyses primus Hebraeas exaravit litteras,
Mente Phoenices sagaci condiderunt Atticas;
Quas latini scriptitamus edidit Nicostrata,
Abraham Syras, et idem reperit Chaldaicas,
Isis arte non minori protulit Ægyptias,
Gulfila prompsit Getarum quas videmus ultimas."

Como se ve, la correspondencia entre ambos textos posee una notable semejanza y ello nos demuestra la fecunda labor de magisterio que llevó a cabo San Isidoro. Para reforzar la precedente demostración, podrían relacionarse otros varios escritos, pero creemos que es suficiente lo ya expuesto).

Debe también colocarse dentro de la poesía didáctica, la interesante serie de pequeñas poesías dedicadas al joven príncipe Recesvinto, cuando ya había sido asociado al trono por su padre. Se trata de un nutrido conjunto de breves pláticas de carácter moralizador, que tienen por objeto la preparación espiritual del nuevo monarca. Una profunda sensación de áulica severidad se desprende de todas estas reposadas composiciones que constituyen un verdadero prece-

dente de la abundante literatura moral que proliferará en Europa más avanzada la Edad Media. San Eugenio va enumerando meticulosamente cuantas virtudes deben arraigar en el ánimo del rey para la buena marcha de los asuntos nacionales. La sabiduría ha de sugerirle felices decisiones, la prudencia ha de tumplar sus impulsos y la sencillez de alma ha de regir todos sus actos, porque ella es fuente de todas las restantes virtudes. Pero, al mismo tiempo, la bondad del monarca no debe hacerle un hombre cándido: "la paloma debe tener el ingenio de una serpiente". El rey debe cuidarse mucho de que todo esté en orden y para eso es preciso que la justicia impere a toda costa hasta en el rincón más apartado de sus dominios. Pero ello no es óbice para que, sin embargo, anide en él la misericordia y la clemencia, pues nadie puede alcanzar el cielo si durante su estancia en la tierra no ha permitido que "los pobres se levanten desde el abismo de la miseria".

Este es, en todos sus aspectos, el conjunto de la poesía didáctico-moral del Santo, que ataca los más diversos temas del saber de su tiempo. Es ella una muestra completa del carácter enciclopédico propio de la cultura visigótica, a cuyos hombres cupo la paradisiaca felicidad intelectual de nacer en una época en que una sola vida bastaba para aprender todas las ciencias. Mucho debería rodar aún el planeta hasta que el doctor Fausto levantara del libro su febril cabeza para exclamar, después de haberlo escudriñado todo: "Heme aquí, pobre loco, tan sabio como antes."

Nuestros Líricos Colombianos

PALABRAS PREVIAS

Es digno de continua observación el influjo que se ejercen entre sí los pueblos vecinos, en muchos aspectos: comercial, político, literario, etc., etc.

Los que en el Ecuador vivimos al sur del Nudo del Azuay, conocemos, por ejemplo, las estrechas relaciones comerciales que algunas poblaciones han llegado a tener con el Perú: muy explicables, por otra parte.

Pero siempre me llamó la atención un hecho interesante: cual es el de que, teniendo como ha tenido y tiene el Perú líricos e intelectuales de talla sobresaliente, sin embargo no ha llegado a influir, no ha podido nunca penetrar, ni literariamente, en el espíritu artístico de nuestro pueblo.

En cambio, pese a que estamos relativamente alejados de Colombia (no se descuide que hablamos desde la Morlaquia: capital Cuenca), el sentimiento artístico de ese país se ha hecho sentir en todo tiempo, en nuestro medio intelectual.

Las notas que siguen tratan de demostrar, en parte, este concepto y explican también la razón del título de estos apuntes.

No se crea que tratamos de ofrecer un completo estudio de la lírica colombiana ni que pretendamos hacer un ensayo sobre la influencia de escuelas poéticas de Colombia, como escuelas, en nuestro medio.

Un sencillo afán de delectación artística, sobre aquéllos que yo llamo "nuestros líricos colombianos", nos ha impulsado a recoger estas notas. Nada tratamos, pues, de probar aquí categóricamente, ni podemos hacerlo, ya que nuestros conocimientos y actividades, que no son precisamente las literarias, no nos permite ahondar estudios que no sólo requirieren atención, sino profunda dedicación.

Desde luego, no es de ahora esta hermandad entre Colombia y nuestro país: la Historia ha probado este enlace, describiéndonos los siglos de nuestro devenir. Y en el aspecto literario, ya se ha venido observando este conjunto de aspiraciones fraternas, desde hace muchos años.

Bien dijo ya el Dr. Antonio Borrero Vega, coincidiendo con la del distinguido catedrático nuestro modo de pensar, en una conferencia sobre sus impresiones de una gira a Colombia: "En Cúcuta son familiares, y conocidos como propios, poetas como Rivera, Valencia, Flores, Silva, etc. . . ." Y como éstos, existen otros nexos que nos unen espiritualmente al país que tan altos valores ha dado para la Antología de la poesía de América.

DOS PUEBLOS UNIDOS EN EL ARTE

Bajo muchas fucetas el espíritu artístico de Colombia se ha reflejado en las manifestaciones culturales de nuestro país: pero sobre todo se ha identificado el espíritu en dos manifestaciones de la belleza: la literatura y la música; de esta última se habla, por ejemplo, de que el pasillo ecuatoriano, es una modalidad del bambuco colombiano, esa música que:

"Ningún autor lo escribió,
Mas cuando alguien lo está oyendo,
El corazón va diciendo:
"Eso lo compuso yo."

como decía Rafael Pombo.

Nosotros nos vamos a concretar al aspecto literario, haciendo notar, también, que no podía ser de otra manera, en tratándose de dos hermanas de idéntico origen, de parecida historia, con lengua y tradi-

ciones comunes, y con poca diferencia de edad. Siempre, pues, se cumple la "herencia tradicional del tesoro artístico", que cita Francisco Salgado, hablando de la música.

Es que el medio en que se desarrolló la emoción artística de uno y otro país, fue siempre idéntico y desconcertantemente semejante la naturaleza que modeló el espíritu del Ecuador y Colombia. Del paisaje de cualquiera de los dos países, se puede decir, con verdad, lo que García Prada dice del de Colombia: "Llanuras, montañas, laderas, páramos y valles; veguitas y rincones hospitalarios; ríos anchurosos... sosegados, selvas milenarias, bosques apacibles... , nubes y nieblas de espléndido dramatismo, "todo esto y más, identifica en mucho, en muchísimo a los dos países, en su geografía; y por su geografía, en sus hombres y en sus manifestaciones culturales."

Como para ahondar más estos nexos del medio y del espíritu, recojamos también el dato, no por menos trascendente menos útil, de que muchos caballeros colombianos, en tiempo de la Independencia sobre todo, se averindaron en nuestra Morluquia, dejando en ella nombres que son hasta ahora apellidos familiares en nuestra vida republicana de más de un siglo. Es que, aun cuando anónimos unos, o ilustres otros, deben haber encontrado ese paisaje semejante a la de la tierra de sus primeros años, y esa nostalgia les detuvo en sus andanzas, para sembrarles en esta parte del Ecuador. No tratamos de ahondar este acápite; pero una vez que hablamos de ello y para citar de paso estos nombres ilustres, tenemos que enorgullicernos del General Antonio Morales, del Coronel Carlos Joaquín Monsalve, del ilustre apellido Muñoz Vernaza; del sapiente jesuita Teodoro Vargas, que fundó en Cuenca la Academia "San Luis", cuando Profesor de Literatura de este Colegio...; y en fin, de otros y otros colombianos, que por cien méritos, tienen que constar en la lista de "los nuestros".

Y ahora, como un puro y delicado recuerdo; como una evocación de nuestros años de mayor delectación literaria, haremos destilar, como en un afán de refrescar las cristalinas fuentes del recuerdo poético, a los líricos colombianos que más eco han hecho en nuestro medio cuentano.

Alguna razón debió haber, digo mal, muchas razones hay para que tales o cuales poetas colombianos hayan entrado en el alma de

nuestro pueblo, hayan influenciado en la técnica o en la inspiración de nuestros poetas, y sobre todo, hayan caído como finas perlas líquidas en la límpida fuente de nuestra alma popular, para hacer en ella, inclusive, motivos de composiciones musicales, como en algunos casos ha sucedido.

¿Quién no ha cantado alguna vez en Cuenca, el popular pasillo que empieza:

"¿Conoces tú, la flor de batatilla,
la flor sencilla,
la humilde flor?"

O quién, en el fuego de sus mocedades, no alzó la voz, ensayando un magnífico pasillo también, el

"Tú no sabes amar, acosa intentas,
darme color con tu mirada triste...?"

¿Quién no recitó, aprendió "de memoria", o cantó, en su niñez o juventud, como éste, otros de los inimitables sonetos de Julio Flores?

¿Quién en Cuenca no se sintió con el alma sobrecogida de poesía, con la música de seda de los inefables "Nocturnos" de Silva?

La lista es larga. Recordémosles, despacio, a cada uno de ellos, a los más familiares, a los que, con gusto, los podemos llamar en Cuenca, NUESTROS LÍRICOS COLOMBIANOS.

Claro que poetas de otras nacionalidades, hispanoamericanos sobre todo, han hecho eco en nuestra intelectualidad y en nuestro medio popular: pero son pocos los selectos que han tenido esa similitud con el alma de nuestra Morlaquia. No así los colombianos: faltan los dedos de la mano para enumerarlos; y pasaría los límites de este trabajo para reproducir todos los versos que, recitados o cantados, andan de boca en boca, para la afición literaria de nuestra juventud o para la delectación no menos artística de nuestro pueblo.

EVOCACION DE CUMBRES

JORGE ISAACS

Comenzando por el más popular de todas estas tierras de América, por su poesía en prosa: la novela "MARIA", tenemos que recor-

dar a Jorge Isaacs. Tan popular es, tan conocido en fuentes de élite literaria, y en fuentes populares de la literatura, en la que campea su honda fantasía oriental (recordemos su origen hebreo), su permanente comunicación con el paisaje de su Patria, a la que contó con versos llenos de vigor y romance; que su nombre repercute en América, como uno de los más justos timbres de orgullo de Colombia. Es de Jorge Isaacs este soneto, cantado entre nosotros:

TEN PIEDAD DE MI

Señor, si en sus miradas escondiste
Este fuego inmortal que me devora
Y en su boca fragante y seductora
Gonjasas de tus áncoras pusiste.

El de luz de anírcm lo vestiste
Y negros bucles; si su voz cantara,
De los sueños de mi alma arrulladora,
Ni a las palomas de tu selva diste.

Perdona el grau dolor de mi agonía
Y déjame también buscar olvido.
En las tinieblas de la tumba fría.

Olvídarla en la tierra no he podido.
¿Cómo esperaré si ya no es más?
¿Cómo vivir Señor, si la he perdido?

Que nos trae a la memoria, prontamente la ESTANCIA DE AMOR de José María Egas; con lo que no trato, naturalmente, de intuir semejanzas, pues ya se dijo, o más bien, se interrogaba de Egas: "¿Es Amado Neruo redivido?"

Un pasillo muy cantado antiguamente en Cuenca, y que casi ya no se lo recuerda, es el que dice: "Conoces tú la flor de batatilla, de Gregoria Gutiérrez González:

"Conoces tú la Flor de batatilla,
la flor sencilla, la modesta flor?
Así es la dicha que mi labio nombro;
crece a la sombra,
Mas se marchita con la luz del sol."

Son fragmentos solamente de una larga composición intitulada PORQUE NO CANTO. Este pasillo, aunque raramente, se oye toda-

vió cantar en nuestras serranías, y ha persistido por la profunda emoción sentimental que encierra y que hacen, por lo tanto, de su autor uno de nuestros líricos escogidos.

JULIO FLORES

Acaso sea un atrevimiento decir, pero estoy tentado a hacerlo, que ningún poeta, ni de los nuestros, ha hecho tanta entranza en el alma popular, como este poeta, que al igual que nuestro Luis Cordero y que nuestro Crespo Toral, fue coronado de laureles en medio de la exaltación de su pueblo. Ni puede ser de otra manera sabiendo que, gran número de sus composiciones, "son parte ya del folklore popular y se cantan en muchos rincones de la América española". Solamente citaremos las dos más conocidas composiciones que en sentidos pasillos se cantan entre nosotros; la una titulada OJOS, que comienza:

"Ojos indefinibles, ojos grandes,
como el cielo y el mar, hondos y puros.
Ojos como la selva de los Andes
misteriosos, fantásticos y oscuros.

Pero, sobre todo, sus maravillosas y amargas GOTAS DE AGENJO, que por la estrecha semejanza del título, suena mucho a COPAS DE ABSINTIO, de nuestro malogrado Dr. Ricardo Jauregui:

"Tú no sabes amar: ¿acaso intentas
Darme color con tu mirada triste?
El amor nada vale sin tormentas,
¡Sin tempestades el amor no existe!

Y sin embargo, ¿dices que me amas?
No, no es amor lo que hecho mí te mueve...
El amor es un sol hecho de llamas,
y en los soles, jamás cuaja la nieve.

¡El amor es volcán, es rayo, es linterna,
y debe ser devorador, intenso,
debe ser huracán, debe ser cumbre...
Debe alzarse hasta Dios como el Incensol

¿Pero tú piensas que el amor es frío?
¿Que he de aunar en ojos siempre yerbos?
¡Con tu anémico amor... anda, bien mío,
anda al osarlo a enamorar los muertos...!

Este pasillo, indudablemente no morirá, mientras haya una guitarra en el mundo y mientras haya una voz entre los hombres, que pueda modularlo.

JOSE ASUNCION SILVA

Al evocar la memoria de una de las más altas figuras del modernismo colombiano: José Asunción Silva, los ecuatorianos, recordamos con afecto y asociamos este nombre con el de nuestro también malogrado poeta de la "Generación Decapitada": Medardo Angel Silva, por muchos aspectos que no son para ponderarlos en este corto ensayo. Pero, junto con estos dos nombres, para nosotros que nos ufamamos de la poesía cuencana, surge también, al evocarlos, el nombre del que perteneció a esa generación de Silva, de Egas, de Novoa y de Fierro: el de Alfonso Moreno Mora, cuya producción literaria le dá derecho a ocupar puesto de honor entre ellos, como con todo acierto y elegancia expuso ya César Andrade y Cordero.

La dulzura, suavidad y delirio poético que encontramos en Silva, podemos también admirar con igual o sobra de razón en las producciones de nuestro malogrado Moreno Mora.

Oigamos una sola de las creaciones de uno de estos espíritus, hermanos "en la voluntad de poesía", que dijera Andrade y Cordero:

MIDNIGHT DREAMS

De SILVA:

Anoche, estando solo y ya medio dormido,
mis sueños de otras épocas se me han aparecido.
Los sueños de esperanza, de glorias, de alegrías
y de felicidades que nunca han sido mías,
se fueron acercando en lentas procesiones
y de la noche oscura poblaron los rincónes.

Hubo un silencio grave en todo el aposento
y en el reloj la péndula detúvose un momento.
La fragancia indolenta de un olor olvidado
llegó como un fantasma y me habló del pasado.
Vi caras que la tumba desde hace tiempo esconde,
y oí voces aínas ya no recuerdo donde...

.....

[Los sueños se acercaron y me vieron dormido;
se fueron alejando sin hacerme ruido
y sin pisar los hilos sedosos de la alfombra,
fueron desahaciéndose y hundiendo en la sombra]

Ni qué decir de los inimitables NOCTURNOS, que no sólo han sido el Himno romántico de todo corazón de veinte años, de nuestros pueblos de América; sino que atravesó los linderos americanos para ser flor de poesía, aun en jardines de otras latitudes, hasta el extremo de hacer decir a críticos extranjeros, que Silva y Valencia, como poetas, no son colombianos.

Debe ser emoción patriótica, pero me subyuga encontrar en los NOCTURNOS de Remigio Romero y Cordero, aquella armonía de sonidos que dan toda la melifluidad del verso; aquellas palabras precisas, que además de dar a la oración un contenido concreto, suenan a notas musicales que nos transportan a noches todas llenas de murmullos... de perfumes y de música de alas. Oigamos a Romero y Cordero en el Nocturno N. 1:

Reza, Malena, reza... Reza o canta...
Me dá miedo la noche de los páramos...
Debe pasar la noche por el patio,
cuando ladran los perros... ¿Oyes?... ladran.

En la última ventana se ha posado
un lucero... ¿Qué anuncian los luceros,
mientras invoca al miedo de la Muerte
la noche de los páramos, Malena?

Reza o canta... una salva, un pedrenuestro...
Mis versos, otros versos lo que fuera...
¿Oyes, Malena, cómo ladran?... ¿Oyes?

Es la muerte que pasa... Y, de mañana
se verá que algo ha muerto, algo, Malena;
Los rebañes, las flores o nosotros...

Y en el

NOCTURNO XIV

Noche larga de insomnio y aguacero,
que te maldiga Dios... Los sapos croan

sesentitas mecabras al insomnio
que florece en mis párpados... La lluvia,

En complot con los vidrios y el tejado,
hace un ruido que ahora me parece
no haber oído nunca... ¿Tú lo escuchas?...
Y el insomnio, como ave de rapiña,

Me clava en las pupilas ambas garas
y me arranca los ojos... Oh, el insomnio...
Y, dime, Malena, estando muerto,

Tendré los ojos también en el sepulcro,
o dormiré mi muerte a piernas sueltas,
como un lirón de ese terrible invierno...

Claro que muchos poetas han tratado de imitar los NOCTURNOS de Silva, sin que haya podido ser igualada nunca esta especie de maravilla musical, que eso sí ha sido traducida a varios idiomas; nosotros hemos querido, simplemente, por un orgullo patriótico, como decíamos hace un momento, recordar con esta oportunidad los NOCTURNOS de uno de los nuestros, que es, por otra parte, uno de los valores poéticos más altos del país.

Descarta repetir aquí a Silva; pero tengo un concepto de los versos extremadamente selectos, como de cierta maravillosa música clásica: es preferible que no sean continuamente repetidos, que no lleguen a vulgarizarse, por decirlo así: puesto que tales músicas y versos deben ser gozados solamente por los iniciados; ya que para llegar a comprenderse de tales manifestaciones artísticas, hay que estar con el espíritu preparado y en momentos en que el alma se abstraiga del mundo y se eleve solamente hacia la belleza suma. ¿No me daréis la razón, si os hablo del AVE MARIA de Schubert, de los NOCTURNOS de Silva, por ejemplo? Por eso, creo que para captar la dulzura de "una noche, una noche toda llena de murmullos, de perfumes y de músicas de alas, una noche en que ardían en la sombra nupcial y húmeda las luciérnagas fantásticas"... es necesario estar en trance: sentirse como un médium que evoca las maravillas del poeta y ofrece la traducción de su estado de alma.

José Asunción Silva nos dejó, también, el hermoso juego poético, que algo transformado, cantan nuestros niños en las noches lunadas, o al calor de hogar familiar:

LOS MADEROS DE SAN JUAN

... Y aserín
 aserán,
 los maderos
 de San Juan
 piden queso,
 piden pan;
 los de Roque,
 Alfandoque;
 los de Rique,
 alfeñique;
 los de Trique,
 triquestrán.

Aquí sigue la pieza poética.

Este estribillo, desde luego, tiene su origen en una muy antigua pieza de origen infantil español, y al pasar a Hispano América, ha sido deformado ligeramente en cada país, pero el sentido del texto que enuncia Silva, es el más cantado en nuestro mundo de los juegos. Pero Silva, no produjo solamente lirismo de estos dos extremos que hemos enunciado con las dos piezas citadas: la mordacidad epigramática, tuvo su feliz acierto en esta composición muy popularizada en nuestro tiempo:

EL MAL DEL SIGLO

El paciente:

Doctor, un desaliento de la vida
 que en lo íntimo de mí se arraiga y nace,
 el mal del siglo... el mismo mal de Werther,
 de Rolla, de Manfredo, y de Leopardi.
 Un cansancio de todo, un absoluto
 desprecio de lo humano... un incansante
 renegar de lo vil de la existencia
 digno de mi maestro Schopenhauer;
 un malestar profundo que se aumenta
 con todas las torturas del análisis...

El Médico:

Eso es cuestión de régimen. Cambré
 de mañanita; duerma largo; báñese;
 beba bien; coma bien; evídese mucho;
 ¡lo que usted tiene es hambre!

GUILLERMO VALENCIA

El que llegó a las cumbres del parnasianismo: Guillermo Valencia, representa una de las cuatro figuras literarias más culminantes de Colombia artística. Y sobre todo es el más alto intelectual representativo de su ciudad señorial: Popayán. Con razón se ha dicho que "quien desee conocer en esencia la obra de la raza castellana en Colombia, tiene que buscarla en Valencia, en sus versos perfectos y grávidos de rara inquietud".

La delicadeza y al mismo tiempo sonoridad de sus versos se pueden apreciar en los que le dedicó a Silva, después de la muerte del poeta bogotano:

*(Oh Señor Jesucristo, por tu herida del pecho
 ¡pédonalot! ¡pédonalot! desciendo hasta su lecho
 de piedra a despertarlot).*

Pero su mayor inmortalidad, conquistó con los CAMELLOS, la más prístina representación de la maestría del verso, y que por lo mismo ha sido siempre la selecta, entre las flores de untiología, para los recitales en nuestros establecimientos educacionales:

*Dos lánguidos camellos, de elásticas cerviceras,
 de verdes ojos claros y piel sedosa y rubia,
 los cuellus recogidos, hinchadas las naricas,
 a grandes pasos naden un arenal de Nubla.*

*Son hijos del desierto: predóles la palmera
 un largo cuello móvil que sus vaivemes finge,
 y en sus marchitos rostros que esculpe la Quimem
 ¡sólo consancio alean la boca de la Estingel!*

Al leer los delicados versos de Ricardo Nieto, en SUEÑO BLANCO, cuyos fragmentos, para citar sólo lo principal, dicen:

*Y la niña inocente sonreía
 al Duque de Gandía,
 quien pensaba mirando aquellos labios
 que es mejor que la gloria y los laureles
 la miel roja de un beso
 que destilan las uvas moscateles.
 (Y su boca traviesa
 se aproximaba a la encendida fresa)*

Mas, se detuvo. Asimí
 ¿No es crimen —pensó— variar la copa
 de vino sobre el raso?
 ¿Empañar el cristal no es un delito?
 ¿Marchitar una flor no es un delito?
 ¿Deshojar un clavel no es un delito?

Vete en paz, hijo mío —dijo el Duque—
 que sigiló meditando dulcemente,
 hasta que al fin resplandeció
 entre la selva se quedó dormido
 con la mano ducal sobre la frente.

Nos sugiere otro poema, el nó de la maestría del poeta Vallecauso, por lo menos de igual delicadeza, de un escritor y lírico azuayo Alfonso Andrade Cliriboga, que con una temática más o menos semejante cantó: ASI REZO YO (fraguicitos también).

Me ofrece su labio que orde;
 Ya está muy cerca del mío...
 Y, preso del desvarío,
 voy a rendirme enbarde...
 Un instante más y tarde
 será todo. Mas, un toco
 mis labios le ríñe loca,
 porque ¡valor sobrehumano!
 puse trémula la mano
 entre su boca y mi boca...

Dios mío. ¿No será así
 como se te debe amar?
 Dicen que no se rezar,
 pero sí llegar a Ti...
 Ese beso, que en tí,
 el corazón me ha quemado...
 Y me arranqué de su lado,
 dejando al pimpollo llaso...
 Pero, Dios mío, ese beso
 fué derecho a tu estado.

La angustia de la vida, el dolor de la tragedia humana, el temor de la noche, el infantil miedo de la muerte, han sido cantados por dos poetas de igual inspiración: Ricardo Nieto y Remigio Romero y Condero, no quiero decir en forma igual, pero sí, de una manera que al leerlos, se tiene la misma sensación de inquietud, de sobresalto, de miedo a la guadañadora que con felino paso avanza desde nuestro propio corazón. Nuestro poeta, dice en su NOCTURNO III:

Oyes...? Ladrán los perros en el patio...
calentando a la sombra por contagio...
escótrame, quien?... Ella, la Muerte,
la floca, la tremenda, la espantosa?...

Ricardo Nieto solloza y suspira así:

—¿Oíséis ese ruido tan frágil y tan leve
ese suspiro débil, ese triste rumor?...
Es alguien que camina muy peso entre la nieve,
o un pájaro extraviado que en el sauzal se mueve...
Eso es todo Señor,
—¿Oíséis?... Juraría que alguien abrió la puerta,
que una mujer de blanco por el jardín entró...
—Tal vez la brisa errante, quizás una hoja muerta,
o el viejo jardinero que atravesó la huerta
y algún suspiro dió.

LUIS CARLOS LOPEZ

Son bastante conocidos y recitados los versos de este tan discutido poeta, que para unos es un "líder de la lírica nueva"; mientras que para los otros, "tiene el don de escribir, en rasgos sobrios, escuetos y magistrules, los aspectos esenciales de las mezquinas realidades de la vida". Pero es que la realidad de la vida ofrece cien matices, desde los mezquinos y vulgares de la rutina diaria, hasta los más trascendentales de los valores estéticos. Y en ambas formas el poeta halla el nódulo artístico que le compele a evocar para los demás...; pero, para los "demás" que saben digerirlo, desde luego. Véase, entre otras, cogida al acaso, esta muestra:

MEDIO AMBIENTE

Mi buen amigo el noble Juan de Dios, compañero
de mis alegres años de juventud, ayer
no más era un artista genial, aventurero...
Hoy vive en un poblacho con hijos y mujer.

Y es hoy panzudo y calvo. Se quita ya el sombrero
delante de un don Sabas, de un don Lucas. ¿Qué hacer?
La cuestión es asunto de calvo y de puchero,
sin empeñar la "Singer" que ayuda a mal comer...

Quimeras moceriles —milid sueño y locura;
quimeras y quimeras de anhelos infinitos,
y que huy —como las piedras tiradas en el mar—

se han ido a pique oyendo las pláticas del cura,
 junto con la consorte, la suegra y los niñitos...
 ¡Qué diablos!... Si estas cosas dan ganas de llorar.

¿Acaso nuestro Moreno Mora, no dijo también, sintiendo la angustia cotidiana, que la vida vulgar era,

como un carro repleto de basura y dolor,
 el mismo aspecto siempre, de Cristo y de rencor!

Muy recitado y repetido entre nosotros ha sido Enrique Alvarez Henao por la maravilla de su soneto:

LOS TRES LADRONES

Poco fró de grandes redenciones:
 el mundo de dolor estaba henchido
 en el Gólgota en sombras convertido
 se hallaban en sus cruces tres ladrones.

A un lado en espantosas contorciones,
 se encontraba un ratero empedernido;
 y en el otro, un ladrón arrepentido,
 y en medio un robador de corazones.

De luto se vistió la veste esfera:
 Gestas el malo, se retuerce y gime,
 Dianas el bueno, en su dolor espera.

Y el otro, el de la lengua cabellera,
 que sufre, que perdona y que redime,
 se robó al fin, la humanidad entera.

Es curioso anotar que con esta joya literaria, sin embargo, Alvarez Henao, no consta en todas las Antologías de líricos colombianos. Estos "Tres ladrones", nos traen pronto a la memoria otra composición magistral de nuestro malogrado Bolívar Dávila: en donde si no hay esa profunda expresión de ascetismo, acaso se respira más romance en la temática: Oíd:

EL VENCEDOR

Van diecinueve siglos que en el monte calvario,
 como un ladrón infame, murió Cristo en la cruz;
 a su izquierda divina espiraba un sicario
 y a su diestra el buen hombre que debió ver la luz.

Era un ejemplo vivo cada crucificado:
 Gestas el cruel bandido, fué la carne del mal;
 Dimas, ese mal hombre que nunca fué malvado;
 Cristo, el loco infamado, por un grande ideal.

Los tres martirizados querían la victoria,
 poner la palma andaban de su postrera gloria
 desde el momento mismo de su crucifixión.

Y desde aquella tarde de aquel día distante,
 el vencedor es Gestas, cuya maldad gigante
 la humanidad conserva llamando corazón.

PORFIRIO BARBA JACOB

Y ahora, voy a pronunciar un nombre que para mí es de terror; que ha compeñido en sus versos y en su vida todo el alarido que la angustia humana es capaz de expresar; un nombre muy pronunciado entre nosotros; muy nuestro, para decirlo de una vez: Porfirio Barba Jacob.

El poeta Ciro Mundia (pseudónimo de Carlos Mejía Angel), afirma, hablando de la generación poética que precedió a la de 1920, que Barba Jacob, no escribió ningún verso; y para sacarnos pronto de la sorpresa, nos aclara, con una razón muy sencilla, que el autor de "Canción de la Vidu Profunda" y otras más, es Ricardo Arenales, que después firmó con el pseudónimo de Miguel Angel Osorio, para morir al fin con el de Barba Jacob; pero cuando Ricardo Arenales, en sus bohémias por Costa Rica produjo esa maravilla de versos, no había todavía Barba Jacob. Mas la identificación del poeta, en todos los parnasos de América, quedó para siempre con este último sugerente nombre de Barba Jacob.

Razonablemente, y con pasión, la prensa de nuestro pequeño mundo le reproduce de vez en cuando; y creo que ha sido uno de los poetas dilectos de nuestra Intelectualidad; nada menos que la más sincera y pura voz poética de nuestra ciudad, en la palabra nueva de Eugenio Moreno Heredia, y Rigoberto Cordero y León, ha hecho su evocación en nuestra Casa de la Cultura, con la dilecta afeción que ellos muestran para estos poetas eternos.

Decíme, es que cuando se oye:

"Hay días en que somos tan móviles, tan móviles
como las levés briznas al viento y al azultar.
Tal vez bajo otro cielo la vida nos sonría...
La vida es clara, undivaga y abierta como el mar."

¿No es verdad que uno quiere estrujar el alma; cerrar los puños hasta sangrar, como para traducir la eclosión de detenida amargura con que quisiera fulminar nuestro espíritu? Es que hay días en que "El alma gime entonces bajo el dolor del mundo y acaso ni Dios mismo nos puede consolar..."

Pero el dolor del mundo no sólo es alarido y queja que retumba hasta el cielo; es también la quintaesencia del recuerdo tenue y suave; del recuerdo que desde un rincón del alma nos hace sollozar; de aquel recuerdo que, al volver hacia parajes que nos fueron queridos en la infancia, nos entristecen y nos hieren, pero nos hieren para un llanto que apenas puede ser advertido, y cuyas gotas, invisibles para los demás, van a aumentar el caudal de penas que todos llevamos en el fondo de nuestras vidas tristes. Oíd, en efecto, algo que se reproduce con frecuencia, probablemente, en todas partes, y para mí creencia, aquí en Cuenca, con predilección:

PARABOLA DEL RETORNO

(Fragmentos)

—Señora, buenos días. —Señor muy buenos días.
—¿Dedíme es esta granja la que fué de Ricard?
¿No estuvo recatado bajo frondas umbrías?
¿No tuvo un naranjero y un sauce y un pinar?

Recuerdo... hace treinta años estuvo aquí mi cama.
Hacia la izquierda estaban la cuna y el altar...
Dedíme, ¿por los techos aún fluye y se derrama
de noche la armonía del agua en el pajal?

.....

Recuerdo... Éramos cinco... Después una mañana
un médico muy serio vino de la ciudad;
hizo cerrar la alcoba de Tonia y la ventana...
Nosotros indagamos con insistencia vana,
y nos hicieron alejar.

Tomamos a la tarde cargados de racimos,
de piñuelas maduras, de gajos de araraj,
la granja estuvo llena de arullos y de mirras,
y fuimos solos: ¡había nacido Jaime ya!

¡Señora, buenos días. — Señor, muy buenos días...
Y adios!... Sí, es esta granja, la que fue de Ricardo;
y es éste el viejo huerto de avenidas umbrías
que tuvo un sauce, un roble, zarzifos y pomar,
y un pobre jardinillo de tréboles y acacias...
Señor, muy buenos días... Señora, muchas gracias!...

JOSE EUSTASIO RIVERA

Con sólo su maravillosa obra que es al mismo tiempo un poema a la selva: LA VORAGINE, catalogada ya por la crítica continental como una de las cuatro obras novelísticas más notadamente representativas de la América de habla española, junto con DOÑA BARBARA, DON SEGUNDO SOMBRÁ, LOS DE ABAJO y HUASIPUNGO, con sólo esa obra, decimos, Rivera tenía para ser familiar en cualquier medio literario del Continente. Rivera, produjo también su soberbia TIERRA PROMETIDA, para confirmar su gloria poética y la de su Patria; y en la cual consta éste, que puede ser paradigma de ejemplar soneto, y que por eso ha sido repetido y repetible en nuestros medios literarios:

ATROPELLADOS, POR LA PAMPA

AtroPELLados, por la pampa, suelta,
los raudos palmes, en febril diáspula,
hacéis silbar sobre la surda rita
los huracanes en su crén revuelta.

Atrás dejando la llanura envuelta
en polvo, alargan la cerviz enjuta,
y a su carrera retumbante y huda
cimbran los pindos y la palma esbelta.

Ya cuando cruzan el austral peñasco,
vibra un relincho por las altas ruas;
entonces paran el triunfante ensoco,

recoplan, reuens, ante el sol violento,
y alzando en grupo las cabezas locas
oyn llegar el retruendo viento.

LUIS FELIPE DE LA ROSA

Acaso sea la voz de este poeta, la que más despertó en mí el interés por hacer patente las relaciones literarias de Colombia en Cuenca.

Luis Felipe de la Rosa, visitó nuestra ciudad en su gira hacia Chile, en donde le esperaba la gloria, en el año de 1917, época en la que en Cuenca "se abría apenas, soñadora el alma", para la nueva poesía; época de los Romero y Cordero, de los Moreno Mora, y otros más, con quienes, trabó estrecha y complicada amistad, en medio de los refinamientos del arte y de otros refinamientos.

En nuestra ciudad encontró mucho ambiente para su vida de poeta y bohemio, y pasó larga temporada, en la que creó algunas de sus gustadas composiciones, como ser: MADRE, PARA ENTONCES, y sobre todo CANCIÓN LEJANA; época lejana, desde la cual ya se perfila al poeta, también, podríamos decir, de una generación decapitada: sólo que en esta vez el destino no le arrancó la cabeza ni el corazón Intempestivamente, sino, de una manera más martirizante y prosaica, le quitó las piernas, de una en una... Oigámosle cómo cantaba ya en Cuenca:

Yo sé que esta comarca legendaria
cuyo blasón en la eminencia splende,
a pesar de la rima estrafalaria,
en estas horas mi cantar entiende.

Yo he sido un bebedor, pero de liras
con que se embriaga la pínicasa Ariemla,
el clarado pálido y las ninfas...
¡Oh Castilla feliz! ¡Oh mi bohemial!

... Y quiero a la mujer. Soy el poeta
de la desolación... ¡Soy un proselit!
pero busco unos senos de violeta
y unos labios que ignoren el delito...

Y voy pasando así, como gitano
de grave faz, por mi caudal estrecho.
No me arredra la sorna del enano...
Sé que a la cima he de llegar derecho!

Siento no poder hacer una biografía ni siquiera relativa, de Luis

Felipe de la Rosa; de quien, años más tarde de la muerte del poeta, dijo nuestra poetisa Mary Corylé, definiéndole, "de cuerpo entero":

y le bastan los versos que ha creado,
y va le sobre el cuerpo carceñado,

La estrecha limitación de este trabajo, me impiden, digo, hablar de su personalidad, de su estadía en Cuenca, ni comentar los conceptos y poesías que de cuencunos: Manuel J. Calle, Manuel Coello Noritz, Rigoberto Cordero y León, Mary Corylé, etc., etc., tuvieron y crearon para el poeta, antes y después de su muerte.

Sólo que, como que es la verificación de lo que vengo sosteniendo: la honda relgambre de amistad o de coincidencias entre poetas y poesía cuencana, con poetas de la línea colombiana, me trae de la mano, la maravillosa Autobiografía de nuestro exquisito acda Moreno Mora, dedicada al poeta de EL CAMINO DE LA CRUZ. He aquí el poema que define con caracteres precisos, el cuerpo, la vida, la pasión y acuso la muerte de uno y otro lírico:

EPÍSTOLA A DON LUIS FELIPE DE LA ROSA

Luis Felipe, tu vida de inquietud se remansa
con una pierna menos y una experiencia más.
Tu diestra, en el naufragio, al fin la boya alcanza
y serrendo miras salteme afios atrás.

Luis Felipe, tû empezas; yo acabo; me retiro;
la vida ha sido mala, muy mala para mí;
mi cálla está exhausto, su fondo oscuro miro;
pero voy a llenarlo para brindar por tí...

Por tí... Lección viviente de arboricultura;
es porque te han podado que vas a florecer;
es porque estás sin pierna que vas a la ventura;
es porque estás ya viejo que te ama una mujer...

Por tí, ¡oh!, arrepentido hombre penitente;
por tí que ya no bebes sino agua mineral;
levantaré mi copa con ademán doliente,
y beberé de un sorbo con decisión fatal...

Es juguete de niños la más pulcra esperanza;
he mirado ya mucho, para esperar ver más...
La luz, el aire, todo me fastidia y me cansa,
y en el busto de Palas clama al cuervo: ¡Jomás!!!...

Dije que Luis Felipe de la Rosa era el poeta "del Camino de la Cruz"; en realidad, no sólo por ser autor de este poema, sino, porque la significación de este título le cae rotundamente apropiada a su trágica existencia, ya que así se modeló su vida, y así se terminaron sus días. Este poema lo recitaban con mucha unción, aquí en Cuenca, hace unos dieciséis años, estudiantes colombianos, y a través de ellos, nosotros, sus amigos y compañeros, que nos deleitábamos en sus recitaciones.

Desearía citar a otros líricos de Colombia: por ejemplo a León de Greiff, cuyas creaciones han sido recordadas en la Sala de nuestra Casa de la Cultura; a José Umaña, por su muestrario del trópico; a Belisario Peña, que si nacido en Colombia residió y murió en el Ecuador, y es autor del celebrado himno A LA INMACULADA CONCEPCION, bastante conocido en nuestros colegios; a Aurelio Martínez Mutis que tiene nexos de amistad personal y epistolar con algunos de nuestros poetas; y a muchos otros, entre los que ocupan plano muy importante los Nuevos; pero quiero ser disciplinado y sujetarme al plan que me propuse; traer a nuestra memoria, solamente a los que ya entraron en la médula romántica de nuestro pueblo, que es decir, en la médula de la definitiva gloria.

CANCIONES POPULARES

Para terminar, citaremos algunas canciones populares cuya letra o música de autor colombiano hubiese arraigado entre nosotros.

Estas canciones que forman ya parte de nuestro folklore musical, son fragmentos del gran acervo que algún escritor debiera recoger para conocer así a fondo el alma de nuestra mortáquia: un escritor que al mismo tiempo conozca de música y se adentre en el alma popular, para que pueda extraer desde las raíces más hondas de nuestra pequeña nacionalidad, esta faceta musical del arte, como en Colombia ha logrado hacer, con mucho acierto el escritor y artista del pentagrama, Jorge Añez, en su valioso volumen **CANCIONES Y RECUERDOS**, de donde tomamos las que hemos oído en el Azuay.

Comprendo la valla que podría significar una colección de nuestros canciones de folklore, y por eso me permito reproducir las que

han sido producidas por autores colombianos; dejando así, en cierta manera, iniciado el largo capítulo que una pluma más autorizada debería emprender en la colección de estas manifestaciones del arte, auténticamente popular.

Comencemos por algo que nadie habrá dejado de oír en su niñez, y que aún actualmente se canta con mucha devoción: LAS FLORES NEGRAS, de Julio Flores:

Oye, bajo las ruinas de mis pasiones,
y en el fondo de esta alma que ya no alegras,
entre el polvo de ensueños y de ilusiones
brotan entumecidos mis flores negras.

Ellas son el recuerdo de aquellas horas
en que pesa en mis brazos te adormecías,
mientras yo suspiraba por las auroras
de tus ojos, auroras que no eran mías.

Ellas son mis dolores, capullos hechos,
los intensos dolores que en mis entrañas
sepultan sus raíces, cual los helechus
en las húmedas grietas de las montañas.

Guardo, pues, este triste, débil manojito
que te ofrecen de aquellas flores sombrías;
guárdalas, nada temas, que es un despojo
del jardín de mis hondos melancolios.

En nuestros campos se cuenta, a manera de yaravi, me parece, LA ESPINA, bambuco de Hipólito Rodríguez, y letra de Antonio Machado, que comienza:

En el corazón tenía
la espina de una pasión,
logré arrancármela un día,
ya no siento el corazón.

Tenemos luego, una SERENATA, antigua, pero muy antigua, entre nosotros, del bogotano Luis Romero:

Asómate a la ventana,
para que mi alma no peine;
asómate que ya viene,
la lumbre de la mañana.

Asómate y si te miro,
mi ardiente amor te confieso
en los rumores de un beso
y en el vaivén de un suspiro.

Sabrás que guardo un tesoro
para ti, dentro del pecho,
levántate de tu lecho
y verás cuanto de adoro.

Las calles están desiertas,
las nubes vagan perdidas,
están las aves dormidas
y las estrellas despiertas.

De autor anónimo y letra de Diego Uribe, es también el viejo bambuco VAN CANTANDO POR LAS SIERRAS, que se oye con frecuencia, todavía:

Van cantando por la sierra
con honda melancolía,
unos cantos de mi tierra
mientras va muriendo el día.

Se escucho el suave acento
de hojarascas y bejuco,
mientras que se lleva el viento,
el eco de mis bambucos...

Un viejo bambuco bogotano de autor anónimo, oído también en mi niñez, es el que dice:

SOBRE LAS ONDAS DE UN TERSO LAGO,
grabé tu nombre una mañana,
pero a medida que lo escribía
venían las olas y lo borrahan.

También el tan popular

LIMONCITO, LIMONCITO
pendiente de una rmita,
dame un abrazo apretado
y un beso de tu jetica.

Al pasar por tu ventana
me aventastes un limón,

el jugo me dió en la cara
y el golpe en el corazón.

Así mismo es bastante oído, en nuestras fiestas populares otro bambuco bogotano de autor anónimo:

YO ME ENAMORE DEL AIRE...
del aire de una mujer
y como el amor es aire
en el aire me quicé.

Y por fin, así mismo de autor anónimo, es el bambuco bogotano que se canta, popularmente y aun en estos días, que dice:

SI YO HUBIERA COMPRENDIDO
que amar en la ausencia es cruel
y amarga como la hiel
vivir en tan negro olvido,
jamás te hubiera querido.

Y que nuestros trovadores han reformado ligeramente, y lo cantan, variando sobre todo la primera estrofa: "Ay, si yo hubiera sabido", etc.

PARA EL FIN

Han destilado en estas notas, muchos de "nuestros líricos colombianos"; así como algunos de los versos y canciones más recitados o cantados en nuestro pueblo. La visión ha sido panorámica y subjetiva, cierto; pero creo que si traduce también una visión de nuestro medio poético: no me refiero a nuestro medio de escuelas literarias, sino a nuestro medio popular, a nuestro espíritu de pueblo amante del arte en conjunto.

No podía ser sino panorámica la visión y a veces, algo trunca los versos citados, para que no aparezca este ensayo como complemento de antología, y porque va dirigida a un público que se supone conocedor de las producciones más cantadas. No se ha citado, por todas estas razones, a sobresalientes figuras de la literatura colombiana, tanto de los clásicos, digamos así, como de los nuevos: porque solamente hemos querido referirnos a los que llegaron ya a la médula del espíritu romántico de nuestra morlaquia; y procurando que

los nombres citados correspondan al dictado de NUESTROS con que les he querido catalogar.

Si por muy subjetiva la fruse, alguno de mis técnicos compatriotas, no quiere que se les llame, a los aquí enunciados: NUESTROS LIRICOS COLOMBIANOS, séame permitido a mi afección personal y grata, llamarles, con menos ceremonia, pero con más corazón: MIS LIRICOS COLOMBIANOS.

Rafael Arévalo Martínez, Maestro de la Profundidad

(ESPECIAL PARA "ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA")

Una rotunda afirmación a modo de gran capítulo: Rafael Arévalo Martínez es el escritor más original de esta América nuestra... El mismo, con ese sentido del autorretrato que tienta siempre, dice en uno de sus paseos bellísimos por el reino ideal de Ipanda: "Tuve el mayor don que puede recibir el hombre: pensar con facilidad y clarividencia."

Suele causar temor, sagrado temor, el solo deseo de penetrar en lo profundo, porque se supone, por cierto con suposición apenas insinuada de alguna verdad, que allí reside la Noche, la noche en toda su hondísima hondura, callada en lo negro insondable, olvidada de estrellas, quizá gestando en su seno fecundo la perennidad de la idea, purificando en tiniebla los humanos instantes, pero no por eso menos tenebrosa y temblante de espanto... De tal manera, naturalmente viene a negarse el intento de penetrar en el profundo pozo, más allá de la sola superficie del agua en que sobrenadan infantiles luceros y un postrer recuerdo del perfume estilizado en los pétalos navegantes de remanso... La vista humana deténese allí, en la superficie, contemplando, cuando más, los reflejos, y más aún la vista unívoca que sufre repulsa a entrarse por lo más hondo... Así, el hombre va quedando sencillamente enamorado de la superficie, atraído por la tersura donde navegan pétalos y luceros de lo alto, sintiendo acaso como pequeño impulso de irrealizable ensueño el ser de lo interior, pero

no dando a este sentimiento mayor plano que la gracia de una tentación imposible de realizar...

Rafael Arévalo Martínez, con una bellísima audacia, penetra en el pozo profundo, se hunde todo él en el misterio inefable del alma, llegando a sus honduras apasionado y puro, poseído del estupor natural a tal función casi sacerdotal y privativa de antiguos sabios probados en las iniciaciones, para luego decir con una palabra que se le iluminó en el abismo de las almas que todo abismo es un trance de luz... Sus manos de Artista formidable, las metafísicas manos que le nacieron más allá de las que constatan la sola ternura del tacto, se hunden en el pozo y buscan en lo profundo tesoros extraños que sólo el inquieto esteta puede descubrir... Húmedas de eternidad, bendecidas de encuentro, salen esas manos y dejan caer millones de gotas altamente luminosas que opacan no solamente a las estrellas reflejadas en la superficie, sino a las mismas que originan el reflejo desde la altura: se identifica el instante sin tiempo de su voz por una definitiva fuga de estrellas, por una muerte de luz en lo circundante, para ser toda la luz en sus manos halladoras del prodigio... El alma humana ha sido, de tal modo, visitada por quien la descubre en su real eternidad más allá de las tangibles formas y en cualquiera de sus dimensiones perennes: ya sea en el fuego primitivo, ya en el rutilo volar, ya en la nostalgia del recuerdo, o en la llaga preciosamente sangrante que da vida a la Divina Poesía...

La audacia de Rafael Arévalo Martínez se transforma, por este modo, en un rito perfecto: después de todo, en lo más profundo de la profundidad del alma, más allá del bien y del mal, hacia donde ya toda definición de luz o tiniebla se torna ineficaz, allenta Dios...

Señaló el calendario humano, demasiado humano, un día cualquiera en que este visitante apasionado de almas tuvo conocimiento de una multidimensional, extraña, clara y, al propio tiempo, obscura... Un alma como las otras, pero más tenebrosa en sus oscuridades y mucho más clara en sus regiones de pura dulcedumbre de luz... Un alma altiva y humilde, altura y abismo, cielo e infierno, niñez cantando en la mañana con hebras tibias de sol y vejez del dolor humano rugiendo en la noche con el cataclismo del más desconcertante verso... La he nombrado ya suficientemente, de tal manera que vendrá a parecer abundantemente citar aquí su nombre incendiado

de tierra y buscador de alas quiméricas... Esa alma tremendamente grande, niño y gigante, ángel y demonio, llamóse en su breve tránsito incendiado y ya casi al finalizar su mandato de fuego sobre los cuminos y los horizontes, Porfirio Barba Jacob... No conozco a todo lo largo de nuestros Continentes quien, mejor que Arévalo Martínez, haya descubierto, buceado y descrito así el supremo misterio insondable de un alma humana, con todas sus esperanzas y todos sus tormentos, con la ternura de recoger flores minúsculas en los jardines de la saudade, y también con el dolor de cantar la propia alegría sobrehumana de cada una de sus constantes y múltiples muertes, porque dicho está que ser hombre, a conciencia exacta de serlo, es saber ir muriendo y renaciendo por sobre los cuminos, es decir, contemplarse en el llanto inexplicable de cada nueva cuna y, lo que es más significativo, en el inexplicable llanto de esas cunas de inmortalidad que se han llamado sepulcros...

Arévalo Martínez conoce y profundiza al genial Poeta colombiano que un día llegara desde las montañas antioqueñas con los pies sangrantes y las manos en imploración de luz a toda América... Traza luego el retrato, un retrato sin igual, sin superación posible, sin comparación con ningún otro que se haya trazado en la Literatura de cualquier tiempo, un retrato hondo, altísimo y dolido, que palpita en las páginas de "El hombre que parecía un caballo"... La incursión por el alma atormentada es sencillamente inmensa... He aquí que al hombre de caballuno aspecto y de reacciones similares a las de la fogosa bestia, le nacen inopinadamente alas angelicales, y cuando se creía encontrar al hombre, hallase un destello de Dios... El Poeta está presente en toda la magnitud de su alma y, por eso, desde la primera presentación entre el atormentado Barba Jacob y el magnífico Arévalo Martínez, se establece ya ese contacto mágico que las solas leyes jamás lograrán explicar... Oíd al creador de "El hombre que parecía un caballo" y decid luego si jamás se hizo más bella relación del alma de un poeta parudójico... Aquí Arévalo Martínez y su voz: "En esa misma prístina escena de nuestra presentación, empezó el señor de Aretal a desprenderse, para obsequiarnos, de los traslucidos collares de ópalos, de amatistas, de esmeraldas y de carbunclos que constituían su íntimo tesoro. En un principio de deslumbramiento, yo me tendí todo, yo me extendí todo, como una gran sábana blanca, para hacer mayor mi superficie de contacto con el generoso donante. Las antenas de mi alma se dilataban, lo palpaban, y volvían trémulas

y conmovidas y regocijadas a darne la buena nueva: —"Este es el hombre que esperabas; este es el hombre por el que te asomabas a todas las almas desconocidas, porque ya tu intuición te había afirmado que un día serías enriquecido por el advenimiento de un ser único. La avidez con que tomaste, percibiste y arrojaste tantas almas que se hicieron desear y defraudaron tu esperanza, hoy será ampliamente satisfecha: inclínate y bebe de esta agua."

Obediente, el Maestro se inclina y bebe del agua maravillosa, como se le mandara desde el tabernáculo de su yo íntimo, como le late en las venas y le circula en el propio pensamiento... Se inclina y bebe el agua del verso del cantor errante, y así nos cuenta esta segunda experiencia admirable: "Sacó su primer collar de topacios, o mejor dicho, su primera serie de collares de topacios, traslúcidos y brillantes. Sus manos se alzaron con tanta celeridad que el ritmo se extendió a tres mundos. Por el poder del ritmo, nuestra estancia se conmovió toda en el segundo piso, como un globo prisionero, hasta desasirse de sus lazos terrenos y llevarnos en un silencioso viaje aéreo."

En este auténtico éxtasis perfecto sigue el Poeta donando sus inapreciables versos y el exogeta sigue en su visión de descubridor del alma: "Y entonces el oficiante de las cosas minerales sacó su segundo collar. ¡Oh esmeraldas, divinas esmeraldas! Y sacó el tercero. ¡Oh diamantes, claros diamantes! Y sacó el cuarto y el quinto, que fueron de nuevos topacios, con gotas de luz, con acumulamiento de sol, con partes opacamente radiosas. Y luego el séptimo: sus carbunclos. Sus carbunclos casi eran tibios; casi me conmovieron como granos de granada o como sangre de héroes."

Pero todo esto, no obstante su belleza de encuentro, no es todavía el hallazgo puro del alma del Poeta, sino el de su reflejo en las inefables regiones de la Poesía... Su amor de conocimiento del alma humana le manda sumergirse en este pozo de Barba Jacob y descubrir cosas que parecerán sencillas por la forma clarísima en que se dicen, pero que, en realidad, identifican la gran audacia de asomarse y penetrar al pozo de un alma... He aquí, pues, el palpitar de esa alma: "¡Oh las cosas que ví en aquel pozo! Ese pozo fue para mí el pozo mismo del misterio. Asomarse a un alma humana, tan abierta como un pozo, que es un ojo de la tierra, es lo mismo que asomarse a Dios. Nunca podemos ver el fondo. Pero nos saturamos de la lu-

medad del agua, el gran vehículo del amor; y nos deslumbramos de luz reflejada.— Este pozo reflejaba el múltiple aspecto exterior en la personal manera del señor de Aretal. Algunas figuras estaban más vivas en la superficie del agua: se reflejaban los clásicos, ese tesoro de ternura y de sabiduría de los clásicos; pero sobre todo se reflejaba la imagen de un amigo ausente, con tal pureza de líneas y tan exacto colorido, que no fué uno de los menos interesantes atractivos que tuvo para mí el alma del señor de Aretal, este paralelo duerme el conocimiento del alma del señor de la Rosa, el ausente amigo tan admirado y tan amado. Por encima de todo se reflejaba Dios. Dios de quien nunca estuve menos lejos. La gran alma que a veces se enfoca temporalmente. Yo comprendí, asomándome al pozo del señor de Aretal, que éste era un mensajero divino. Traía un mensaje a la humanidad: el mensaje humano, que es el más hermoso de todos. Pero era un mensajero inconsciente. Prodigaba el bien y no lo tenía consigo."

Claro está que el encuentro es perfecto de toda perfección, incluso en aquello de la inconsciencia del mensaje: tampoco tienen conciencia de su divino mensaje la flor que se da en fiesta de aroma o el niño que con una sola de sus más pequeñas sonrisas disipa la más turbia tempestad del alma... También es hondamente cierto aquello de que el Poeta prodiga el bien, pero nunca lo tiene para sí... Desde que el canto fue dado a labios humanos, no se da Poeta alguno que haya guardado para sí la felicidad en alguna de sus formas: el dolor, la tristeza, la angustia, el hambre de abismo y la sed de misterio compañeros son inseparables del soñador, y castigado será de los dioses aquel que pretenda sumar alegría y verso... En cualquiera de los suspiros tristes de Bécquer hay más angustia que la que necesita para sus turbulentos gemidos el mar...

Después vienen las iluminaciones, los deslumbramientos, las caídas... Si, vendrán los incendios porque el incendio es el mérito mayor de la trascendente angustia de Barba Jacob, autodefinido como "llama al viento"... Vendrán también las caídas, propias de todo abismo, esos instantes en que parece que las alas angélicas se quiebran en un ambiente torturado de cielo... La paradoja de la suprema claridad y la obscuridad suprema palpita en el fondo del Poeta errante y, por fuerza, quien beba de su agua de luz también deberá beber de su agua de sombra... Arévalo Martínez comulgó el verso

del tremendo amigo de los caminos, y se quedó incendiado para siempre... El señor de Aretal le dirá en alguna ocasión que hay que desvestirse el oído de su carne de humana textura para poder escuchar aquella "Canción Marina" que conmueve y purifica... El Poeta de las altas tormentas tiene el don magnífico del mar: angustiarse todo, todo, hasta las pulcras alas de la impoluta gaviota que se vuelven sobre la inmensidad tortura de lirios deshojados de distancia... Fue el cantar de Barba Jacob y el aire se embriagó de aroma, mas también de un viento que hace gemir los horizontes...

Vendrá un día, uno de esos días que el mismo Barba Jacob retrata a plenitud en sus moradas de la Vida Profunda, el señor de la Rosa, ese lejano y cercano cantor, viajero en el viaje de sus mares interiores más que en las aguas amargas de las geografías humanas, y buscador de las estrofas puras en los caminos del espíritu más que en los caminos que el humano quiere hacer florecer en cada primavera... Vendrá a decir su palabra enamorada de la perfección, esa que se pierde sólo en los salones de escuchantes ocasionales, pero que jamás pierde su hilo de seda que lleva directamente a las estrellas en los espíritus escogidos... El reflejo hallado sobre el pozo de Barba Jacob ya lo dice muy claro y cristalino: este señor de la Rosa tiene perfecto derecho para usar de esta heráldica de su propio nombre en razón de perfume y de canto...

Los gestos del señor de Aretal, el mismo Barba Jacob en una de sus múltiples metempsicosis voluntarias, apenas sirven de indicio para el viaje directo hacia el alma... Arévalo Martínez supo retratar el alma como nadie antes lo hizo y es por esto que nos queda en el palpitar dolido un Poeta extraño de extraña manera encontrado, mas también un Poeta supremo de suprema manera hallado...

La Esfinge es apenas un símbolo... Egipto, heredera de una civilización milenaria que se hundió para siempre en el mar, lanzó este reto a todas las edades: la interrogación prendida en los arenales infinitos que calcina el sol es una invitación a la gran audacia del pensamiento, a esa aventura espiritual de los realmente valientes... El símbolo es trágicamente atractivo porque, en suma, es la traducción de lo que llevamos todos, sin excepción ninguna, en el fondo más oscuro del alma... La cultura de asombro que compartió con el Nilo en fecundidad comprendió bien los mandatos que llegan desde una

voz ya sin labios... La Esfinge que pregunta en el desierto una pregunta que es el alma eterna de los hombres y los pueblos es el templo visible consagrado al pensamiento, pero a ese pensamiento que duele de puro abismo y que apenas si pudo hallar relativa traducción en el perfume del loto sagrado: el loto viene a ser tan sólo la Esfinge de las flores...

Somos una hondura esfingica, somos un inefable pensamiento sufriendo la insuficiencia de la palabra y los gestos... Somos un poco de realidad controlable y un mundo de misterio que, mientras más quiere explicarse, más y más se sumerge hacia el cosmos oscuro en donde no se sabe si es más admirable el germen que se hace turnura sobre la tierra, el astro que se vuelve viajero de infinitos, o la tempestad pura y santa de la idea...

Rafael Arevalo Martínez conoce hondamente el símbolo y es amigo de la Esfinge: seguramente en sus labios de piedra bebió la antigua confianza y el sol del desierto ya no le fue castigo total: después de escuchar algunos secretos fue con él la humedad del conocimiento, ese ser asequible a la distancia lo mismo de la brisa que besa la flor tierna que al hostezo de lo remoto llegando en enajenones de sombra con cada noche... El Artista, el hombre, el vidente que hay en Arevalo Martínez, encuentran esta simbología humana y saben que para asombrarse ante la Esfinge no es necesario partir en luengo angustioso viaje hacia la tierra donde los Faruones duermen su sueño de angustia y formidable presencia... Nó: para conocer la Esfinge basta con asomarse al alma del hombre, del más claro o del más sombrío ser humano... Su bella teorización de "La Signatura de la Esfinge" es, así, amplia de amplitud cósmica... La capa carnal que cubre la Esfinge humana, la risa o la lágrima humana que pretende ocultar los verdaderos acontecimientos del ser, es apenas leve espuma que esconde la maravilla trágica del mar interior... Por eso la verdad surge de sus labios con sentido que da para pensar hasta no sé qué siglos... "En todo hombre hay una capa que encubre su hieroglífico, una tela que viste al animal, y cuesta al espectador atravesarla con los ojos del alma y ver la bestia encubierta." Entonces, según este pensar de Arevalo Martínez, ¿se ha dado ya con el Velo de Maya? ... ¿En qué sentido habla el escritor de la bestia cuya tela deben atravesar los ojos del alma?... El encuentro, así realizado, es el del animal también simbólico que preside el humano destino y que prendia en los orígenes

del mundo los totémicos misterios: no es que el hombre de un remoto primitivismo haya buscado un protector o totem entre las bestias vivientes, sino que, sintiendo en lo profundo de su mismo ser la presencia de la bestia, cualquiera fuera su especie, luego venía a buscarla en lo circundante y sólo descansaba cuando, al hallarla, podía realizar una identificación con la que le habitaba su propio abismo...

Pero no está en esto el mayor descubrimiento del pensador profundo, sino en el encuentro del signo esfingico de la mujer. En verdad, si algo existe que identifique perfectamente a la Esfinge es el sumergido misterio de la mujer... Quizá sea por esto que damos en adorarla tanto: sólo se ama verdaderamente lo que tiene algo de inexplicable y misterioso; que lo muy explicable o explicado pronto es parte del olvido... Aquí también la superior y natural intuición femenina que siempre oculta algo para ser del todo amada, y no es que ella esconda, así como individualidad única, sino que la signatura eterna puso un velo impenetrable en su ser, velo que la mujer cuida a perpetuidad... ¿Oculta este velo lo mejor o lo peor de ella?... Preguntada es ésta que queda a contestarse en meras suposiciones, pero es lo cierto que algo nos duele no conocer en la mujer, y este dolor es la esencia y origen del amor... Arévalo Martínez, sacerdote, al fin, de los misterios, atraviesa ese velo supremo y halla en Elena la signatura de leona, descubrimiento logrado por sutil teoría y por dolida práctica del pensamiento. Así identifica su signo esfingico en toda su belleza incomparable e incomprensible... Hablando de ese trágico signo le dice: "Usted acaso no sabe las correspondencias: los que en el plano de la tierra son víctimas sangrientas, en el plano del espíritu son víctimas espirituales." Esta mujer excepcional, bravia y fuerte como el nudo de la Muerte, despierta en su palabra inéditas bellezas que hacen temer, tales como éstas: "Necesita un león para que aparezca toda su asombrosa feminidad; pero los leones no abundan. De aquí su continuo tormento." Añade luego que "Toda mujer es una maga", extendiendo posteriormente el poder femenino para descubrir las múltiples signaturas del hombre, y termina su audaz itinerario en esta magnífica conclusión de conclusiones: "El hombre piensa; la mujer seduce...; su sonrisa es su pequeña moneda fraccionaria, y el día en que deje de seducir, ese día está condenada a perecer y a hacer morir al hombre." Y, claro está, la seducción es obra de pura magia, es decir, de conquista de las almas por el poder limpio del alma, sin intervención de los sentidos o, acaso de intervenir éstos, apenas como

auxiliares mínimos de su fuerza angelical y sobrehumana que convence por su elocuente misterio... Detrás de las más hermosas pupilas de una mujer amamos lo que estas pupilas alientan hacia un abismo más hondo, de tal manera que sus mismas luminosidades, pese a su belleza incomparable, son tan sólo vibraciones simpáticas en acorde con la Música pura del espíritu...

Ya se piensa, no sin profundo estupor, en que el intérprete de la Esfinge nos va a decir la última palabra del símbolo dormido al aullar de los milenios en el desierto incendiado... Parece que Arevalo Martínez va a levantar el Velo en su última y más grande audacia... Felizmente para él y felizmente para nosotros, nace el Poeta cristalino y conjura el peligro... Digo felizmente, porque la desgracia mayor que pudiera sobrevenir al género humano sería la total explicación de sus misterios. Dame el Misterio y daré vida eterna al mundo... El Poeta discurre algún momento con la esfíngica Elena junto al maravilloso lago de Amatitlán, y nos cuenta su emocionarlo así: "Nos encontramos como viviendo dentro de un zafiro inmenso, una vida de magia, tal era de transparente y de un pálido azul el cielo; y de un azul reflejado el ambiente; y de un azul intenso el lago. La materia aparecía traslúcida y adquiría una tonalidad azul; y suaves montañas de curvas femeninas cerraban el paisaje, como un coro de doncellas que abarcaban con sus manos unidas el horizonte."

He aquí la bellísima teoría de la liberación de la angustia por lo azul, o, lo que es lo mismo, por la Poesía... Es como si en una noche silenciosamente inmensa y colmada de pasados y futuros misterios, se fuera haciendo mansamente un tono azul, azul, azul... El misterio que torturaba el pensamiento, el dolor paradójicamente placentero del descubrimiento de la bellísima leona en el ser más íntimo de Elena, viene a suavizarse, viene a empalidescerse mansamente de verso... Al cielo negro de la noche le está dado pensar hondo y callado hacia toda hondura, incluso hacia la del espanto que es tan sólo el estreñecerse humano frente a un abismo más hondo que el otro abismo circundante, el de la noche pura... Pero al lago poético le está dada la pulcra y simple misión de ser azul, color de verso o del sí que dicen las mujeres cuando dan el primer beso y los labios pronuncian silenciosamente el nombre de Dios...

El amor de Elena, mejor dicho, el amor de la hermosa leona que

antes halló en su camino sólo animales indignos de ser amados, deja al ser hechizado, bella e irremediabilmente sumergido en el fuego del amor y del dolor... El azul de Poesía dulcificó el instante, embelleció el misterio, pero no logró apagar el fuego de la leona soberbia... La signatura de esta mujer maravillosa, leona en toda la selva primitiva de su alma, fue descubierta y precisa, por lo mismo, enfrentarse a ella con valentía única... Lo más notable de la leona es que hace amar el amor vital, pero hace también amar con mayor amor la fuente del conocimiento... Se desea conocer más para hacerse más digno de la salvaje belleza incontaminada de la leona, y ser un león perfecto para poder decirle en su propio idioma selvático bellezas que los hombres olvidaron en la obscuridad de las ciudades... Leona es espíritu, y aquí lo formidable de la signatura: ella es ya, más que la hermosa heroína de la selva de su alma, figura de zodiaco para la simbología sagrada... El hombre amando así la tortura y la delicia del descubrimiento prohibido, naturalmente desdibuja los contornos de la mujer para pensar en esa otra bella mujer que llamamos Idea y a la que besamos los labios quemantes agradecidos de que nos reduzca a cenizas... El hombre vidente del misterio femenino emprende viaje a la maravilla pura del pensamiento... Rafael Arévalo Martínez, el prodigioso descubridor de leona, así siente después de la fiebre de la selva: "Así como para que nazca un hijo en el plano físico es necesaria la unión de un hombre y de una mujer, por aleatoria y momentánea que parezca, así para que surja la obra bella, el hijo del espíritu, es también necesario el enlace de dos almas de sexo diferente. Y sin esta unión ninguna labor artística puede alcanzar la inefable vida del arte."

El artista formidable que hay en Arévalo Martínez va, de esta manera, a los reinos eternos de la Belleza... Sublima el sentimiento del hombre haciéndole comulgar con su cósmico ideal de ternura y perfección, y sublima también el ser de la mujer convirtiéndola en madre de la obra de arte... Bien pensaba la antigüedad al decir que detrás de toda obra perfecta hay una figura de mujer... Rafael Arévalo Martínez amplía este concepto sabio haciendo de la mujer ya no sólo presencia simple junto a la bella creación, sino directa e íntima colaboradora de la creación... No importa que el proceso sea voluntario o involuntario, consciente o inconsciente, por parte de la mujer: ella pertenece al Artista más allá de su forma visible, defiende su derecho a la inmortalidad y es su sagrada compañera aunque nunca

llegue a serlo en vida transitoria... Aquí otro secreto de la Esfinge bellamente descubierto: la mujer no es una presencia física en la vida del hombre supremo, sino un cornubiar interior con el hombre supremo... Por eso también los vanos intentos de una actualidad superficial por borrar a la mujer del plano de las realizaciones en la Belleza... El hombre es, como el Padre Nilo, admirablemente profundo y magnífico, dueño de su propio cielo y del cielo reflejado... La mujer es la flor de loto que perfuma las aguas y, al propio tiempo, de ellas recibe su perfume... Confúndense así los espíritus en esa bella y mágica confusión que los hombres persiguen y seguirán persiguiendo inútilmente por el solo camino de los cuerpos... La fusión más íntima, la de los caminos que se besan en infinitos, es obra del espíritu, es privativa virtud del alma... La angustia que conmueve la tierra es, en esencia, la de saber, por no sé qué obscura conciencia, que la unión perfecta no es posible realizar sobre la tierra...

El eterno principio femenino latente en las más altas creaciones artísticas no es, pues, capricho permanente de la humanidad o simple efecto de sensaciones aparentes, sino respuesta directa a lo que dice desde su silencio la Esfinge...

Rafael Arevalo Martínez descubrió la esfingica belleza de la mujer y con ello nos dió una verdad eterna y nueva, porque el descubrimiento del Misterio obra fue de los primeros hombres y obra ha de ser de los últimos que habitan este planeta nuestro también bautizado con bello y sonoro nombre de mujer...

Después de todo, el mismo humano proceso amoroso, aún en sus más ingenuas manifestaciones, no es otra cosa que un perseguir el misterio, descubrirlo, a veces, pero seguir con un nuevo misterio, y así sin acabar de hallar totalmente a la mujer jamás... El sentido verdadero del amor consiste en esto de desear conocimiento y de no adquirir el absoluto conocimiento... La Esfinge, mujer para nuestro camino, sonríe siempre con sonrisa llena de insinuaciones supremas, pero también de secretos superiores a la humana interpretación... El amor elevado a mística, el de los Artistas, los Héroes y los Santos, es una más alta escuela en la búsqueda del misterio... Este amor que se difunde a la tierra entera ya no busca el simple regalo de unas miradas de mujer bella participante de la Esfinge, sino que atraviesa el primer velo y, muchas veces, los más íntimos velos de la Esfinge

considerada como misterio cósmico... Por esto la pasión del hombre genial, su aparente fuga de lo actual, su verdadera comunión con los íntimos secretos de la naturaleza y su conversación con Dios... El artista comulga, así, comulga, la forma de la Esfinge, la lleva a su alma y allí la domicilia para la eternidad... Por eso desde su alma, ya no desde su aparente vida humana, la Esfinge se ilumina de luz más grande y poderosa y sigue interrogando a la humanidad sobre el supremo misterio del hombre... El Genio es una interrogación conseguida desde su alma por la presencia comulgada de la Esfinge...

He aquí las máximas proyecciones a que conduce el pensamiento de Arévalo Martínez en su estudio magistral de las signaturas... Su poder penetrativo de las secretas verdades, de esas que causan temblor al hombre común y corriente, despierta luces remotas y extrañas en espíritus gemelos o simpáticos... Yo os digo que, al leer sus páginas, he sentido en mí mismo algo que existía en mí ser desde siempre, pero que precisaba la voz, la voz enorme, para despertar... Cada palabra del escritor formidable es como una gota pura y esencial de fuego que cae en el alma, allí germina y da origen a incendios cuya proporción ya no es posible preveer... La mayor virtud del espíritu superior, más que en su propia y sublime belleza, consiste en poder despertar toda la belleza que dormita en el espíritu de los demás...

Pero el generoso espíritu de Rafael Arévalo Martínez no solamente se satisface con estos viajes emocionados por el misterio individual íntimo, sino que sueña en la bella quimera social, construye sistemas magníficos, por cierto, perfectamente factibles si la humanidad entrara en razón y comprendiera que las luchas inútiles sólo sirven para su propia decadencia y martirio...

"El Mundo de los Maharachias" es el extraño despertar en una tierra de seres admirables, más humanos y perfectos que los humanos. Hermoso paisaje es el que pueblan los alados seres que juegan parábolas de luz y sonrisas en las alturas de los árboles... Mundo éste envidiable y creado por un perfecto Poeta, pero también por un filósofo perfecto, y no como fuga de realidad, sino como deseo de realidad mejor, como anhelo íntimamente sentido de quien, contemplando el actual torturado mundo, dicta un original Evangelio de pureza, sabiduría y perfección en una tierra que parece recién salida de las manos de Dios...

La bella y total intuición de la verdad se define a toda luz cuando, hablando de Mahima Arón, el profundo pensador del soñado país describe las preocupaciones del sabio magnífico: "Busca poetas para sus investigaciones científicas, porque, según dice, el canto de los pájaros ayuda a orientarse en la selva." Se quiere, acaso, mayor sabiduría que la de buscar a los divinos cantores para hallar rutas y señales luminosas en la selva intrincada del conocimiento? . . . No es el Poeta quien, desde los albores de las edades, ha prestado a las razas y pueblos el signo del conocer no solamente en Belleza, sino en estudio de la incomparable naturaleza? . . . Ya grandeza indudable del Poeta es la que, siendo iluminado, mensajero de lo absoluto, traductor del silencio divino, no necesita huirse en los libros creados a millares por los hombres para saber la verdad, porque la verdad ingenua y pura, como vertiente fresca, le habita la más dulce región del alma. . .

El amor de los amantes es en el Mundo de los Maharachias caracterizado por la comunión perfecta. . . Ya no las palabras, sino los pensamientos de quienes se aman vienen a transformarse en auras claras que embellecen el ambiente y se comunican entre uno y otro amante hasta ser una sola fusión de luz pura. . . El amor es realidad anímica que en sí misma lleva ternura y perfume y que es capaz, con su sola presencia, de florecer en auroras cualquier inmensidad. . . Así la comunión de los amantes en sencilla reunión familiar: "Parecía como que invisibles lazos de flores o de hilos de estrellas fueran de Adola a Jesa y de Jesa a Adola."

¿Cómo vino al mundo esta raza de maravilla que el hombre admira en tanta y tan inflexible perfección? . . . ¿De qué florecido reino se desprendió este ser de corazones latentes sólo para la belleza, la justicia y el amor? . . . ¿Qué regalo divino significa tal presente en un perdido paraíso donde la inocencia es igual a la sabiduría y donde el pensamiento supera al sentimiento en ciencia, éste lo supera mucho más en el arte de vivir conforme a la simple y grata ley del corazón? . . . El Poeta halla, en un estado de luz reflejada de la raza bendita y en un nacer de su propia luz interior, que "La raza de los maharachias es una raza angélica, cuya simiente cayó de una arboleda perdida en las estrellas."

La felicidad que estos sencillos y hondos seres producen en el instante apasionado es admirable por su origen y sus resultados en

el lago del alma. . . Aixa, la serenísima Aixa, que es capaz con su sola voz de hacer florecer en estrellas un cielo circundante o interior, dice tan bellas palabras, que la felicidad es sentida de tal manera que linda con el hermoso dolor, este sí fenómeno humano de nuestra raza sufriente. . . Aixa deja oír su voz de pura melodía, casi respirar de la brisa en los lirios, y el visitante dice: "Me dejó embargado de una felicidad que casi la sentía como un dolor agudo."

Frente a la serenísima Aixa está la quemante label. Y si la primera seduce con la seducción pura de la luz, ésta conquista con el mito fascinante del fuego mágico. . . En los ojos de Aixa duerme la luz. . . En los ojos de label quema la luz. . . Conocer a Aixa es lo mismo que contemplar, bajo el árbol sabroso de la tarde, un cielo que comienza a llenarse de luceros. . . Conocer a label es lo mismo que encandilarse con la llama prendida en la selva y quemarse con infinito y grato amor en la llama devoradora. . . Aixa es el cielo puro, pero label es la tierra. . . Honda penetración la del visitante de los Maharachias en el alma de label, pero penetración destructora, cataclísmica, cósmicamente bella en la destrucción de las pasiones humanas. . . Con Aixa, el visitante siente la mansedumbre del lago apacible. . . Con label siente la vida de la máxima y esencial voluptuosidad, por lo que afirma: "Parto así con la linda label en viaje hacia ese voluptuoso reino interior, al que nos hace entrar toda nueva alma de mujer."

Es necesario que esta sensación de amor quemante tenga su equilibrio en la paz del amor sencillo y cordial. Después del fuego de label hay que beber el agua pura de las pupilas de Aixa. . . Luego del instante de fuego, el contemplar de las flores del reino sagrado. . . Las flores hacen decir al visitante: "Me acuerdo de unas azulinas de color tan subido, que las imaginé teñidas de cielo."

En el Mundo de los Maharachias, el cultivo de la tierra es sencilla y mansa obligación, no como lazo que ata al suelo, sino como ejercicio de conocer por mano propia el arte de los florecimientos para poder luego ordenar que florezca más hermosamente el alma. . . Arón da al visitante, en este aspecto, una lección de sencilla sabiduría: "Todos los hombres, hasta los gobernantes, debieran labrar la tierra un poco. No es el menor pecado de tu raza haber olvidado esta lección." Lección que luego, tratando ya el tema del tremendo, injustificable e inculficable delito de la guerra, se completa con esta otra verdad

que nuestro tiempo, especialmente el nuestro más que cualquier otro, debiera escribir en todos los caminos y en todas las almas: "En cuanto a ti, por poco que seas — y como les pasa a los mejores de tu especie — crees que está mutilado el macho que no posee instintos de combate."

¿Cómo se comprende la Música en esta tierra prodigiosa? ... ¿Será del mismo sentido que la nuestra o más refinada y pura tanto en su ejecución como en el arte de recibirla en las moradas del alma? ... Ejecuta Ongel una Música cuya descripción es simplemente imposible, y el viajero dice estas maravillosas impresiones: "Era otra vez como si el hombre, en un dulce extravío de estrellas, volviese a su patria celeste y recobrase un bien perdido, el reino del que nos han desposeído." Si, era precisamente lo que faltaba decir de la Divina Música: que es un camino estelar de retorno al cielo del que nos desposeyó nuestra actualidad dolida y cruel. ...

Esta raza de perfección única habita el inmenso y único Continente de Atlán, anterior a la Atlántida y la Lemuria. ... Parece que después la naturaleza, al destruir esa bella unidad mundial, dejó muñones sangrantes, Continentes aislados, pueblos que separa la infinitud angustiante del mar, aunque es mucho más honda la separación creada por los prejuicios de raza, de cultura o de religión. ...

Desde este mismo reino de los Maharachias, el viajero va camino de Ipanda, centro de una Ideal Sociedad de Naciones. El sistema democrático ejerce aquí por el mandato de los mejores, que, más que mandato, es ejemplo y dulce prédica. ... Las enseñanzas de Escuelas y Universidades tienen como norma una verdad que recién comienzan a comprender los hombres, pero que ni quieren, ni saben aplicarla todavía: "Todo a la inteligencia y no a la memoria."

"Viaje a Ipanda" es un sueño más grandioso todavía de sociedad perfecta, fuerte y noble. Ipanda, tierra antigua de toda antigüedad, conoce remotos secretos, pero respeta a sus vecinos, los Maharachias, porque éstos poseen la clave auténtica de la sabiduría. ... La lucha, vieja como el hombre, entre el bien y el mal debe ser completada y comprendida con muestra de penetración, pues el mal, faz negativa del bien, puede transformarse en bien si el camino que se le ofrece a ello se presta natural y amorosamente. ... En Ipanda se piensa y

siente así: "Los maharuchias dicen que el hombre es un árbol de dos ramas, la del bien y la del mal, y que no se debe mutilar ninguna sino sublimarla."

El amor necesariamente se suma, en Ipanda, al conocimiento, de tal manera que amar es conocer y comprender... Por eso en las Escuelas se tiene por lema:

"Enseñar es amar,
porque amar es conocer."

El niño, en este mundo maravilloso, ha sido estudiado por su más sutil camino, tratado al estilo de las flores y las nubes, no con la física formal del conocimiento que se llama disciplina, sino con la ciencia interior del conocimiento que se llama amor... El niño es un espíritu de fina sensibilidad y, por más que aparente difusión de ideas, es el signo claro de la armonía... Por los Maestros de Ipanda están escritas estas palabras: "Todavía los hombres no han acabado de comprender cómo gusta el niño de lo claro y lo armonioso, y qué profundo matemático es."

Se sueña con el idioma universal, y apostolado existe ya para el Esperanto, pero la concepción ipandesa del idioma es natural y bella, estudiando no lo artificial de una lengua que podría universalizarse para que fácilmente se comprendan todos los hombres, sino la esencia idiomática que nace en el espíritu de los pueblos en íntima consonancia con las manifestaciones religiosas, de tal manera que bien puede decirse que el idioma es la religión expresada... El idioma que debe universalizarse no será, pues, un artificio creado por una minoría, sino uno que tenga raíces hondas en el alma de un mayor número de pueblos... Dicen los Ipandeses más sabios: "Un idioma perteneciente al mundo entero no podría ser uno artificial, como el epadento. Le faltaría ese algo divino que da el pueblo a un idioma, al articularlo y formarlo durante siglos, haciéndolo vaso sagrado de su amor, de su religión o de su anhelo."

La lucha del espíritu, la titánica lucha que es origen y fin de la vida, no es ni debe ser un continuo ganar batallas, pues esto, sobre ser inverosímil, significaría la anulación del fracaso que, en suma, fecundiza el dolor del hombre y le lleva a la nueva creación de sus íntimos valores. Por eso, el pensamiento de este mundo todo armonía y

perfección, se concreta en admirable decir: "Enviamos nuestros actos, como un ejército ordenado, a combatir no a vencer. La victoria pertenece a los dioses. Huy dignas derrotas que valen más que triunfos mezquinos."

Gran enseñanza de alta mística recibe el visitante de Ipanda de esa adusta y honda organización religiosa de los Monjes Negros. El logro del vacío perfecto del alma, el límite anhelado por las religiones y las escuelas esotéricas, el encuentro, al fin, de ese vacío espiritual para poseer la humildad de la morada que debe recibir a Dios, han llegado a obtener los Monjes Negros, logrando, en verdad, "cerrar en ellos todo resquicio por el que pudiera asomarse la personalidad, para, en las habitaciones vacías de sus almas, permitir la presencia de la divinidad".

Y ¿cómo deberá ser el gobernante de Ipanda o de cualquier lugar del mundo donde se persiga la perfección un todo orden, y, por lo mismo, en las altas esferas del mando?... ¿Como es, en efecto, en el reino perfecto y del sumo equilibrio?... Bolisurio es la respuesta clarísima, afirmando la verdad sencilla: "Donde no falta el corazón es difícil que falte la cabeza." Después completará el pensamiento así: "La primera subiduría es la del corazón."

Qué enseñanza tan noble para los gobernantes de la tierra, encerrados en las cárceles de los despotismos, manifestados o no, atiborrados de conocimientos artificiales, conociendo quizá mucho, pero desconociendo el lazo de amor que debe unirlos a sus pueblos... Talento debe sobrar en el gobernante, pero más debe sobrar corazón...

La belleza del paisaje no es en Ipanda simple motivo de contentamiento de los sentidos, sino clave para amar el secreto de la Madre Tierra. Dice el ipandés: "Todo paisaje es hermoso. Es nuestra madre la hermosa... La tierra toda es bella."

"Viaje a Ipanda", sueño de un Poeta y pensador admirable, es la demostración palpable del espíritu de Rafael Arevalo Martínez: junto a su imaginación desbordada de intuiciones australes, guarda la conciencia de un admirable equilibrio en lo político y social, enemigo de todo extremismo de raza, ideología o poder, situado en el exacto espacio luminoso que Grecia nos diera en su dorada edad... El gran soñador que así sueña un mundo de belleza y justicia, de amor y com-

preñón, no es un utopista más sumándose a las utopías de todos los tiempos, sino un generoso corazón probando la admirable sencillez con que todos podemos ser buenos y justos, y que la perfección humana no es obra de tratados de difícil concepción y de aplicación más difícil todavía, sino de una ley que parece pequeña en realidad, pero que tiene proyecciones insospechadas: "En toda línea de conducta siempre deba existir la referencia hacia un ideal." He aquí la reivindicación del ideal frente al materialismo sumo que destruye el progreso espiritual, el derecho al sueño mejor consagrado ya no sólo en el puro pensamiento, sino en los Códigos humanizados por la sabiduría y el amor...

La cuentística de Rafael Arévalo Martínez está dictada por un hondo sentido espiritual y de amor majestuoso y noble a las manifestaciones puras de la naturaleza, precisamente porque ésta es sólo el vestido de los misterios, el lado visible de la gran realidad ultrafísica, la dueña y poseedora de los tesoros más tiernos y también de los más hondos arcanos... Estudia al hombre y al mundo, mejor dicho, estudia la luz total que es la vida de la naturaleza y alimento de las fuentes ocultas, y estudia al ser no en aislamiento del orden cósmico, sino como parte integrante de él... Así, el alma individual viene a ser solamente uno de los colores que con sus múltiples matices forman la luz blanca; el universo, en suma, es el conjunto de almas individuales de todos los seres de la creación, y cada ser es una palpitación singular del gran conjunto sinfónico que la sabiduría hindú ha llamado el Gran Todo...

En el estudio del alma individual tiene verdaderas maravillas de realización al estilo de "El Doctor Argentino". Este cuento de sentido trascendente no es sino la historia diáfana de la bondad humana como luz interior que se expande a todo lo que toca y crea serenidad con su sola presencia... Existen seres de esta naturaleza y personalmente sé decir que he conocido algunos, bien pocos, por cierto, que hacían realidad palpable la voz de Jesús: "La paz os traigo"... El héroe de Arévalo Martínez es uno de aquellos generosos espíritus desbordantes de luz que todo lo iluminan mansamente y curan los dolores de las almas con una sola de sus sonrisas o de sus bellas palabras...

"El Retrato" es la teorización sutil de la oculta relación existente

entre las personas y sus imágenes. Hay una sumergida vida anímica que está creando ondas armónicas plenamente coincidentes o simpáticas con el estado en que fue tomado el retrato, de tal manera que éste se encuentra ligado íntimamente a esa alma y está con ella solamente cuando coincide la onda perfecta, y si en algún momento esta bella coincidencia deja de producirse, el mismo retrato que antes parecía lleno de vida, pierde su realidad palpitante y queda en el solo único plano del papel empleado por el artista para guardar la imagen...

La prodigiosa realidad del secreto encanto de América, Continente asombroso y dormido con secretos milenarios, se dice en el relato titulado "En un país de América..." La bella mujer vecina de la flor, o acaso la flor vecina de la mujer, es un asombroso ser que deslumbra al visitante ocasional de la selva que da en sonar luego de haber aspirado un poco del humo de la planta sagrada que nuestros antepasados, los indios, quemaron para sus conocimientos más allá del plano primero de las cosas y los aires... El ángulo en donde se pierde lo vegetal y comienza la vida humana es de tal hermosura, que también el lector queda como hechizado y convencido de que nuestra América nada tiene que pedir, y sí mucho que dar, a los otros Continentes, aún a aquellos donde parece tener natural morada el misterio...

Tenta, con honda tentación, tratar la Obra total de Arévalo Martínez. Pero creo que puede lograrse una síntesis de visión en estas dos solas palabras: maravilloso y claro... Sí, maravilloso como todo lo que trata del alma y su máxima hondura, y claro, claro como el agua... Porque uno de los méritos mejores de este guatemalteco ilustre consiste en saber escribir con claridad y llaneza en un tiempo en que, debemos confesarlo, se ha hecho de la obscuridad escuela y se abusa de la buena fe de los lectores para tratar de desorientarlos con las palabras extravagantes y las expresiones poco menos que impenetrables... Se quiere confundir, y de hecho se confunde, la profundidad con la obscuridad, de tal manera que mientras más ininteligible se vuelva un autor tanto más cifra en ello su orgullo... Rafael Arévalo Martínez es profundo, pero claro... Bien harían en leerlo cotidianamente muchos amigos de las palabras raras y las formas extravagantes... En Rafael Arévalo Martínez se toma una agua clara, pero palpitante de eternidad...



Este profundo buceador del alma humana que en forma tan clara y bella estudia la sumergida astronomía interior, es un Poeta de toda delicadeza, diáfano y sencillo, que realiza el simple milagro de florecer el verso con naturalidad eximia... Comprende bien que la poesía, por estar más cerca del sentimiento, debe guardar con él similitud en lo cristalino y puro: después de todo, crear poesía es lo mismo que deshojar bellas palabras a la luz del sol o al mensaje que en la noche pausada dicta la altura temblante... Logra, de esta manera, un decir de transparencia auténtica, contando impresiones serenamente hermosas, como aquella del pintor de escenas y emociones:

¿Qué te parece de un pintor
que necesita de un color
y no lo encuentra cerca de él?
Así también para pintar
yo necesito de mojar
en tu mirada mi pincel.

.....
.....

Ante la suposición de que este ser de pura sencillez pudiera dar que pensar a las buenas gentes en forma no coincidente con la misión verdadera del Poeta, Rafael Arévalo Martínez se define en forma perfecta, como tenue mensajero de los astros, como Introdutor sobre la tierra de la eternidad...

TU CREES

Tú crees que a mis padres conociste
y yo padres no tengo;
tú crees que podrías apresarme;
pero yo soy sin cuerpo;
tú crees que yo vengo de una urbe;
yo vengo de más lejos.
Más allá de los astros...
yo vengo de lo eterno.

MI verdadero sitio es el milagro;
mi verdadera ubicación el cielo.
Y así en vez de espanto por conciencia

y por eternidad en vez de tiempo
y a la unidad sujeto todo número
y por quietud en vez de movimiento.

Su deseo de vida, de pura y sola vida, de vida con sus sacrificios de cada día, su pan de trigo dulce o de amargos triguales de la pena, de vida vivida serena y ampliamente, le hace decir un himno a la vida, así, simple y buenamente, a la vida, sin mayores explicaciones ni reveses, con su faena triste o alegre, con su luz o con su sombra... Frente a tantas escuelas como siguen naciendo con torturado afán de tornar más doloroso el dolor de cada día, el canto de Arévalo Martínez es consolador... He aquí el himno hermoso:

ESFUERZO

No merece vivir la vida
el que no la defiende todos los días.

Y a la mujer amada no merece
el que no la conquista diariamente.

La vida es dolor, sacrificio, combate,
esfuerzo de creación, obra de arte,

Debemos esgrimir, de puntillas, para levantar más alto,
sobre nuestra miseria, en un esfuerzo desesperado;
cada día sobre nuestro dolor debemos alzarnos.

Colaboremos con los dioses para mantener la vida, dádiva preciosa;
de los dioses y de nosotros la vida es común obra.

La vida es fina arquitectura por levantar más alto;
nosotros somos los obreros; mas los dioses hicieron los planos.

Todo conspira contra ella.
¡Sepamos defenderla!

Vivamos la vida como algo sagrado,
porque toda atracción se hace hacia abajo.

Dijo alguien: — ¡Oh! ¡Vivir Feliz!
y otro más sabio: — ¡No! ¡Simplemente vivir!

Retrata al Gran Hombre, pensador y aventurero, entendiendo la aventura como el pensamiento azul sobre el mar azul y bajo el cielo azul... La aventura y el pensar se conjugan para dejar en el mar la figura transfigurada más allá del tiempo:

UN GRANDE HOMBRE

Reyó con su granito
el duro mármol negro del pensamiento escrito.

Después a su doctrina, que claras luces lleva,
sucedió otra más nueva.

Peru aquella América que él descubrió primero
y a los que atrás vinieron les pareció disforme,
quedó sobre las naves, ante el hostil viajero,
rayando el horizonte como un diamante enorme.

Recuerda, con sagrada voz, la divina tragedia del Calvario, aquella en que la estulticia escupiera a los ojos de Dios y regalara a Jesús sangre eternamente derramada... El recuerdo, enturbiado de lágrimas, adquiere tal belleza que estoy seguro de que Jesús ha de sonreír desde su cruz martirizada al Poema de hondo contenido y al Poeta que tales cosas dijo...

EL SIMBOLO SANGRIENTO

Hace ya veinte siglos, moribundo,
y enclavado en la cruz como un preito,
con amor a los hombres infinito
Cristo abrió los brazos sobre el mundo.

De su verbo, a la vez dulce y profundo,
el pueblo de Israel estaba ahito,
que Cristo era culpable del delito
de predicar justicia en este mundo.

Crucifícale —dijo, turbulento,
a Pilatos el pueblo. Y los humanos
elevaron el símbolo sangriento,

crucificando a lo Divino, irrisivos.
Y así quedó clavado el pensamiento
y clavado el amor, por las dos manos.

Lejos de él la pretensión, por ridícula inaceptable e inaceptada, de ocultar la fuente de su sencilla poesía... Ningún inconveniente tiene en decir cómo le nace el verso, igual que la golondrina tampoco oculta la fiebre de sus alas o el agua que canta en el patio de piedras menudas no se reviste de extraños vestidos, sino sólo de su propia música que es humedad infantil de cuento... Arévalo Martínez, con

honda y humana complacencia, dice del crear del verso, de su mágica manera de llamar a las palabras y las ideas hermosas...

MAGIA

Yo debo ejercitar la magia mía,
la de mi poesía
así como la abeja hace su miel
y como suelta el pájaro su trino
y la paloma encuentra su caudino
y su grito perfume da el nivel.

Y habrás de ver cuando mi magia opera
salir a la existencia toda entera
de la página blanca del papel.
El poeta tiene algo de demiurgo
y como algún divino laumitirgo
hace salir su propio verso del.

Crea, poeta, el Dios que necesitas
y crea los alivios de tus culpas
así como la abeja hace su miel,
Dios que te mira jurgo a que se oculta.
Qual lanzado por una catapulta
vas hacia El.

La primavera, estación del trino y la amapola, es una pintora de los más dulces matices verdes... Doña Primavera llega con su tarro de pintura y todo lo vuelve fresco y lindo... El Poeta la ve llegar desde su escondite sencillo y así la canta:

VERDE

¿Quién no vio a la primavera
cuando corre en la llanura?
Lleva un tarro de pintura
y la vierte por doquiera.

Se sube a un monte ligera
y allí su tarro derrama.
Cuando el líquido se pierde
todo va quedando verde
con el color de la grama.

Luego baja a los poblados
donde encuentra resistencia
en las moredas santuosas;

y ejercer dulce violencia
 pintando bordes cuadrados
 a las obscuras baldosas,
 pues es su mano tan fina
 en su gracioso ejercicio
 que introduce su afilina
 en el mejor intersticio.

¿Qué destino es el del soñador?... ¿Cuánto dura su tarea de quintaesenciar alegría y dolor?... ¿Qué límite de Música, de cielo o de eternidad tiene su querida y adorable misión?... ¿Es un ángel que se quebró las alas y ocasionalmente reside en la tierra para ir las reconstruyendo en estrofas hasta que, de nuevo hábil para el vuelo, se va casi siempre en preciosa juventud?... ¿O es el inmenso tallador de piedras magnificas que trabaja sobre brillantes, amatistas y esmeraldas, hasta que muere con el último fulgor de la mejor facetada de sus obras maestras, cuando es ya el invierno en su cabeza?... La respuesta nos la dice Arévalo Martínez en su bello poema:

FIN

El soñador tenía la mano moldeadora.
 Cuando tomaba el estylo, sobre el papel cercano,
 trazando en signos negros, surgía un mundo arcano
 y en otra tierra había un despertar de aurora.

Duró por luengos años su gracia creadora:
 aquel que lo ejercía se convirtió en anciano
 y las rebeldes mases de su cabello como
 dobló como una ola de frío enrolladora.

Y cuando el gran poeta sintió el vigor perdido
 hacia el pupitre de ébano llegó desfallecido
 y requirió el auxilio de su sosten secreto;

aún la consigna péfila su afán movió, insegura;
 quedó una leve mancha al fin de su escritura
 y se murió doblado sobre el postrer soneto.

El sentido amor de la vida, amor por el cielo, el agua, el ala, la nube, la Inmensidad, le dice que hay vida por todas partes, vida mientras dura el equilibrio bellísimo entre el puente de rosas que es el vivir y el puente obscuro de la Muerte...

La vida cuelga en todas partes;
 cuelga en los brazos de una madre

y en las ramas de un árbol
y aún de las manos de una estatua de mármol
hecha nidos de golondrinas.
La vida cuelga por doquier.

.....
.....
La vida cuelga
en los festones de las enredaderas
y en las ramas de la noche con
sus frutos de estrellas.

.....
.....
Qué delicia de dulzura, de pasión simple, de cosa que huele al
armario de cedro, al arcón de nogal, a la cajita llena de cintas... Qué
bello es su poema de la limpieza, presencia de la muchachita que fue
al río y volvió nuevecita de sol luego del baño rústico con geranios y
Santa Matías...

ROPA LIMPIA

La besé en mano y oía a Jehón:
yo llevé la mía contra el corazón.

La besé en mano brava y delirando
y la boca mía quedó perfumada.

Muchachita limpia, quién a ti se atreva,
que como tus manos huele a ropa nueva.

Besé sus cabellos de trencha ondulada:
¡sí también oíen a ropa lavada!

¿A qué línea llevas tu cuerpo y tu ropa?
¿En qué fuente pura te lavas la cara?
Muchachita limpia, si eres una copa
llena de agua clara.

¿Quién no recuerda a Manuel Machado?... ¿Quién no tiene en
presencia espiritual nobilísima esta figura íntimamente unida a su tierra
de gitanerías, guitarras y estrellas?... ¿Quién no recuerda al Poeta
más español de España, que recibía inspiración de la brisa pura y de
todo el rocío que la gran mano de Dios deja caer día a día sobre su

tierra natal, especie de pequeño paraíso para el descanso de los ángeles?... Ah, pero este recuerdo de Rafael Arévalo Martínez es bellísimo, tanto que Manuel, el Manuel ya legendario por los caminos de la tierra y del alma, debe estrecharle la mano en ese dominio que conocen los poetas en su noche, vedado para el común de las gentes, minus abierto jardín para quienes tienen pupilas serenas en el alma... Si, la Epístola del cantor guatemalteco es hermosa de toda hermosura, representa la síntesis del valer de Machado en el tiempo y en los siglos... El poeta de los caminos queda, así, grabado en los caminos interiores con esa precisión transparente que cura los dolores de cada día de la vida... El recuerdo de Arévalo Martínez es sencillo, sencillo, quizá sencillito en demasía, lo que le da su verdadero carácter de grandeza y hermosura, porque ya luce mucho que se habló de "la difícil sencillez" y de ella se seguirá hablando por los siglos de los siglos... Bienhaya el Poeta que haya llegado a la pura sencillez de sus estrofas... El recuerdo de Rafael Arévalo Martínez es tan bullo que os invito a escucharlo a modo de final de estas divagaciones mías que no desearían tener final y acubamiento al tratarse del generoso y noble amigo guatemalteco, el magnífico Señor de sus pensamientos, de sus prosas profundas y de sus cantos de cristal...

FRAGMENTO

De la "Epístola a Manuel Machado
después de leer El Mal Poeta"

No sé... algunos me dicen: —"Ese hombre está loco"
Yo les he contestado: —Sí; pero... poco a poco...
¡Sus jurellos dan siglos para hacer a ese loco!

Nosotros no sabemos de esa fatiga summa
que corre por su sangre y destila su pluma.
¿Sabéis qué es ese loco? Ese loco es la espuma

de una vieja cultura que fermentó en la tina
de los siglos; el vino de una vid que declina...
¡ese loco es la espuma de la raza latina!

—"Pero ¡Vamos! ¡qué triste y qué pobre es Machado!
cómo se bambolean su verso fallado;
qué incorrecto es a veces..."

—"¡Pero qué refinado!"

TEORIA DE LA LLAMA

Llama, llama que hubo de quemar en un pasado lleno de cicatrices y recuerdos, pero que luego ha conseguido la perfecta purificación, el tornarse blancura el sentimiento en ascensión a la altura más alta... Llama encendida por la propia pasión en fuerza de vida, pero que después ha logrado el exquisito milagro de ser pasión de eternidad, ansia de lo divino, deseo vehemente de perfección... Llama que fue herida y es ahora iluminación... Llama que fue incendio y ahora es astro... Vivir y morir del fuego esencial es crear lo que no podrá destruirse, dar vida a lo que ya no ha de ahogar la Muerte, auspiciar la realidad de un perfume que ningún tiempo podrá borrar... El incendio es el símbolo de la vida de los mundos, pero lo es más de la vida de las almas: alma apagada no tiene razón de ser, alma que no lame la llama no es divinidad, alma que no grita en la depuración del fuego sagrado no merece su destino inmortal... El fuego es el único capaz de hacer florecer la vida en belleza, porque en cada lirio perfecto está viviendo la llama del sol, la llama de la tierra, la llama del deseo de ser mayor blancura, la divina llama que sube a la altura en puro aroma: el aroma es el bello quemarse de la flor en su afán de besar el aire diáfano... Hay un incendio de total blancura, que llamemos lirio, nube o ala... Llama es la voz, llama es la vida y llama es la Muerte: nos quemamos en vida para tener derecho al bello poema de la Muerte... Nos quemamos en la Muerte para tener derecho al bello poema de volver a vivir las nuevas vidas en todas sus dimensiones que la sola conciencia no alcanza a explicar...

"LLAMA" es el Libro de Rafael Arévalo Martínez, llama pura, llama viva, llama de eternidad... El Maestro hizo tal altura de belleza, que contagia de la hermosa quemadura y también de su realidad de horizontes profundos... Quemado fue el Poeta, y por eso le quedó la esencia de la llama, el alma de la llama, la divinidad pura de la llama... Llama que conduce al dolor, pero ya no al humano dolor, sino a ese otro, al que duele con ansia de Dios, al que hiere en pura constelación, al que depara paraísos que los Artistas y los Santos viven más allá de la vida, más lejos que la vida, más hondo que la tristeza llamada vida... Aquí la definición de la llama:

Todos los inquietos, los que no han sosiego,
me buscan. Conocen mi signo de fuego:
Yo lemo sus almas con llama de amor.
Los tuestro en mi brasa deliciosa, y luego
los hago que vuelvan al propio dolor.

.....

.....

La llama fue intelectón, luego belleza y, al fin, verdad... Quien no halló la bella perfección no puede hallar la verdad... Vive el hombre en sus dimensiones terrestres, pero un día, un preciso y claro día, señalado en las fechas de la eternidad, se halla a sí mismo, es quemado en la llama de su propio y auténtico conocimiento, y luego de la amargura y sufrimientos del incendio, se identifica en estado de llama deslumbrante, prístina y original, que ningún viento de acá o de allá será dado en apagar:

.....

.....

En crecer vivimos hasta hoy ocupados,
tenemos la talla necesaria ¡oh hados!,
pero no un día antes ni un día después.
Todos los instantes dejaron sus huellas
en nuestras conciencias, fragmentos de estrellas,
y esperaré este logo que está a nuestros pies.

Mirando hacia el pasado, en fecha anterior a la llama, el Poeta recuerda la pregunta al corazón eternamente joven y al alma que no sabe o no quiere envejecer, en esos últimos amores que, de puro apasionados, parecen los primeros y que viven en la edad de las meditaciones igual que vivieron en la edad de los cantos bajo los árboles jóvenes...

.....

.....

¿Qué hacemos, corazón, porque envejezcas?
¿Cuándo envejezcas, alma?

.....

.....

Uno de los más claros milagros de la llama es el encuentro de Jesús, no el Jesús de las religiones convencionales, sino el hondo, el

único, el eterno, el que poetizaba a orillas del lago y decía cosas tan bellas que poblaban el aire de golondrinas y palomas... La llama señala la presencia del Maestro, el Cristo sacrificado en puro amor, de aquel que mucho perdonaba al que había amado mucho y lloraba por los tibios de corazón, es decir, precisamente por aquellos que no sienten la llama ni aman la llama, por los que, pudiendo quemarse en el auténtico fuego del amor, apenas lo hacen en el fuego que enciende terrestres hogueras que viven unos instantes y mueren para siempre... La súplica en son de oración que el Poeta eleva al Divino Jesús es sólo la llama lamiendo las manos del que acariciara las cabezas de los niños y las almas de los hombres...

LA MANO DE CRISTO

(ORACION AL SEÑOR)

A Teresa de Avila, un día en que, encendida de amor, descó ardentemente la visión beatífica, Cristo le mostró una mano.

Descó un día viste tanto
Teresa, estaba tan triste,
que velando el cuerpo santo,
una mano descubriste.

Del Señor creador pulgar,
fuerte mano poderosa,
la que engendra toda cosa
y hace a los mundos andar;

llena toda de cariños,
tan rica para la ayuda,
la que protege a la viuda,
la que sostiene a los niños;

la que hace bajar los cielos
a corazones sencillos
y da leche a cachorrucos
y da grano a pajarillos;

baja a las cosas menudas
y atiende a las cosas grandes;
viste a las flores desnudas
y da sostén a los Andes;

oh mano de la que pido
la blancura y el aroma,

dulce, amorosa paloma
que hallaste en Teresa un nido;

—porque aquel cándido pecho
ardía en amor tan casto,
que tú lo encuentraste vasto
aunque él se creía estrecho—

sellada, rica redoma
de mirra y de incienso llena;
blanca mano de mucena,
¡quién aspirara tu aroma!

Más refulgente que un astro
y con una luz más pura,
blanca mano de alabastro,
¡quién mirara tu blancura!

Ya como verte no pueda,
te digo esta oración:
con un invisible dedo
que toques mi corazón.

Partiendo el pan en su mesa
ella misma se dio así,
¡Oh mano que vió Teresa,
nunca te apartes de mí!

Otro milagro puro de la llama es el del sentimiento totalmente interior, aquel que ya ninguna mano extrana puede tocar, menos dañar, ese que vuelve la vida pureza definitiva... Con este sentimiento de alegría, de seguridad, de fe, de amor, de bondad, de libertad, de mansedumbre, nada importa ya lo que afuera ocurra, ni siquiera lo que ocurra en el propio cuerpo, cárcel del bello sentimiento, puesto que se ha logrado ser uno con lo uno y todo con el todo...

BLATISS

La tierra estaba sorda, oscuro el firmamento,
y por doquiera había sufridos y dolor...
Pero yo descansé en un sentimiento
de alegría interior.

Los hombres eran fieras. Un inmenso lamento
dejaban por doquiera los odios y el rencor...
Pero yo descansé en un sentimiento
recóndito de amor.

Me aprisionaba todo: mi cuerpo macilentos;
 los hombres y las cosas; miedo y enfermedad.
 Pero ya descansé en un sentimiento
 hondo de libertad.

Lo hallé inestable todo, movible, turbulento;
 me concurrió sombría visión de inanidad.
 Pero ya descansé en un sentimiento
 hondo de eternidad.

Pero, ¿por dónde y como se va a la llama? ... O, si se quiere entender así, ¿por dónde y como viene la llama? ... La senda es de sacrificio y tristeza, de soledad y dificultades, apenas bordeada de lieridos, apenas alumbrada por unas pocas estrellas titilantes. ... La Senda hacia la llama es camino de heroicidad del alma, que es algo muy distinto y diverso de lo que la vana vanidad humana ha dado en llamar heroicidad. ... La Senda es pura de lágrimas, alta de sacrificios, eterna de humanos olvidos, apasionada de desesperanzas para lo de este lado que no vive ni entiende la llama. ... Pero, en lontananza, como absoluto poema incomparable, tomó la delantera Cristo...

LA SENDA

Sin la vana esperanzas de llegar en un día
 porque para seguirlo tienes la eternidad,
 ve paso a paso, fuerte, marchando por la vía
 dolorosa y difícil que lleva a la verdad.

Por la vía que sigues siempre se marcha solo:
 tu mano en otra mano ya nunca sentirás.
 Por la vía que sigues siempre se va en silencio:
 la voz dulce y amada no se escucha ya.
 En la senda que sigues no hay guía ni consuelo:
 en la senda que sigues reina la obscuridad.
 Y llega un gran cansancio y un gran abatimiento. ...
 Por la senda que sigues se siente al caminar.

Pero no temas, alma. Cristo marchó el primero.
 Sin luz y sin sonidos lleva a la eternidad.

La llama despierta o, mejor, aroma y depura el sentimiento de la confianza más allá de las humanas y falibles confianzas. ... Una vez que la llama quemó el ser, nada puede variar su destino humano y divino. ... El momento en que se consumió el mandato de la llama comienza ésta a ser toda diáfania. ... Así el hombre, con su incendio bello, va en confianza para toda la eternidad. ...

CONFIANZA

No porque lo hayamos merecido
 sino porque es fatal,
 como vuelven las cosas a su origen,
 como la gota al mar,
 como lo humano al hombre,
 como lo malo al mal,
 también así nosotros desde el tiempo
 retornaremos a La eternidad.

Y sé siempre sereno y aprende, que ya nadie
 te puede a ti turbar.

Antes del incendio total, el espíritu gustaba de lo bello transitorio: fue la llama la que tomó al ser para aficionarlo a la clara fuente de la Verdad... Antes, en la Escritura hallaba ternura, bondad, transparencia, facultades humanas hermanas del trigo, el agua y la brisa... Después, en la Escritura se encuentra la Verdad, facultad divina que, al bien fraterniza con las más hondas raíces de la tierra, con ellas no puede compararse en trascendencia pura...

Y CUANDO...

Y cuando ya no digas que es bella la Escritura
 sino que es verdadera, y estudies sus arcanos;
 y cuando ya trascendas a la literatura,
 yo te diré que tienes el fruto entre las manos.

Ya en perfección perfecta, el Poeta puede afirmar la humana verdad de que jamás buscó las puertas de escape para evitar el incendio... El, no solamente que vivió su vida, sino que buscó vivirla para quemarse más hondo y más fuerte... Porque vivir no es esto de pasar como el viento o el agua, sino dolerse de vida, entristecerse de vida, anochecer de angustia de vida... Mientras los otros fueron por las puertas de escape, el Poeta vivió, vivió con todo el dolor supremo de vivir...

POR LA PUERTA DE ESCAPE...

Por la puerta de escape del vicio
 se selló de la vida el novicio
 en el arte cruel de vivir.

Por la puerta de escape del arte
el artista se escapa a otra parte
dolorido del mal de vivir.

Corta puerta de escape, la Trapa,
por su estrecho agujero se escapa
el asceño hacia Dios, sin vivir.

Ancha puerta, la Muerte, el suicida,
le da pronto remedio a la vida
y a la nada se va, sin vivir.

Pero yo fui más puro y valiente.
A la vida miré frente a frente,
sin temer ni temblar, y viví.

Y la vida me dió su dulzura
y la vida me dió su amargura
y su intenso dolor . . . ¡y viví!

Qué bueno y dulce es volver, desde la llama, a contemplar la vida en sus esenciales manifestaciones. . . Y una de esas manifestaciones, acaso la más pura, es la de la Maestra cosechando miel en los colmenares de sus luchas interiores para dársela a los niños. . . La buena Maestra es la rosa de la infancia, hermana del burco de papel en que los chíquillos embarcan sus ilusiones menudas sobre las aguas de los mansos ríos. . . La Maestra santa está hecha toda de lirios y de alas, de infantilidad y de vertientes, de cantos y de aromas. . . La Maestra incomparable vive en el mismo lugar de las cometas que se elevan para acariciar, siquiera sea de paso, las alas de los ángeles que llevan recados de luz a todos los horizontes. . . La Maestra única es lo claro que tiene el alma y que, en fin de fines, se salva del paso por el lodo del mundo. . . El Poeta, desde su llama, así la canta. . .

EN EL ALBUM DE LA MAESTRA ANITA ESPINOSA

Lirio apoyado suavemente
sobre su verde sustentáculo
como un querub convaleciente
que se apoyara sobre un báculo:

niño que al pozo se ha asomado
con su graciosa algarabía
e hizo correr a las estrellas;
y que al mirar las ha mirado

allá en el fondo, húmedas, bellas,
para abrazarlo si cabe:

cosas aladas, sin pecado
a las que acecha siempre el mal:
venid a mí, porque he hallado
una gran alma maternal.

Criaturas bellas y gozosas;
ella con manos amorosas
cosecha todos los carlínos:
tiene un colegio para niños,
tiene una escuela para rosas;
allá en el cielo corta estrellas,
aquí en la tierra culta rosas,
criaturas bellas y gozosas,
gozosas y bellas.

Venid a ver la pura frente
por donde fluye miel astral,
que viene cerca, de la fuente
de su gran alma maternal.

Mirad los ojos tan amantes
en que han quedado ardientes rostros
de la ternura de los astros
y del amor de los diamantes.

Venid, besad las blancas manos
colmadas siempre de semillas
para las puras avecillas.
Venid, besad las blancas manos.

También desde la llama se retorna a la exacta dimensión de la Patria, a esa dimensión profundizada, sin falsos conceptos limitantes, sin falsas ideas preconcebidas que comienzan y terminan en una frontera... El Poeta canta a su Guatemala, morenez hecha blancura en el verso, en el cósmico abrazo de su naturaleza, en su bendito vientre siempre lleno de vida... Guatemala, vista desde la llama, es una madre joven que tiene siempre estas dos hermosas y fecundas virtudes: la juventud y la maternidad...

A GUATEMALA

¡Dulce tierra solar, de piel oscura,
dulce tierra caliente, a nadie extraña,

yo amo desde tu seno de montaña,
hacia el húmedo pie de tu llanura!

El océano que abraza tu cimiento
hecho torrente, se internó en tu entraña
y en la lluvia y el río en que te baña,
madre joven, mantiene tu frescura.

Se inclina hasta besar tu piel morena
un cielo azul, traslúcido y sereno;
la montaña te hincha, como llena
un suave cuerpo femenino el seno
y vos penado de la dulce pena
de un pardo vientre enteramente lleno.

La llama tiene la eminente virtud de abrir las puertas del Más Allá... El Poeta, este Rafael Arevalo Martínez incendiado e incendiante, da la mano a Darío, el Señor de los Cisnes y los Templos, y desde el otro lado de la vida oficia unas Honras Fúnebres para quien fuera en América latido del corazón de la tierra y latido del corazón del cielo... Darío mira al hermano Poeta, y en su sonrisa vuelve a florecer la heráldica flor exquisita y perenne, pero ahora en una distancia de estrellas... Desde el mágico conjuro, el llamamiento a las cosas graciosas y bellas, hasta la voz de la tierra, que no es sino la voz del seno de la tierra, que fue apasionada esposa de Darío, el Canto en son de Honras es grandioso y bellissimo... El Poeta logra con su decir conmover al Divino Rubén en sus moradas actuales de infinito...

HONRAS FUNERRES POR EL ALMA DE DARIO

El conjuro del poeta:

—Trémulas titilen las rubias estrellas;
que cisnes y rosas se encujan de frío,
todas las creaturas graciosas y bellas
lloran a Darío...

Al conjuro del poeta aparecen las creaturas
graciosas y bellas.

El cisne

—Yo soy rosa vida de plumas suaves.
Soy entre las aves

In que, entre las plantas, las rosas suntuosas,
 lo que, entre las piedras, las piedras preciosas:
 una aristocracia.
 Yo soy de una especie que ha encontrado gracia.
 Como en el Fénix, como en el Simurgo, en mí ser descansa
 un antiguo símbolo de cultos solares:
 yo soy Kalahansa
 sobre su primer vehículo de los mares...

.....

 La rosa griega:

—Soy la rosa helena
 de cuando la vida fué fardo liviano
 y las turbias liras del rosal humano
 dieron una rosa graciosa y serena.
 —Somos las cosas pristinas,
 las primeras luces matutinas,
 los primeros cantos, los primeros juegos,
 entre las edades del hombre la infancia:
 somos el divino pueblo de los griegos,
 rosa, rosa llena de inmortal fragancia.

Todas las creaturas gozosas y bellas
 evocadas, a coro:

—Somos las creaturas bellas y gozosas,
 somos las creaturas gozosas y bellas:
 las mujeres, los niños, los rosas,
 los diamantes y las estrellas.
 Todo lo que bulle, brilla y hace ruido:
 el color, el perfume y el sonido;
 las cosas gustosas, las cosas suaves,
 los vinos gozosos, las ríndidas aves.
 Somos la belleza, la gracia, el poderío;
 y, al conjuro, sollozamos por el alma de Darío.
 Que en el alma del poeta hay eterna juventud
 como en el alma del mundo beatitud.

.....

 El alma de Darío, detenida aún en su cuerpo pasional,
 aparece, al llamamiento de las creaturas
 gozosas y bellas; y les habla:

—Dulces formas de la tierra, del poeta, hogar y dote,
 cual suntuoso rutilo externo de la viva luz solar,

de vosotras, dulces formas, yo fui Sumo Sacerdote
y oficié con mi aurea túnica pontificia en el altar.

La gran palma de la tierra que sostuvo mis cantares,
ante el nro de lo creado fué mi inmenso faristol.
Yo fui el Sacerdote de cultos solares,
el Gran Sacerdote del Sol.

Rosas, rosas: ¡a mis manos!
Yo fui el Sacerdote de cultos solares,
los dioses paganos
canté en mis cantares.

Dulces formas de la tierra,
¡dulces formas de la tierra!
Vestí con la ropa
de un verso mi vida.
Mi alma fué una copa
henchida.

.....
.....
Voz de Darío:

—El Gran Ser que de este mundo es origen y sustento
a las almas de los santos se da el mismo en alimento;
y a las almas de poetas, para tanto no maduros,
da a besar sus vestiduras.

Mas la gran mentira varia es verdad por un periodo
en que Dios se manifestó. ¡Es verdad despues de todo!

—Humillemos nuestras almas. Besézuelas, florecillas
del de Asís ante vosotras siempre estuve de rodillas.

Vuelque el vaso de la vida sus temores y amarguras.

El Señor está tan lejos, que hoy que ansalo en sus creaturas,
¡Hay que amar!

Es el secreto de la viva luz solar.

.....
.....
Una voz de la tierra:

—El Poeta es sacerdote de las flores de la vida,
es pontífice supremo de la cálida ilusión;
en sus manos temblorosas una antorcha va encendida
y en su boca de profeta va encendida una canción.

Sonámbulo Inerte

o antorcha encendida,—

una de sus manos le ha asido la Muerte
y la otra la Vida.

Va cantando al borde de los precipicios;

saliza en los valles florecidos;
y, alterna, su vida da a los siete vicios
y a las siete virtudes capitales.

Y porque la vida le ha salido la mano,
marcha por la senda beudo y pagano.
Y porque la muerte le ha salido la mano,
marcha por la senda contrito y cristiano.
Y aunque son opuestas, él siente en las dos
manos que lo llevan la mano de Dios.
Como pilla loca, tiene la fatiga
del Deus que lo hostiga.
Y va sordo porque aun oye la palabra del Señor;
y va ciego porque aún mira su fulgor;
y va trémulo, y es divino su temblor...
¡El Poeta es mensajero del Señor!

"LLAMA"... Llama pura, llama eterna, llama purificadora, llama
divinamente humana y humanamente divina... Llama que el Poeta
comulga y da a comulgar a la humanidad...

CRONICA UNIVERSITARIA

/ 1955

/ ENERO

/ Día 7

FUERON DESIGNADOS DIGNATARIOS DE LA FACULTAD DE CIENCIAS QUIMICAS

Conforme a la resolución expedida por el H. Consejo Universitario y para concluir la organización legal de la Facultad de Ciencias Químicas, recientemente establecida en la Universidad, el señor Rector del Plantel convocó a los catedráticos del nuevo Instituto a que eligieran sus dignatarios y miembros del Consejo Directivo. - El resultado que se obtuvo luego del sufragio fue el siguiente:

Decano: Sr. Dr. Alejandro Onitchenko

Subdecano: Sr. Dr. Rodrigo Cordero Crespo

Primer Miembro del Consejo Directivo: Sr. Dr. Virgilio Loyola Garcia.

Segundo Miembro del Consejo Directivo: Sr. Dr. José Orellana Solano.

Posteriormente los alumnos de la Facultad, convocados por el señor Decano, designaron sus representantes ante los Organismos Universitarios, en esta forma:

Representante ante el Consejo Universitario: Sr. Fausto Sánchez Valdivieso.

Representante ante la H. Junta de Facultad. Sr. Cristóbal Cordero Vega.

Día 11

FUE APROBADO EL ESCALAFÓN PROFESORAL

Para remunerar de manera más justa la labor docente de los catedráticos del Plantel, el H. Consejo Universitario, luego de detenido estudio, acordó expedir el escalafón profesoral en el que se contemplen los diferentes aspectos que determinarán la elevación de categorías por tiempo de servicios, méritos docentes, etc., etc. Una comisión especial de su seno formulará a la brevedad posible el reglamento respectivo. Mientras tanto, en el presupuesto del Plantel se ha considerado ya el primer factor —tiempo de servicios— para establecer seis categorías de catedráticos según el número de años de labor docente que tenga cada uno de ellos. La Corporación dirigente de la vida universitaria guarda fundada esperanza de que en esta forma será estimulado el trabajo del profesorado para obtener como resultado una mayor eficiencia de la docencia.

FEBRERO

Día 5

LA FACULTAD DE CIENCIAS MÉDICAS RINDIÓ HOMENAJE AL DR. EMILIANO J. CRESPO

Después de cuarenta y tres años de ejercicio de diversas cátedras de la Facultad de Ciencias Médicas y especialmente de la de Cirugía, el doctor Emiliano J. Crespo, que tuvo también a su cargo el Decanato de la Facultad por varios años, luego de obtener su jubilación se separó del Instituto. Con este motivo la Facultad de Ciencias Médicas le rindió un emocionado homenaje para resaltar sus merecimientos de maestro y su servicio a la docencia. En ceremo-

nia especial que estuvo presidida por el señor Ministro de Educación Pública, doctor Adolfo Jurado González; el señor Rector del Plantel, doctor Carlos Cueva Tamariz; el señor Decano de la Facultad de Ciencias Médicas, doctor Honorato Carvallo Valdivieso y las autoridades de los órdenes civil, militar y eclesiástico de la Ciudad, el señor Rector hizo entrega al doctor Crespo del título que, por resolución del H. Consejo Universitario y conforme a lo que prescriben los Estatutos de la Universidad, le acredita como Profesor Honorario de la cátedra de Clínica Quirúrgica, Clínica Urológica y Ortopedia. El señor Rector pronunció estas palabras:

* "Ejemplar, por justiciera, la actitud de la Facultad de Ciencias Médicas de esta Universidad al rendir un homenaje a uno de sus más distinguidos catedráticos, el señor doctor Emiliano Crespo, con motivo de su separación al cabo de cuarenta y tres años de ejercicio de meritoria labor docente.

Ejemplar, porque no es frecuente el reconocimiento oportuno del mérito auténtico en medio de la dinámica arrolladora de la vida actual, centrada en objetivos e intereses circunstanciales y restrictos.

Justiciera, porque premia los esfuerzos de una vida entera dedicada a la más alta y noble faena que puede elegir un hombre: la de enseñar, la de educar a la juventud, la de formarla para el logro cabal de su destino individual y social.

Más de ocho lustros, casi la mitad de un siglo, de constante labor de cátedra, de transmisión del saber, de estudio incesante, de contacto con los jóvenes aspirantes al conocimiento y al dominio de las arduas disciplinas de las ciencias médicas para el resguardo de la salud y de la vida del hombre; de guiarles por los ásperos caminos de la ciencia y de la técnica con mirada clara y penetrante, con paso firme, con experta mano; de entrega cotidiana de los mejores dones espirituales, en diálogo con almas juveniles, ansiosas de saber la verdad, de verificarla por sí mismas, de someterla a prueba; una vida completa de consagración a la ciencia y al alivio de las dolencias humanas, es acreedora al reconocimiento y a la gratitud de las instituciones a las que se enaltecó con esa vida y de los hombres a quienes se contribuyó a formar.

La Universidad, esta alma mater, esta madre espiritual de los que en ella recibimos, junto con los símbolos académicos, el impulso vital del espíritu, el ansia de altura y perfección; este hogar del estudio y de las más elevadas formas del culto a la ciencia y a la sabiduría; este santuario donde la violencia de las pasiones humanas se aquietta y se sublima en un remanso espiritual para dar paso a la búsqueda desinteresada de la verdad, con el más profundo respeto a la personalidad de profesores y alumnos, sin discriminaciones ni prejuicios de ninguna naturaleza; esta Casa casi centenaria, ilustrada con el saber y la virtud de tantos varones insignes, que pasaron por ella enriqueciéndola con los tesoros de sus vidas y de sus obras, se honra a sí misma cada vez que enaltece la personalidad de los que la sirvieron y la honraron.

El vínculo de la Universidad con sus catedráticos es indestructible. Los maestros que en ella se formaron y a ella devolvieron, en enseñanza, en ejemplo, en consagración de toda la vida, los dones todos de su espíritu, quedan perennemente ligados a su trayectoria y a su destino.

Es el caso de Ud., señor doctor Crespo. Ha podido Ud., en uso de un justísimo derecho al reposo, separarse materialmente de la Universidad y de las cátedras que ha ilustrado y enaltecido con su saber y su talento, pero sigue Ud. perteneciendo a esta Casa en espíritu y en verdad.

Por ello, el H. Consejo Universitario ha acordado, en aplicación de una acertada disposición de su Estatuto, reconocer a Ud. como Profesor Honorario de las Cátedras de Clínica Quirúrgica, Clínica Urológica y Ortopedia. En su nombre, pongo en manos de Ud. el documento que así lo acredita."

Luego el señor Ministro de Educación Pública impuso al doctor Crespo la Condecoración Al Mérito en el Grado de Caballero, que en reconocimiento de su labor científica y docente le otorgó el Gobierno Nacional. Por fin, en el Salón de Actos de la Facultad de Ciencias Médicas se descubrió el óleo del homenajeado, incorporándolo a la galería de Decanos de la Facultad. La Junta Central de Asistencia Pública del Azuay, adhiriéndose al homenaje tributado dispuso que el pabellón de Cirugía del Hospital Civil llevase el

nombre de "Emiliano J. Crespo", declaratoria que se realizó también en forma solemne a continuación de los actos desarrollados en la Universidad.

El señor Decano de la Facultad de Ciencias Médicas pronunció, en el acto académico llevado a efecto en el Aula Máxima del Instituto, el siguiente discurso:

"Señor Ministro de Educación Pública, Señor Rector de la Universidad, Excelentísimo Señor Obispo Auxiliar, Señor Gobernador de la Provincia, Señor Presidente de la Cámara de Diputados, Señor Vicerrector, Señor Director de Asistencia Pública, Señor Presidente de la Excelentísima Corte Superior de Justicia; Señor Dr. Roberto Gilbert, Representante de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Guayaquil y de la Sociedad Médico Quirúrgica del Guayas; Señor Subdecano de la F. C. M., Meritísimo Maestro Dr. Emiliano J. Crespo Astudillo, Señoras y Señores:

El ilustre Profesor Universitario Doctor Emiliano J. Crespo Astudillo el año próximo pasado resolvió separarse de la Cátedra de Cirugía, después de una labor proficua y afortunada de 43 años. El Maestro envejecido en la enseñanza académica, mas no desmayado por los años, dejó así un claro difícilmente llenable en las filas del profesorado de la Facultad de Medicina.

Al conocer su renuncia la Junta de Facultad reaccionó noblemente, emotivamente. No era posible dejar que su silueta de gran talante científico se perdiera en el negro nubarrón del indiferentismo; se sintió la necesidad de elevarse para recordarlo y dignificarlo. Fue la eclosión del recuerdo justo y cordial. Es que no se alejaba un simple visitante de la casona universitaria, un profesor común; era un Señor Profesor, un verdadero maestro que había comprometido a colegas universitarios, al alumnado, a Cuenca toda con una época científica muy suya y ya muy nuestra. Y sonó el campanazo de la unanimidad y el compañerismo para acordar su homenaje, para hacer la perspectiva de la generosidad, que es justicia y cultura, reconocimiento y gratitud.

Emiliano J. Crespo Astudillo es dueño de una personalidad modelada por su talento de cepa y de acúmulo cultural europeo. Constituirá el tomo grueso y de consulta obligada de la Historia de la

Medicina Azuaya, con lectores nacionales e internacionales. Para hablar de él sería menester escribir muchas páginas, muchos capítulos plenos de luz científica, saturados de obra creadora y hondamente provechosa. Su capacidad mental y física le llevó a modernizar con certeza y fecundidad todos los campos de la ciencia médica local. Dinámico, renovador, especialmente científico, sembró a cada paso, en el aula, la conferencia, el hospital, la clínica y en la clientela el sello del saber elevado, académico, eficiente. Cirujano por seguridad vocacional, maneja el bisturí con técnica maestra. Clínico profundo e inteligente, discrimina los cuadros más complicados, hallando siempre una signología convincente y orientadora. Laboratorista y Bacteriólogo ampliamente preparado, sorprendió a la Medicina Nacional con la identificación de varias formas parasitarias aún no citadas. Anatomista y Fisiólogo, prepara con robustez técnica la base de su Clínica Quirúrgica, campo en el cual todavía no ha sido igualado entre nosotros.

Recorre las rutas intrincadas de las especialidades con espíritu sereno y deja en todas ellas la estela del acierto. Obstetra y Ginecólogo de nota, profesor profundo en estas severas ramas de la medicina, las relaciona genialmente con sus amplios conocimientos modernizados de técnica operatoria.

Históricamente Emiliano J. Crespo es la modernización de la medicina azuaya, el creador de la cirugía aséptica entre nosotros. Para toda esta grandiosa obra y aquella que seguirá realizando dispone de oratoria maestra, de fervor por el trabajo, de visión creadora y actualizante. El mejor monumento de su vida universitaria son las generaciones de médicos que aplaudieron siempre, sin temor a lisonjear ni equivocarse, sus doctas enseñanzas. El mayor monumento de su vida profesional son los innumerables pacientes salvados, recuperados por sus manos diestras y humanitarias. Poseedor de una elocuente cultura integral ameniza la vida médica con la frase oportuna, aguda y filosófica. Su talento hace la elocubración satírica elevada y aplaudida...

Por el año de 1923 asciende al Decanato de la Facultad de Ciencias Médicas y lo honra durante cuatro periodos hasta 1931. Sus años dignatarios merecieron el aplauso del profesorado y el reconocimiento estudiantil, por la elevación, sagacidad y espíritu progresista con que los destacó. En memoria de esa dignidad universitaria hoy se le coloca su óleo en la Galería de Decanos. Su figura gallarda y señera, nim-

bada de los mejores arco iris de la fama cierta e inmarcesible llenará de ciencia y ejemplo, presidirá nuestro ambiente de estudio como estímulo hacia la superación. Su retrato será honor y enseñanza, ciencia inolvidable y de elevados quilates. Nos dirá de sus merecimientos académicos que supieron infiltrarse en la posteridad con la virtud del valor auténtico y de la gloria merecida...

Emiliano J. Crespo en el lienzo de la perennidad es la cátedra coloreada por la fama aplaudida por todos sus discípulos, que supimos aquilatarlo sobrado de ciencia y de consagración... La justicia de los óleos como inmortalidad y sincero recuerdo, si se está cumpliendo en este memorable acto universitario. Hay la vehemencia de plasmar su figura catedrática y dignataria. Este honor, por ondulación de la suerte, ha correspondido al que habla, a este su alumno que hoy lleva en sus hombros el encargo máximo de la Facultad de Ciencias Médicas. La colocación de su óleo en la Galería de Decanos la hago con emoción sincera y cordial respeto al maestro hondamente grabado en nuestros primavurales años...

A corto tiempo, seguidamente, se verificará en el Hospital Civil "San Vicente de Paul" otro acto justiciero como a ex-Jefe de las Salas de Cirugía, de hombres y mujeres, rotulados con los distinguidos nombres "Sojas", "Loyola" y "Valdivieso". El Pabellón de Cirugía "Emiliano J. Crespo A." como homenaje a sus horas intensas y sabias, pasadas junto al dolor, las visceras palpitantes y la sangre de los enfermos, se levanta airoso al sentirse así bautizado, con el nombre del cirujano que las tornó científicas y técnicas. La Facultad que represento aprovecha esta oportunidad para presentur su reconocimiento a la H. Junta Central de Asistencia Pública, al haber aceptado gustosa y ensalzadora la sugestión hecha de denominar "Emiliano J. Crespo A." a uno de los pabellones más importantes de esa Casa de Salud.

De esta manera, señores, hemos tentado el surgir de la justicia como obra de armonía y generosidad en estos tiempos que van borrando las siluetas venerandas y encumbrando las del egoísmo y el odio que nos empequeñece.

Meritísimo Maestro: dejo así cumplida la comisión universitaria de la Facultad de Ciencias Médicas. Con este acto sincero y cordial hemos querido demostraros que no os alejáis de nosotros, que os hemos

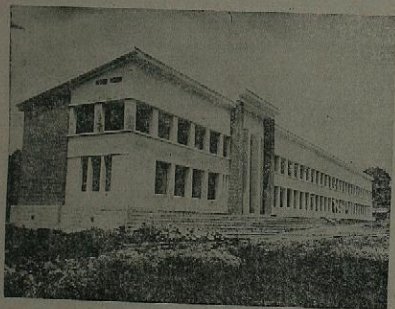
recordado con veneración para que nos sigáis perteneciendo como Profesor de Honor de la asignatura que supisteis encumbrarla debidamente. Recibid de vuestra Facultad Médica todo el vigoroso aplauso por esos años de cerebro y técnica, de enseñanza y proyección.

Estas palabras han tenido el brote espontáneo del honor merecido y la justicia que se cumple: tenemos la sensación de habernos agigantado para perpetuar vuestra vida médica. Que estos momentos sean el tono vigorizante al maestro y colega, la inyección de plácido calor en la escuela profundamente rubricada por este gran médico, grande por su ciencia y grande porque nos ha enseñado la grandeza del reconocimiento. . . ."

Día 7

LOS ALUMNOS DE LA ESCUELA DE MEDICINA INICIARON LOS ACTOS CONMEMORATIVOS DE LA "SEMANA MEDICA"

Con diversas ceremonias de indole cultural y científica, los alumnos de la Escuela de Medicina celebraron en el presente año la "Semana Médica". Número sobresaliente del programa fue la proclamación de "Señorita Medicina 1955" en la persona de la distinguida damita doña Diana Sojos Mata. El señor Rector del Plantel, durante la velada de arte que con tal objeto se realizó en el Teatro Universitario, impuso a la señorita Sojos Mata la simbólica banda que le confiere el mando espiritual de los estudiantes de Medicina.



Hermoso aspecto del severo edificio de la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias, Bogotá
—el primero que se ha edificado en la Ciudad Universitaria— en vísperas
de ser totalmente concluido.

MARZO

Día 4

FUE RECIBIDA POR LAS AUTORIDADES UNIVERSITARIAS LA PRIMERA ETAPA DEL EDIFICIO DE LA FACULTAD DE JURISPRUDENCIA

Concluida la primera etapa o sea la correspondiente a la obra gruesa del edificio de la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales, que es el primero que se construye en la Ciudad Universitaria, las Autoridades del Plantel, de conformidad con las estipulaciones contractuales, procedieron a recibirla oficialmente. En la entrega intervino el constructor Ing. Alfonso Calderón Moreno. El edificio se encuentra casi al concluir, como se puede observar en la gráfica. Su entrega definitiva tendrá lugar después de pocos meses, de manera que al iniciarse en el mes de octubre próximo el año académico 1955-1956, la Facultad de Jurisprudencia funcionará ya en el moderno y cómodo local que ha sido edificado en breve tiempo. El señor Rector del Plantel y el H. Consejo Universitario continuarán su labor en pro de locales adecuados para el creciente progreso del Instituto, iniciando cuanto antes la construcción de uno o dos pabellones más, para lo que se cuenta con la suma de tres millones setecientos mil sucres en bonos del Estado, con los cuales el Gobierno Nacional, previa autorización legislativa, va a pagar la deuda que tiene a favor de la Universidad por la compra del actual Palacio Universitario. Por las especiales características funcionales que distinguen al nuevo edificio de la Facultad de Jurisprudencia, tanto personeros del Gobierno Nacional como los técnicos en materia de construcciones de esta índole, han expresado su felicitación a la Universidad que, en corto plazo, dispondrá de un juego de locales apropiados para las diferentes Facultades, Institutos anexos y dependencias administrativas.

Día 17

**FUE ELEGIDO PROFESOR REPRESENTANTE
DE LOS CATEDRATICOS ANTE EL
H. CONSEJO UNIVERSITARIO**

De conformidad con las prescripciones legales y por haber concluido el periodo para el cual fue designado el profesor doctor Leoncio Cordero Jaramillo, el Consejo Universitario dispuso que la Asamblea Universitaria se reuniera para que designe el profesor que en reemplazo del Dr. Cordero ha de representarla, en el lapso de tiempo correspondiente a los años 1955-1957, en el seno de la Corporación Dirigente de los destinos del Plantel. La Asamblea, que estuvo presidida por el señor Rector de la Universidad, designó para tan elevada función al doctor Vicente Corral Moscoso, catedrático de la Facultad de Ciencias Médicas.

Día 24

**CONFERENCIA DEL INTELLECTUAL
DON ARMANDO FLORES AMADOR**

Ante los catedráticos y alumnos de la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales y numeroso público, el distinguido hombre de letras nicaragüense don Armando Flores Amador sustentó una importante conferencia sobre el tema "La reforma agraria en Guatemala", abordándolo en forma sugestiva y llena de interés.

**PROYECCIONES DE LA LABOR CULTURAL
Y CIENTIFICA DE LA UNIVERSIDAD
DE CUENCA**

La Comisión Redactora de ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA, como lo ha hecho ya en otras oca-

siones al insertar en sus páginas los comentarios sobre las obras de los catedráticos del Plantel, se complace ahora en publicar en esta sección los juicios críticos de la prensa nacional y de distinguidos intelectuales acerca de los últimos libros de los profesores doctores Francisco Alvarez González y Luis Fradejas Sánchez y de la Sección "Presencia de la Poesía Cuencana" de esta Revista, que está a cargo del doctor Rigoberto Cordero León. He aquí los comentarios:

HISTORIA DE LA FILOSOFIA, por Francisco Alvarez González. — Comentario del Diario "EL COMERCIO", de Quito, correspondiente al 25 de noviembre de 1954.

"El Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Cuenca, Francisco Alvarez Gonzalez, publica el Tomo II de su obra *Historia de la Filosofía*, libro medular, verdadero tratado didáctico que remeza la materia, no obstante tratarse de varios capítulos y enjuiciamientos que casi merecerían ser considerados como "autoridad de cosa juzgada", por los novedosos juicios y por la sustancia del pensar que allí se manifiesta, por la síntesis justa y la exposición completa que requiere de valorizaciones ponderadas.

En un poco más de setecientas páginas, la *Historia de la Filosofía* de Francisco Alvarez González contempla el panorama de las filosofías moderna y contemporánea. Allí se destacan los principales filósofos a partir del Renacimiento que señala el punto de partida para la época moderna, tanto en la historia de las letras como de las ciencias y de las artes, y en la historia general, y luego de capítulos dedicados a la filosofía, al humanismo y a la ciencia natural del Renacimiento y a los grandes sistemas del Renacimiento europeo, nos encontramos con el pensamiento de Descartes, de Malebranche, de Spinoza, de Leibnitz; de la filosofía inglesa con Francisco Bacon, de filósofos como Hobbes, Locke, Berkeley, David Hume... Sólo las transcripciones del índice, dentro de la necesaria brevedad de una información bibliográfica, ya establecen que la selección es justa, que el señalamiento de las escuelas o las tendencias se ha hecho con la precisión y el acierto de un experimentado conocedor de la ciencia de los primeros principios. La época de las luces llama Alvarez González a la que se inicia con el célebre Manuel Kant, que marchó por los predios de la axiología y de la epistemología para examinar la teoría del pensamiento y

la de los valores. Consagra el idealismo alemán con Fichte, y penetra en los sistemas hegelianos con agilidad y mesura. Schopenhauer, Augusto Comte, el del positivismo; el removedor y dionisiaco Nietzsche, completan el cuadro de la filosofía moderna.

La contemporánea se abre con la figura del filósofo de la intuición, Bergson. Siguen Dilthey y la filosofía de la vida; Brentano; la fenomenología de Husserl, y en los últimos capítulos se explica lúcida-mente el existencialismo, en cuya entraña vigila el pensamiento de Kierkegaard. Martin Heidegger, Jean Paul Sartre, Gabriel Marcel, integran la cohorte de la nueva filosofía y se añaden algunas páginas para el estudio de Ortega y Gasset cuyas teorías son para el autor del presente libro, las de la razón vital.

Libro denso y al propio tiempo fácil, por la claridad del estilo, y que se completa con los textos de los filósofos, como requiere la historia que sea completa y asequible, el de Alvarez González es un valioso aporte a materia tan fundamental para la verdadera formación del hombre."

GRAMATICA ESPAÑOLA, por Luis Fradejas Sánchez.— Comentario del Diario "EL COMERCIO", de Quito, correspondiente al 25 de febrero de 1955.

"**HE AQUÍ UNA GRAMATICA.**— Por Humberto Toscano.— En Cuenca acaba de publicarse la mejor gramática que se ha escrito en el Ecuador. Es la "Gramática Española" del profesor español Luis Fradejas Sánchez. Aunque es un texto destinado a estudiantes universitarios, el autor no ha pretendido redactar una gramática superior, sino sólo un libro en que se llenen las exigencias de la enseñanza media.

Desde Bello para acá no se ha publicado en castellano ninguna gramática superior de excepcional valía a pesar de que existen espléndidos trabajos monográficos como el "Curso Superior de Sintaxis" de don Samuel Gili Gaya. Quizá el ensayo más feliz sea la Gramática Española de Salvador Fernández, de la que sólo ha aparecido el primer volumen. Como texto de enseñanza media, los difuntos maestros

Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña nos dejaron una excelente Gramática Castellana. En lo que respecta a la Fonética, Tomás Navarro es por el momento indiscutible autoridad.

En casi todas las obras mencionadas (y también en los trabajos de Cuervo y de Lenz) se funda esencialmente la doctrina del señor Fradejas, quien por otra parte tampoco ignora los adelantos logrados por gramáticas de otras lenguas europeas. Ser una gramática al día, es pues, la primera calidad —rara entre nosotros— de la obra que comentamos.

No es una gramática revolucionaria —faena que hasta hace pocos años hubiera podido intentarse—, puesto que para emprender tamaña empresa hay que aguardar que se profundicen trabajos de la índole de la Gramática Estructural de Alarcos Llorach. Pero tampoco es una gramática estáticamente tradicionalista. Es un texto que sabe poner en tela de juicio algunos conceptos que los gramáticos han venido copiándose unos a otros desde el lejano Nubruja. Es una gramática libre ya en buena parte de la servidumbre a la gramática latina y una gramática que no quiere confundir las categorías lingüísticas con las categorías lógicas (a pesar de la pretendida lógica de las gramáticas corrientes, en ellas suele aparecer "donde" como "adverbio" y "cuando" como "conjunción"). El texto mismo de las "lecturas gramaticales" del libro del profesor Fradejas enseñan algo que no puede ocultarse al alumno de Universidad, a saber, que la gramática no ha llegado todavía a la perfección, que hay puntos oscuros, cuestiones discutibles y terrenos sin desbrozar.

Entre los capítulos más sobresalientes de la Gramática de Fradejas están sin duda los relativos a las proposiciones sustantivas, adjetivas y adverbiales; acláranse ahí varios de los más intrincados problemas con que tropiezan los estudiantes.

Por otra parte, quizá es esta gramática la primera en estar enriquecida con una sabia utilización de las Nuevas Normas de la Academia Española de la Lengua en lo tocante a ortografía y fonética.

Algunas veces el autor se refiere a vulgarismos o dialectalismos típicamente cuatorrianos; con todo, es menester añadir que este importantísimo aspecto no ha sido suficientemente desarrollado. He aquí

unos ejemplos: en cuanto al uso de los pronombres personales, el autor menciona el "luismo" peninsular, pero no hace ninguna referencia al hipertrofiado "luismo" de la Sierra ecuatoriana ("le quiero", refiriéndose a una mujer). Siguiendo la doctrina de Gili Gaya, nos da una excelente clasificación de las frases verbales del español general, pero parece olvidar la multitud de frases verbales que hemos calcado del quichua. A esta gramática, por el hecho de estar destinada a estudiantes ecuatorianos, no le hacía mucha falta tratar acerca de vulgarismos peninsulares como "me se fue" o "venga de tirar", si se olvidaba de "dame haciendo" y de multitud de errores ecuatorianos relativos a los pronombres personales.

Por último, séanos permitido expresar una opinión reñida con las teorías fonéticas que actualmente dominan en España: quizá deberíamos exigir la perfecta articulación de la "x" en cualquier posición y de la "d" intervocálica y de los llamados grupos cultos de consonantes, pues de lo contrario vamos a abrir una brecha excesiva entre la ortografía y la pronunciación. De "ado" con la "d" levisimamente articulada no hay sino un paso a "ao" y "au". La gramática tiene también un papel normativo, y hay casos en que puede y debe enderezar o atajar tendencias populares. El francés, por ejemplo, después de haberse "comido letras" durante siglos, ha logrado imponer normas cultas de pronunciación bastante más exigentes que las del español contemporáneo.

Los lunares (algunos de ellos "subjetivos") que encontramos en la Gramática Española del profesor Erazo son leves comparadas con el sinfín de aciertos sustanciales de la obra. No dudamos en repetir que ésta es la mejor Gramática que se ha publicado en el Ecuador, añadiendo que es una de las mejores que se ha dado a la luz en los últimos años y en la amplia geografía de nuestra lengua. La Universidad de Cuenca puede estar orgullosa de haber publicado esta obra de un profesor de su Facultad de Filosofía y Letras.

OTRO OCIOSO DE FAENZA

"Anales de la Universidad de Cuenca", importante publicación de nuestro Máximo Instituto Docente, junto con sus entregas trimestrales, ha venido publicando una serie de folletos en que se ha hecho colección sucesiva de la obra de los poetas cuencanos, obra que, con respecto de algunos, especialmente, ha permanecido casi inédita, por haber sido publicada por sus autores en antiguas revistas que ahora es difícilísimo conseguir.

La Universidad ha encomendado la selección poética de los trabajos de los autores y el proemio correspondiente para que ellos sean presentados al público lector al señor doctor Rigoberto Cordero y León, tomando en cuenta que los poetas cuencanos no son muy conocidos por los nuevos elementos estudiantiles, que, por su juventud, no están todavía al tanto de nuestros valores literarios.

Magnífica e importantísima obra cultural hace la benemérita Universidad de Cuenca con la publicación de los cuadernos literarios en referencia; y mejor comisionado no podí hallar para la ejecución de tan valiosa y bella iniciativa que el Doctor Rigoberto Cordero y León, autor fecundísimo de obras que responden cada día con mayor intensidad y tonalidad sea a inquietudes artístico literarias, sea a inquietudes artístico musicales.

¡Oh, Rigoberto! El bulle, se agita, perora, charla, rebusca, indaga, se afana, se bifurca... por hacer el bien literario y el bien artístico... Es cosa de lo caballero que es; del alma bulla que el posee, en esta época de tan ingratos e iracundos instintos plebeyos...

En cambio Rigoberto ornase aún con penachos blancos... (Algo de ello nos recuerda sus cabellos a lo Beethoven).

Y así, los poetas muertos tienen en Rigoberto Cordero y León un acucioso defensor de ausentes, ellos, los eternos ausentes...

En buenas manos están.

Esta labor de recolección de piezas poéticas, que salvará del olvido a muchos poetas, algunos de ellos de verdadero valor, me ha he-

cho recordar otra obra así mismo de grande y elevada generosidad espiritual: la del Padre Juan de Velasco, quien, en el destierro de Faenza, en Italia, recopiló de su puño y letra las piezas poéticas de los jesuitas, sus compañeros, en cinco gruesos volúmenes manuscritos, lo que ha permitido que se tenga una idea de la capacidad literaria de todo un largo lapso. A esta recopilación llamó el Padre Velasco *Ocios de un ocioso de Faenza*.

¡Cuánto bien en la Historia literaria no hizo el altísimo espíritu de ese gran caballero que fue nuestro Proto-Historiador, el Padre Juan de Velasco, ajeno al plebeyo tumor de la envidia!

¡Cuánto bien no hará la Colección de Poetas de Cuenca, al alcance de todos, llevada a cabo por la benemérita Universidad de Cuenca!

Y siga el encomendado de esta labor, doctor Rigoberto Cordero y León, en tan noble tarea, que yo quisiera ver remunerada con que las nuevas generaciones literarias bautizacen al doctor Rigoberto Cordero con el honrosísimo nombre de *otro ocioso de Faenza*.

Manuel M. Muñoz Cueva.

Marzo de 1955.